Biblioteca Americana de Inspiración

Tancredo Pinochet Le-Brun

OLIGARQUIA

Y

DEMOCRACIA

CASA EDITORA TANCREDO PINOCHET
SANTIAGO — BUENOS AIRES — LIMA

INTRODUCCION

DEL DOCTOR CARLOS FERNANDEZ PEÑA

Se nos ha pedido por nuestro querido amigo, el autor del libro «Oligarquía y Democracia» de la Biblioteca Americana de Inspiración, un prólogo para su nuevo libro. En realidad, este pedido determina para nosotros una orden, no tanto por la estrecha comunión de ideales que nos une al libro y al autor, cuanto por la oportunidad nacional de su edición. En efecto, la guerra europea ha sacudido intensamente nuestra conciencia nacional, desligándonos de la Europa, de la cual éramos una factoría espiritual y económica. Este acontecimiento, el más grandioso por sus proyecciones en la historia de la humanidad, nos ha arrojado del cómodo vapor en que na-

vegábamos y con su naufragio nos ha arrojado al mar fecundo de nuestra verdadera independencia, haciéndonos concentrar nuestras propias fuerzas para salvarnos y construir un propio y nuevo buque para manejar ahora por nosotros mismos. En las horas de la desgracia o del dolor, el alma se encuentra en si misma, hace su examen de conciencia, se arrepiente de sus yerros y toma nuevos rumbos hacia el puerto de la salud. Las naciones deben de confesarse en sus horas amargas, en aquellas horas que pertenecen a la eternidad, porque de ellas renaceremos a las horas felices. Este es el hondo sentido del último libro de Tancredo Pinochet.

En este exámen de conciencia nacional se empieza por valorizar el elemento humano: la Raza Chilena, y, auscultando todos sus generosos latidos, se establecen las grandes fuerzas espirituales que duermen todavía el oscuro sueño de una raza «no domada», y completamente ineducada.

Falta todavía medir estos elementos es-

pirituales, generosos, observar en qué proporción los factores de degeneración los están destruyendo y tocar más agudamente todavía la campana de alarma.

Enseguida, estudia nuestro medio geográfico y sus oportunidades. Es esencial, no sólo hacer su inventario rápidamente, sino también estudiar los medios de hacer de él la madre económica de la raza, reservando para el Gobierno sus riquezas y explotándolas en unión con el capital extranjero y evitando el peligro del hambre de Esaú, que vendió su herencia por un plato de lentejas. Sin ampliar demasiado este concepto, debemos forzosamente imitar la política de Alemania, de Suecia, de Noruega, del Japón, de las colonias holandesas, de los Estados Unidos, y de la política de defensa económica que han adoptado los aliados durante la guerra y que continuarán después, que reservan para sus propios ciudadanos exclusivamente ciertas riquezas, y otras las deben explotar en sindicatos unidos de nacionales y extranjeros.

Enseguida, bajo el título de «Balance del Progreso», hace una exposición del más alto interés sobre nuestro estado social, en que, principiando por el problema de los problemas, por la cuestión de la vida, estudia magistralmente la mortalidad, la educación, la separación de clases, el hogar chileno, el atraso agrícola, la legislación social, para terminar con los negocios del Estado, las relaciones exteriores y la hacienda pública.

En esta sección se reconoce el fracaso absoluto de nuestras clases dirigentes para encarar el problema de la salvación de la vida, se establece que, hasta cierto punto, no sólo no hay organización sanitaria, sino que el Estado mismo mantiene oficialmente focos de infección y se establece el factor político del alcoholismo, al señalar el hecho vergonzoso de que la alcoholización de la raza «es fomentada por nuestros legisladores, puesto que los grandes productores de vino tienen su asiento en el parlamento.» La mortalidad de nuestro país es un fenó-

meno harto más grave que lo que le asigna la campana de alarma de nuestro autor. En efecto, señala la mortalidad normal de los países en guerra: quince por mil, que el estado de guerra ha hecho subir a veintiseis por mil, mientras que nosotros, en plena paz, tenemos una mortalidad de treinta y uno por mil. Es necesario llevar a la conciencia nacional el hecho trascendental de que aquí, en este problema de la mortalidad nacional, hay un doble problema: no sólo debemos considerar el problema higiénico sino sobre todo el problema eugénico. Recordaremos a nuestros lectores que la eugénica se ocupa en el problema de la formación de la raza, mientras que el problemá higiénico se ocupa en la conservación de la raza ya nacida. Así, pues, si mañana nosotros limpiáramos, saneáramos y desinfectáramos nuestro país, no habríamos dado un gran paso en el sentido de preservar de la muerte los 52,200 vidas humanas cuya pérdida se atribuye hoy a la falta de organización sanitaria. Colocaremos ante nues-

tros lectores la estadística del célebre especialista Santiago Crichton Browne. En efecto, la Inglaterra pierde, cada año, 698,252 guaguas, de las cuales mueren antes del nacimiento 138,249, mientras que, en el primer año, mueren 92,166 y, por último, la reducción artificial de la natalidad y el aborto criminal se estiman en 467,837. Hay un hecho fundamental, y es que, de las 92,166 guaguas que pierde Inglaterra en el primer año de la vida, las tres cuartas partes mueren en el primer trimestre y en su inmensa mayoría por la misma degeneración y debilidad congénita que mató a las 138,249 guagüitas que murieron antes del nacimiento. En una palabra, las causas de la mortalidad infantil son frecuentemente concepcionales y ante-natales. Con el mismo cuidado con que nuestros agricultores cuidan de la buena calidad de las semillas para impedir las enfermedades posteriores al nacimiento y aumentar el rendimiento de la cosecha, así también nosotros necesitamos luchar a muerte contra los facto-

res que destruyen o degeneran las semillas de la vida durante la concepción y antes del nacimiento. Estos son, en primer lugar, el alcohol como lo demuestran todas las investigaciones de los sabios, por obrar, durante la concepción, en el claustro materno, después del nacimiento, y por promover, de un modo horrible, la difusión de las enfermedades venéreas dentro y fuera del hogar. Además, el conventillo asesino y la mala alimentación y otros factores que sería largo enumerar, han producido una intensa degeneración en nuestra raza, que facilita, por consiguiente, la acción de los gérmenes de todas las enfermedades que han hecho de Chile su verdadera patria y su morada favorita.

En la cuarta parte del libro «Somos una Oligarquía», se estudia la inmovilidad de nuestras clases sociales, la organización económica para mantenerla, la necesidad que hubo de ella en los primeros tiempos de la República y, también, las causas del atraso nacional que ella constituye hoy día.

En realidad, constituimos una oligarquía educacional, social, legal y, sobre todo, económica. Esta aseveración está bien fundada y, aunque es evidente que los Padres de la Patria trataron de fundar la república democrática porque los patriotas representaban los ideales republicanos y democráticos y los realistas la monarquía y la separación de clases, no es menos cierto que la reacción que se produjo después anuló muchos de los ideales de la revolución y que aun la educación democrática prescrista en nuestra Constitución Política fué barrenada después y es la causa principal del enorme distanciamiento a que nos ha dejado la República Argentina con su educación nacional y democrática. Se puede decir que nuestra vida nacional ha estado constituida por un descenso cada vez más intenso de los principios republicanos y democráticos y un entronizamiento de los ideales de clases que han apagado, cada vez más, nuestro legendario y bien cimentado patriotismo.

Por último, en la última parte del libro, o sea en «La Hora de la Democracia», se señala el falso concepto de la democracia, se establece que la democracia no es una *pauperocracia* ni una plutocracia sino que es la igualdad de las oportunidades, las iguales posibilidades sociales, políticas y económicas.

La moralidad de las clases ricas es superior a la de las clases pobres, pero hay que dejar establecido que ella también ha sufrido un grave detrimento y que, aunque las clases pobres son inferiores en desarrollo físico y moral, educacional y económico, en cambio la selección puede encontrar elementos superiores en las clases media e inferior de la República. Es decir, tanto por la necesidad de mejorar su situación como por el número enormemente más considerable que componen forzosamente las clases pobres de Chile, es fácil que elementos privilegiados logren surgir para bien del país. Por consiguiente, todo lo que favorezca la circulación de la sangre

en la Nación, llevando a los virtuosos a la cumbre y descendiendo a los viciosos a la sima, producirá una vida nacional más vigorosa, más sana y más pura.

En este sentido, la apreciación de los valores cívicos, morales y económicos subirá, con la democracia, de 12 a 49 peniques. Pero aquí justamente es donde la labor de este libro y de esa empresa que se llama «La Opinión» debe ser intensificada hasta el máximum. Se ha perdido por completo el concepto de la democracia, tanto en la gente pudiente como en nuestra colectividad obrera. En el hecho, ambas han reemplazado o perdido este concepto. En la clase pudiente se confunde lastimosamente el concepto de la democracia con el concepto de la demagogía y el espíritu nacional casi se identifica con el espíritu de clase, de tal modo que lo que está fuera de ella parece que no existiera o estuviera en el submundo. Por otro lado, nuestra colectividad obrera, que no ha perfeccionado en la escuela ni en ninguna parte el verdade

ro concepto de la democracia, la identifica con la clase obrera manual. Hace tiempo, propuse en el Congreso Social Obrero un acuerdo para trabajar ante el Gobierno por la creación de talleres de trabajos manuales en los liceos y en las escuelas públicas. Aprobación unánime recibieron estas últimas y, al principio, repulsa unánime los primeros. Nada tenían que hacer ellos con los liceos y sí con las escuelas. Fácil me fué demostrarles que había muchos hijos de obreros en los aristocráticos liceos y que los hijos de los ricos apreciarían mucho mejor el valor del trabajo del obrero, después de haber estudiado trabajos manuales, que sin adquirir esta disciplina. Todos aprobaron, por último, las dos mociones. Se ve, pues, que, por desgracia nacional, el criterio de clase predomina sin contrapeso en todas partes, aunque la responsabilidad de los dirigentes en esta ignorància, es mucho mayor, como lo decía don Francisco Valdés Vergara. Hay tres puntos, en este trabajo, que deben preocuparnos a todos los chilenos especialmen-

te: primero, la generación del Gobierno, o sea el Poder Electoral. Estamos en absoluto acuerdo con que la preservación más segura de nuestra democracia está en la limitación del sufragio. El ganado humano de los campos o de la prole venal y corrompida de las ciudades son las que vician en su raiz la generación del Poder Electoral. Sin pretender llegar a exigir como requisito, como en la ley filipina, ocho años de estudios primarios y cuatro de secundarios, debería exigirse, a lo menos, los dos primeros ciclos primarios o preparatorios y el servicio militar para tener derecho a esto. En segundo lugar, además de los conocimientos, deberíamos adoptar, como en la ley italiana, la adquisición de cierto capital, industria o cultivo de tierra, que son fuente de patriotismo y de independencia moral, tanto y muchas veces más que los simples conocimientos. Es indudable que la eugénica y la higiene del sufragio son los solos factores capaces de generar y de hacer funcionar un buen Gobierno, es decir, una sana organi-

zación democrática. No hay que ocultar las inmensas dificultades que deberá recorrer esta idea para alumbrar alguna vez la verdadera democracia; pero los problemas vitales deben ser sembrados y cultivados en la opinión pública para llegar al éxito.

El segundo punto que es de trascendental importancia para la vida nacional, es el cambio de régimen de gobierno. Se aboga en este libro, francamente y sin ambajes, por el sistema presidencial de gobierno. En efecto, con la conquista de la libertad electoral hecha en la revolución de 1891, no hay ningún peligro de restablecer la autoridad del Presidente de la República y de la administración pública. El Poder Ejecutivo, por el mecanismo de su generación, es el único poder que representa el interés nacional, mientras quelos diputados y senadores, por ese mismo mecanismo, están destinados fatalmente a representar solamente el interés local y muchas veces a los peores elementos de la localidad; esto se traduce en la ingerencia de la política en

todos los servicios, en la perversión moral de innumerables funcionarios y en la explotación política de todos los vicios. En Francia, de donde hemos importado este sistema, recargándolo con todos los errores políticos y todos los males de nuestra desorganización, es también un gran fracaso y es casi seguro que, después de la guerra, se marchará francamente al cambio de gobierno parlamentario. En una monarquía, el parlamentarismo es la única forma de armonizar el gobierno constitucional con la reyecía, mientras que, en la república, el Presidente es el único funcionario elegido por todos los ciudadanos y, por consiguiente, la encarnación de la soberanía nacional. ¿Quiere decir esto que en las repúblicas presidenciales, como los Estados Unidos, desaparece la fiscalización del Parlamento? De ningún modo, porque, junto con la separación completa en las atribuciones de los distintos Poderes del Estado, existe la cooperación mutua más eficiente. El Presidente administra y es el Jefe Supremo de

Poder Ejecutivo, se dirije personalmente al Congreso para obtener el despacho de las leyes vitales y el Congreso controla indirectamente al Ejecutivo, por medio de las leyes tributarias, de presupuestos y de organización legal de los distintos servicios civiles. Desde nuestro gran organizador y el más grande de los estadistas chilenos, don Diego Portales, el principio de autoridad se ha disuelto en la administración pública por la acción de dos principios antagónicos en su espíritu y convergentes en su acción. El liberalismo creyó que, destruyendo la autoridad, hacía obra de libertad, y el conservantismo creyó hacer obra política destruyendo la autoridad en el Estado. La autoridad administrativa tiene por misión proteger el cuerpo social y debe obrar por la razón o la fuerza, teniendo facultad para hacer cumplir por sí misma sus disposiciones. Acudamos a un ejemplo práctico: un Director de estadística solicita de mí un dato establecido en la ley. Yo debo enviárselo, y, si no se lo envío, él me impone una

multa, que yo debo pagar compulsivamente, y, si no la pago, debo ir a la cárcel. Y si el director de estadística me ha pedido un dato no consultado en la ley, es decir si ha cometido una arbitrariedad ¿qué debo yo hacer? Acudiré ante el juez. El Poder Judicial tiene por misión amparar el interés del individuo, él me amparará y condenará al funcionario arbitrario, si se ha salido de la ley.

Es inútil recordar que la multa y la prisión fueron destruidas en su eficacia de brazos directos de la autoridad, anteponiéndoles el derecho de pleitear antes de pagar la multa, error político que ha fomentado el tinterillaje de un modo inaudito y que ha establecido la desigualdad más irritante, porque sólo los pobres, que no tienen abogado, obedecen, y los ricos infractores, que tienen dinero, desobedecen. Este es un ejemplo más de cómo hemos desorganizado el resorte vital de los pueblos: el principio de autoridad.

Es de la más alta importancia nacional

y el primer paso en la reconstrucción de los resortes del Estado, la reconstitución de la autoridad del Parlamento, por medio del derecho inalienable de la mayoría para clausurar el debate.

De estos mismos principios se deduce también que la autoridad sanitaria debe estar constituida por la autoridad unipersonal y responsable de un director de salubridad, con un consejo consultivo compuesto exclusivamente de técnicos preparados y bien rentados, que pueda responder de la salubridad nacional e internacional. Fuera de la organización del Gobierno en todos los Poderes del Estado, de una buena política demográfica y de una buena política educacional que dé y forme buenos ciudadanos chilenos con el cimiento sólido de sus deberes, sobre el cual sólo es posible construir la sólida armazón de los derechos, el problema más vital es la organización de nuestras fuerzas económicas.

En este punto, Alemania y Estados Unidos, y especialmente la primera, son los

modelos cuya organización se ha impuesto a los demás pueblos en lucha.

Este es el primer paso en toda política económica nacional. En efecto, no está de más recordar a la actual calle de Maestranza, que en tiempos de la Colonia se llamaba la calle de la Ollería. En esa dichosa calle, cada súbdito chileno podía comer el plato gratis que nos daba el gobierno español, mientras que los comerciantes españoles de Lima nos hambreaban a distancia imponiendo precios irrisoros a los trigos de los hacendados chilenos que, a su turno imponían salarios más irrisorios a los inquilinos chilenos. Ciento cuatro años después, el gobierno de la República regaló a los chilenos hambrientos con las mismas ollas del pobre. Este hecho vergonzoso revela el hecho inaudito de la desorganización de nuestras fuerzas económicas y que los comerciantes españoles de Lima sólo han sido cambiados por comerciantes extranjeros de otras naciones, que mantienen la misma o parecida esclavitud económic

que en tiempos de la Colonia. Sólo la intervención del Estado, el establecimiento de contribuciones especiales, la organización de sindicatos nacionales bajo el alto control del gobierno, nos harán llegar a la soñada independencia económica, fundamento de nuestra futura y gran democracia.

El libro «Oligarquía y Democracia» es el examen de conciencia de nuestra vida libre; debe ser el punto de partida de una intensa propaganda nacional para la reconstrucción de nuestra democracia, cuyas líneas directivas generales han sido señaladas en el programa de acción cívica de la Asociación de Educación Nacional. Todos los chilenos deben inspirarse en el libro «Oligarquía y Democracia» para conocernos, y todos debemos ser los obreros de la gran democracia que nuestros padres soñaron y que nosotros debemos realizar.

DR. CARLOS FERNÁNDEZ PEÑA.

Santiago, Febrero 21 de 1917.

PROLOGO

El ya largo período en que nuestro país ha sido abandonado casi a su propia suerte porque las naciones europeas no han podido preocuparse mucho de abastecer nuestras necesidades, la circunstancia de que nos estamos ensayando en la tarea de bastarnos a nosotros mismos, nos indican la oportunidad de que hagamos nuestro examen de conciencia.

Conviene que veamos de qué somos capaces. Conviene que veamos cuáles son nuestros méritos y nuestros deméritos; conviene que no nos engañemos con un pesimismo falso y abatidor, ni nos ofusquemos con un chauvinismo banal.

«Somos una raza inferior», decimos a veces. «Somos una raza superior» decimos otras. Ya tenemos detrás de nosotros más de un siglo de vida independiente. Ya tenemos ocasión de estudiarnos, de juzgarnos. Podemos analizar nuestro estado actual, la rela-

tividad de nuestro progreso. Podemos poner acciones de generaciones en la balanza. Podemos discernir aplausos y lanzar anatemas.

Podemos estudiar quiénes nos han gobernado y cómo nos han gobernado, no con el propósito superficial de condenar y aplaudir, sino con el hondo propósito de mostrar nuevos rumbos, y señalar el camino por dónde deben ir la capacidad y el empuje de nuestra raza.

Tenemos que ver si nuestros gobernantes han sido capaces de sanear el territorio, de secar sus pantanos, limpiar las ciudades de acequias y conventillos, proteger, en una palabra, al país contra la guadaña implacable de los miasmas y la mugre; si nuestra política educacional ha logrado que cada hombre pueda ganarse eficientemente su vida y tenga el máximo de facilidades para ocupar el más alto puesto a que su inteligencia y su empeño le hacen acreedor; si cada hogar disfruta siquiera del mínimo de holgura y felicidad que al hombre le corresponde dentro del grado de civilización a que ha llegado la humanidad; si nuestras caídas de agua, si las riquezas de nuestro suelo, el cobre, el fierro, el salitre, el yodo, el petróleo, los bosques madereros son debidamente explotados; si los terrenos agrícolas dan el rendimiento que debe esperarse de ellos dado el adelanto de las ciencias agronómicas; si nuestra legislación social facilita la vida del tra-

bajo; si tenemos una marina mercante nacional y un servicio ferroviario modernos que hagan fácil la viabilidad de personas y productos; si la administración oficial se hace en forma eficiente; si nuestra política internacional ha sido tal que no sólo asegure la paz para el país, sino tambien la amplia expansión exterior de nuestro comercio.

En una palabra, vamos a ver si nos conviene seguir siendo una oligarquía o si debemos transformarnos en una democracia.

LA RAZA CHILENA

Con aparente razón condenamos a menudo a nuestra raza como a una raza inferior, incapaz de seguir de cerca el avance de la civilización. El sólo hecho de que en nuestro país estén más adelantadas las ciudades y las regiones donde hay más extranjeros, como ocurre en algunas provincias del sur, en Punta Arenas, y en puertos como Valparaíso; la rapidez con que vemos surgir entre nosotros a los extranjeros humildes que llegan a nuestro suelo, nos hacen llegar a la conclusión de que nosotros somos inferiores, fisiológicamente inferiores.

Descartando la circunstancia de que los extranjeros que vienen a nuestra tierra, son, en general, espíritus seleccionados que han tenido el coraje de atravesar un océano y una cordillera, para buscar

son simples fenómenos en una vida de esfuerzo, debemos reconocer que muchas de las virtudes que admiramos en los extranjeros son producto de una educación directa o refleja a que han estado sometidos en sus países.

Nuestros vicios y sus virtudes son, no la consecuencia de méritos o deméritos intrínsecos, sino de condiciones sociales fácilmente modificables.

¿SOMOS ALCOHOLICOS?

Es cierto que somos el segundo país alcohólico del mundo. Y por esto, espíritus superficiales llegan fácilmente a la conclusión de que nuestro pueblo tiene una tendencia irresistible a la taberna, sin darse cuenta de que el alcoholismo, entre el pueblo, es fomentado por las clases dirigentes que son las que controlan la industria del alcohol, la cual representa en el país un capital de 261 millones 464 mil 734 pesos, con 110 mil personas ocupadas directa o indirectamente en las industrias alcoholizadoras. Esto constituye una fuerza social que empuja al obrero a la taberna.

En nuestro país una etiqueta en una botella vie-

más amplios horizontes en una vida de esfuerzo, de-
bemos reconocer que muchas de las virtudes que
admiramos en los extranjeros son producto de una
educación directa o refleja a que han estado someti-
dos en sus países.

Nuestros vicios y sus virtudes son, no la conse-
cuencia de méritos o deméritos intrínsecos, sino de
condiciones sociales fácilmente modificables.

¿SOMOS ALCOHOLICOS?

Es cierto que somos el segundo país alcohólico
del mundo. Y por esto, espíritus superficiales llegan
fácilmente a la conclusión de que nuestro pueblo
tiene una tendencia irresistible a la taberna, sin darse
cuenta de que el alcoholismo, entre el pueblo, es
fomentado por las clases dirigentes que son las que
controlan la industria del alcohol, la cual representa
en el país un capital de 263 millones 464 mil 734
pesos, con 110 mil personas ocupadas directa o indi-
rectamente en las industrias alcoholizadoras. Esto
constituye una fuerza social que empuja al obrero
a la taberna.

En nuestro país una etiqueta en una botella vine

ra es un título principesco. Nuestra oligarquía no se vanagloria de explotar el fierro o el cobre, sino de producir vino.

Para ilustrar este caso del alcoholismo, es decir para defender a nuestra raza de este estigma de borracha que se le escupe en la frente, me referiré a dos centros mineros de nuestro país, a Puchoco, Schwager, en Coronel y a El Teniente, en Rancagua.

Cuando alojé en el establecimiento minero Schwager, el gerente de la Compañía, Mr. Watts, me instaló en su opulento palacio y me llevó a recorrer superficialmente, en automóvil, la población minera que tiene cinco mil almas. Después de haber estado un día entero en su palacio, en medio de los más delicados refinamientos del lujo, le pedí me permitiera irme a alojar otro día libremente, como cualquier incógnito observador, en el propio hogar de uno de los mineros.

—Imposible! me dijo alarmado. No se puede alojar allí porque viven en forma tal que una persona decente, limpia, no puede entrar a sus casas.

—Perfectamente. Ud. me tendrá un baño listo con todos los desinfectantes necesarios para mi vuelta, le repliqué.

Ante mi insistencia, tuvo que acceder y llamó a un sargento.

—Vaya usted a ver, le dijo, si hay alguna casa en que los obreros no estén borrachos. Hoy es día de

fiesta, me agregó a mí; y Ud. sabe que nuestro pueblo no puede estar sin beber.

—Como tres horas más tarde volvió el sargento y dijo:

—No hay, señor, en toda la población ninguna casa en que los obreros no estén borrachos.

Era así. En las mil casas del pueblo, la gente estaba borracha. Yo tuve que alojar en una casa en que el padre y el hijo estaban borrachos. La Compañía vendía alcohol a sus obreros, y estimulaba su consumo. De lo que estaba orgulloso el gerente era de haber conseguido por medio de su policía particular, el que todos tuvieran una borrachera dulce, sin riñas, sin disputas.

Poco tiempo después visité otra población minera, El Teniente, cerca de Rancagua, donde se explota el cobre. Se trata también de otra población de cinco mil almas, con un invierno riguroso que parece reclamar el aguardiente. Si allí hubiera ido un sargento a buscar una casa donde hubiera un borracho no la habría encontrado, ni ese día, ni ningún otro día del año. No habría encontrado ni una botella de vino o cerveza en toda la población, ni en las casas de los ingenieros o jefes. El alcohol está prohibido allí y esos obreros chilenos no están descontentos. No. No quieren volver a Santiago o bajar a Rancagua. Tienen allí teatro, bailes, una revista, diversas asociaciones. Como consecuencia, esos obreros

han ahorrado este solo año como $ 500,00 o sea el 15 % del salario por persona, más de lo que se ahorra en ninguna otra parte de Chile.

Con esto quiero mostrar que el pueblo chileno no es borracho porque sí, sino porque hay fuerzas sociales, económicas y políticas,que no sólo permiten sino que fomentan el alcoholismo nacional.

¿SOMOS FUERTES?

¿Somos capaces los chilenos de un trabajo esforzado? ¿Nos gusta el esfuerzo o somos una raza contemplativa, ociosa?

Unos príncipes orientales visitaban en una ocasión la Inglaterra, y fueron invitados a una partida de football que jugaban lores, pares y príncipes ingleses. Al ver los orientales la manera esforzada como los grandes magnates pateaban la pelota, hicieron preguntar por medio de intérpretes si no eran inmensamente ricos los que pateaban la pelota.

—Sí, se les dijo ¿por qué preguntáis?

—Porque nos admiramos de que no ocupen a sus sirvientes en que hagan ese trabajo por ellos.

¿Es esa nuestra índole? Como los orientales ¿que-

mismos que otros patearan la pelota por nosotros, o preferimos patearla nosotros mismos?

Ahí están la historia de nuestras guerras, la campaña del desierto, para mostrar si somos capaces de grandes esfuerzos, de suprema resistencia. Ahí está la forma en que se ha desarrollado el sport entre nosotros, para mostrar que nos gusta patear la pelota. Buscad una acción que requiera esfuerzo, un río que atravesar a nado, un árbol gigantesco que trepar, una fosa que saltar, y ved si no están todos los niños de una escuela chilena listos a la acción. Dadnos otro morro de Arica, y ved qué son capaces de hacer nuestros hombres.

En las minas de carbón que he visitado en las provincias de Arauco y Concepción, pude ver cómo nuestros chilenos fornidos trabajan en las entrañas de la tierra, a cerca de 300 metros verticales bajo el mar y dos mil metros al interior, arrodillados, doblados sus cuerpos como ovillos, durante toda una semana, doce horas diarias. Al terminar la semana, el sábado, bajan a la mina a las siete de la mañana y trabajan todo el día y toda la noche, veinticuatro horas seguidas, veintiséis muchas veces, sin más reposo que el muy corto que necesitan dentro de la mina para tomar las meriendas que les envían sus mujeres. ¿Creeréis que después de veintiséis horas de trabajo esforzado, con el que han mandado mil toneladas de carbón a tierra, salen esos obreros a

dormir? No, salen frescos como lechugas envueltas en el rocío de la mañana. Salen a buscar ejercicio para estirar sus miembros. Ninguno se va a dormir; algunos van a la taberna y otros a jugar football, a patear la pelota.

Otro tanto ocurre en las salitreras. Después de doce horas seguidas de trabajo, es frecuente que se vayan los obreros a jugar football durante diez horas más.

El saco de salitre que era hace treinta años de un peso mucho mayor que ahora, tuvo que ser reducido, no a petición de nuestros cargadores, sino a petición de los cargadores ingleses que al recibirlos en sus muelles protestaban, considerándose incapaces de manejar sacos cargados en otra parte del mundo, habitada por gigantes.

La fortaleza de nuestra raza es considerada como un axioma en todo el mundo civilizado, y el alcoholismo obligatorio nacional no ha conseguido todavía abatirla en forma sensible.

¿SOMOS FLOJOS?

Será capaz de esfuerzos nuestra raza, dicen muchos, pero es floja, no es capaz de esfuerzos constan-

Es flojo el obrero de la fábrica, es flojo el inquilino en la hacienda. Rinde más cualquier obrero extranjero. El obrero chileno odia el trabajo.

No es exacto. El obrero chileno expoliado, con un sueldo que no le alcanza para vivir, el gañán del campo pagado a razón de sesenta centavos al día, trata de dar el mínimo de su esfuerzo por el mínimo de salario que se le paga. Ponedlo a trabajar a trato, por piezas, cotizándole su trabajo de acuerdo con su rendimiento, y veréis que ese mismo obrero ama el trabajo, que es constante en él. Ama el trabajo cuando obtiene su valor por él.

El obrero europeo, el obrero norteamericano, rinde en forma constante más que el nuestro, pero su remuneración es más alta, vive con mayor confort, tiene recursos variados, para recobrar en el descanso inteligente del hogar las fuerzas que gasta en su labor cotidiana.

En cambio, el obrero chileno, huérfano de toda educación, mal rentado, no ve otro centro de descanso que la taberna, donde enerva en vez de estimular su energía. El obrero chileno no es flojo; las condiciones en que se hace el trabajo en Chile, lo impulsan a la pereza obligatoria.

Casi todos los países civilizados han implantado o van camino de implantar la jornada de ocho horas. Nosotros tenemos la jornada de doce y catorce horas, como institución nacional en todo el terri-

torio. En las oficinas y casas de comercio de los países extranjeros, el trabajo tiene por lo general jornadas más cortas que aquí, el sábado en la tarde se dedica al descanso, y se dan, generalmente, vacaciones pagadas a los empleados. Se trabaja en otras partes, además, con más confort, lo que permite un esfuerzo más constante y de mayor rendimiento.

El pueblo chileno, la raza chilena no es de perezosos, no es de flojos. En todos los ramos de la actividad tenemos el trabajo mal organizado, pero queremos trabajar, amamos el trabajo. Tenemos horror a la pereza.

¿ODIAMOS EL ESTUDIO?

El pueblo chileno está divorciado del libro; el pueblo chileno no ama el estudio; el pueblo chileno le tiene horror al alfabeto. Estas son aseveraciones que pasan por todas partes libremente, con pasaporte de verdad.

Y es mentira. El pueblo chileno no lee, en primer lugar porque no sabe leer, y no sabe leer, porque no se le ha enseñado a leer, porque ni se han creado las escuelas suficientes ni se han preparado los

maestros necesarios para enseñarle a leer. Tenemos tres mil escuelas, y necesitamos diez mil.

Luego, el pueblo chileno no lee porque no tiene bibliotecas públicas, y las que tienen están organizadas de tal manera que ahuyentan en vez de atraer al lector. El pueblo yanqui lee más que el pueblo chileno, cien veces más, mil veces más; pero allá no se comprende una aldea sin una biblioteca pública, que no sólo presta sin gravámenes de ninguna especie sus libros a domicilio, sino que tiene empleados que van de casa en casa a conquistar lectores, a convencer a cada uno de que debe leer. Como se sale a repartir el pan, la leche, el hielo, se sale a repartir el libro. Hay en las bibliotecas secciones para niñitos a quienes se les enseña a amar el libro antes de que sepan leer.

En Chile, en algunas partes, se ha principiado a trabajar en este sentido con un éxito sorprendente. Nuestra propia Biblioteca Nacional, desde que la tiene a su cargo su nuevo, inteligente y activo director, don Carlos Silva Cruz, ha conseguido centuplicar el número de lectores.

Los obreros chilenos han creado por todas partes escuelas nocturnas. Las que crean los centros estudiantiles y políticos se repletan de alumnos. Una jira nocturna por las escuelas de adultos en Santiago llena de sorpresa a cualquier observador. Hay ansias de aprender, ansias de estudiar, ansias de sur-

El pueblo chileno ha hecho mítines para pedir la instrucción obligatoria. Centenares de obreros chilenos están siguiendo cursos de enseñanza por correspóndencia en escuelas norteamericanas. Centenares de jóvenes chilenos están en estos momentos en los Estados Unidos, donde han ido por su propia cuenta, y con miles de sacrificios, a estudiar y trabajar a la vez.

El pueblo chileno está en el limbo de la ignorancia; pero con manos febriles tantea las murallas oscuras buscando rendijas de luz, de ciencia.

¿SOMOS TORPES?

—Ah! señor, es tanto más agradable hacer clases a los niños bolivianos que a los niños chilenos, me decía en una ocasión una profesora que había sido maestra de escuela en Santiago y en La Paz. Allá da gusto hacer clases, me agregó; aquí es un martirio.

—¿Por qué, señora? le pregunté.

—Porque allá una da su instrucción y ningún niño pregunta nada. En cambio, aquí los niños preguntan ¿por qué señorita? por qué? por qué? Y una no

halla a veces qué contestar. Aquí es un afán por preguntar el de todos los niños.

La maestra no era de las más listas, hacía una excepción en el gremio y se quejaba de nuestros niños por una de las formas en que manifestaban su inteligencia.

Yo he hecho clases a niños en colegios de Londres y en colegios chilenos, y no creo que los niños ingleses tengan la más insignificante superioridad intelectual sobre los niños chilenos.

La capacidad de nuestros obreros para asimilar la técnica industrial es tema de profundas consideraciones para todo el que medita un poco sobre el particular. Podéis poner a un barrendero al lado de una máquina complicada, y al cabo de poco tiempo puede manejarla como si fuera un mecánico. En una curtiduría de Santiago, un curtidor de cueros que trabajaba a trato y que ocupaba a varios oficiales se encontró de repente con que el motor Grossley que movía su maquinaria, se había descompuesto. El mecánico del establecimiento estaba ausente y él jamás se había acercado en su vida al motor. Pero si el motor no marchaba, él y sus oficiales iban a perder su día de trabajo. Se fué al lado del motor, principió a estudiarlo, a tratar de hacerlo andar. Luego descubrió que una pequeña pieza se había quebrado. No se desalentó, ¿que esa pieza era de acero y muy complicada? Tomó un tarro vacío de

frutas en conserva; cortó una pieza provisoria, que hizo calzar, y dejó el motor en marcha para seguir en su trabajo con los cueros, como la cosa más natural del mundo, como si hubiera ido a barrer una oficina.

En Talcahuano, cuando visité la maestranza del Apostadero Naval, me contaron que para el manejo de una máquina nueva, de excesiva complejidad, habían contratado a un mecánico inglés a quien se le pagaba veinte libras mensuales. Este mecánico pidió naturalmente un oficial y se le dió a un muchacho cualquiera. Al cabo de unos pocos meses, ese muchacho, sin escuela, sin libros, sin estudios de matemáticas, ese oficial que ganaba un pár de pesos al día, podía manejar y quedó manejando la máquina tan bien como el mecánico importado.

En Los Vilos encontré una vez a un muchacho del pueblo, de diez años, que no sabía leer y que había construído una linterna mágica con un tarro de parafina. El se había ingeniado hasta para hacer las vistas de proyecciones. Daba verdaderas funciones, cobrando cinco centavos por sus plateas que no eran otras que el suelo liso, pelado.

Cuando yo hacía mis estudios de profesor, me dijo un día mi zapatero que le hiciera clases de inglés. Después me pidió además clases de física, y ¿creeréis que ese zapatero de los suburbios de Santiago estaba estudiando por puro bluff? Pocas veces

he visto estudiar más a conciencia. Un día me dijo que había encontrado una contradicción en las leyes de Newton. ¿Cómo es posible, me preguntó, que los cuerpos caigan en el vacío con igual velocidad y que la materia atraiga a la materia en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de la distancia?

En una fábrica de Santiago se trataba una vez de encontrar la manera de hacer cierto calado en la madera de los respaldos y asientos de los bancos escolares, para que engranaran en un relieve en forma de zig zag que tenían los soportes de fierro. Estos se habían hecho tomando como modelos unas piezas norteamericanas que tenían patente de privilegio exclusivo en los Estados Unidos. Había que inventar una máquina, una máquina sumamente complicada con cuatro movimientos distintos y simultáneos. La máquina la inventó un chileno que no tenía ninguna preparación técnica, que sólo había estudiado un año en la Escuela de Artes y Oficios. Más tarde se principiaron a hacer en los Estados Unidos esos soportes de acero, en vez de fierro, por medio de maquinarias costosísimas que no compensaba instalar en Chile. Yo recibí orden de comprar una partida de esos soportes de acero para adherirlos a las piezas de madera que la fábrica seguiría elaborando en Chile. Fuí a la propia fábrica yanqui, y allá me dijeron que de nada servirían esos soportes en Chile pues el ingeniero inventor de ellos había tenido que

delinear una máquina especial para ese calado en la madera. Grande fué la sorpresa de aquellos fabricantes cuando les dije que la fábrica chilena tenía una máquina para ese objeto. Cuando yo ví la propia máquina de ellos, yo que conocía la máquina chilena, no pude dejar de reirme. Era completamente diferente. En la máquina yanqui se movían los cuchillos cortadores con movimiento de rotación y de traslación, y el tablero estaba quieto. En la máquina chilena se movía el tablero con movimientos de traslación, y los cuchillos sólo con movimiento de rotación.

El ingeniero que oyó mi explicación se dió una palmada en la frente, y dijo:

—Claro! tiene que ser mucho mejor, no había pensado en eso.

Uno de los redactores de LA OPINION, hablando del abandono indolente en que se tiene al viaducto del Malleco, hacía la historia de su construcción y nos decía que ese viaductó no ha caído hasta hoy, porque el cerebro del ingeniero chileno que lo calculó, don Aurelio Lastarria, lo construyó para resistir a todas las imprevisiones y desidias de las Direcciones de los Ferrocarriles, y de los Ministerios del ramo. Los cálculos de este puente, enviados a la Compañía del Creusot, en Francia, causaron tal admiración por su grandeza, que fueron comunicados a la Academia de Ciencias de París, la cual, reunida en sesión plena y extraordinaria, acordó

mandar al ingeniero chileno un diploma de miembro honorario y una medalla de oro; los cálculos sobre la viga recta de este gran ingeniero, para reemplazar a la viga de arco, fueron aprovechados en la construcción de la Torre Eiffel. De las mejores Universidades del mundo, Gante, Lovaina, París, Berlín, etc., no sale ningún ingeniero sin conocer los cálculos del viaducto del Malleco, del cual hay en todas un modelo en pequeño.

En los Estados Unidos un chileno corrió, como ingeniero jefe, con la construcción del sistema de alcantarillas de una ciudad. En Italia, la Dirección Superior del Servicio Municipal de Higiene de Turín, la desempeña un chileno. Casi todas las repúblicas latino americanas, nos han pedido pedagogos o instructores militares, para la organización de su enseñanza o de su ejército. Un marino chileno dirigió en Inglaterra la construcción de uno de los más grandes acorazados brasileros, único extranjero a quien se le haya concedido semejante honor.

La capacidad de nuestra raza, de la raza que como un solo block social puebla todo nuestro territorio, dejando a un lado todo chauvinismo banal, toda exageración patriotera, ha quedado plenamente demostrada; la han demostrado nuestros ingenieros, nuestros arquitectos, nuestros filólogos, nuestros historiadores, nuestros sociólogos, pintores, escultores, escritores.

¿SOMOS HONRADOS?

Si alguna fama tenemos bien extendida los chilenos, es la de que somos un pueblo de ladrones.

Esta anécdota se ha narrado varias veces para tipificar nuestra falta de honradez: un caballero, al arrendar una casa, se encontró con que un cuarto estaba lleno de tarros de parafina vacíos. El sabía que con esos tarros se hacen unas cocinitas que tienen mucho mercado. Los ofreció en venta, y no encontró comprador. Ofreció despues a un carretonero que los sacara todos, y se los daba gratuitamente. Ningún carretonero aceptó la oferta. Le cobraban de quince a veinte pesos por retirar todos los tarros. Luego el caballero tuvo una idea feliz. Puso una mañana un tarro vacío tras de la puerta de calle, de manera que lo divisaran los transeuntes. Un cuarto de hora después se habían robado el tarro. La sirvienta recibió orden de colocar un nuevo tarro tras de la puerta, tan pronto como hubiera desaparecido el anterior. En un par de días el público de Santiago se había robado todos los tarros que nadie había querido aceptar regalados.

Es esta una anécdota pintoresca que se cuenta para comparar con el hecho de que en Europa o Estados Unidos, los repartidores de pan, o leche, dejan

su mercadería en la puerta de cada casa, sin que un transeúnte se atreva a llevarse un pan. En las pastelerías europeas y norteamericanas se pone en las mesas bandejas con pasteles, para que cada uno que pide una taza de café, o una copa de helados, se sirva los que quiera, sin control alguno, debiendo sólo decirle al mozo cuántos se ha servido para hacer el pago respectivo.

En Nueva York entraba yo a menudo a un restaurant, donde tomaba el lunch. Todo el servicio se hacía sin mozos, debiendo cada cliente consumir los platos que estaban listos sobre los mostradores. Los precios estaban marcados en grandes letreros, y cada consumidor debía pagar en la caja su consumo, sin control de parte del restaurant.

—¿Cómo hacen este control? pregunté a uno de los empleados.

—No llevamos control alguno. Nuestro negocio está basado en la honradez del público, me contestaron. El tener un sistema de control o un servicio de mozos, nos costaría más caro que la pérdida ocasional que nos ocasione un consumidor inescrupuloso.

No hemos llegado nosotros a ese grado de honradez. Un restaurant como el anterior quebraría en un mes en Chile. Convenido. Aquí el magnate agricultor pone adobes en sus barriles de miel que envía a Hamburgo y a su vez a ese agricultor le roban sus

vacunos los cuatreros que reinan como amos y señores en todo el país.

Pero convengamos en que la honradez es cuestión de educación; la honradez se aprende; la honradez no es más que utilitarismo bien entendido. No fué honrada Inglaterra en los principios de su vida comercial, ni Alemania, ni el Japón ni los Estados Unidos.

Nosotros somos hoy más honrados que ayer. Yo he viajado durante más de un año por todo Chile, desde Tacna hasta Punta Arenas. He alojado en centenares de hoteles. Jamás cerré mis departamentos, ni puse llave a mis cajas y maletas. En toda la jira no perdí ni una corbata, ni un pañuelo, ni un alfiler.

Un distinguido caballero norteamericano que nos visitaba, dejó olvidado su sobretodo en un tren, y lo recuperó al día siguiente con todo lo que tenía en los bolsillos. Poco después quiso comprar un canastillo de fresas en el Portal para llevarle a su señora en el hotel. No tenía sencillo.

—Llévelo, no más; me lo pagará otra vez, le dijo el vendedor.

—Este es un país de gente muy honrada y confiada, me dijo el norteamericano. Si aquel vendedor confiaba en mí, sin conocerme, es porque tiene la experiencia de que se puede confiar en cualquiera.

Estamos acostumbrados a contar y pregonar to

das las anécdotas e historietas que nos presentan como ladrones, así como en el caso de los tarros de parafina; pero no pregonamos los casos de honradez.

¿ODIAMOS EL AGUA?

—Yo no subo en tranvías, me decía una vez un caballero, porque allí sube el pueblo, que huele mal. El pueblo chileno no se baña, no se lava, le tiene horror al agua, es enemigo irreconciliable del jabón.

Confesaremos que todo Chile está querellado con el agua. Raro es el hotel chileno que tiene baños. En un hotel, cuando pedí un baño, me dijo el dueño del hotel que su establecimiento era para chilenos, y no para gringos, y que por eso no había instalado baños, por la misma razón que no tenía «grape-nuts», ni «porridge», ni «corn-flakes».

Es cierto. Pero ¿qué se ha hecho para darle agua al pueblo? ¿Dónde están las habitaciones obreras con baños? El pueblo ha tenido la acequia del convento para bañarse, nada más. Es justo que le tenga horror al agua, si no ha conocido más agua a su alcance que la pestilente de la acequia conventilera.

¿Dónde están los baños públicos tentadores para

el pueblo? En cualquiera ciudad europea o norteamericana, el baño público decente, elegante, tibio en invierno, de natación, es una institución municipal. Se le hace una réclame al agua, como al libro. El agua se le presenta al pueblo con atractivos seductores; el agua corteja, seduce al pueblo con más zalamerías y requiebros que un galán a su dama. Todo lo contrario de lo que ocurre entre nosotros.

No odiamos el agua. El araucano y su mujer se sumergen en el río con regocijo inmenso. El niño chileno que tiene un río cerca, se lanza a sus olas con más placer que a la cama. Pongamos agua limpia en la laguna del Parque Cousiño y permitamos que al alba se vayan a bañar los santiaguinos, y veremos que allí se va toda la población, como ocurre en Hyde Park, en Londres.

En Iquique, a iniciativa del alcalde don Manuel Antonio Godoy, se hicieron unos espléndidos baños municipales, aprovechando el agua del mar, y el vasto espacio se hace poco para contener a los amantes del agua.

En Concepción, a iniciativa del alcalde don Javier Castellón, se han instalado espléndidos baños públicos, y hay que ver cómo todo el pueblo saborea los placeres del agua.

Ha faltado iniciativa arriba para dar agua, como ha faltado para repartir silabarios, y acusamos injustamente al pueblo de odiar el agua. Con la misma

razón podríamos decir que el pueblo odia el dinero, los jornales altos, porque no los tiene, siendo que no los tiene porque no dejamos que los tenga.

¿SOMOS PUSILANIMES?

Las grandes razas tienen un héroe en cada cien hombres. Hoy es en la batalla, mañana en un naufragio, en un incendio. Alguien que se sacrifica, que renuncia a su vida por salvar una ajena o por defender una causa.

¿Que Inglaterra tiene a Nelson? Nosotros tenemos a Prat. Acabamos de celebrar, batiendo palmas en todo el país, a Sir Shackleton que se fué a las regiones polares a salvar a sus compañeros abandonados en el mundo de los hielos. Sir Shackleton era un hombre avezado en la escuela del sacrificio y con justos títulos ha llenado páginas de gloria en la historia del mundo.

En menor escala, un heroismo análogo se puede narrar de un chileno modestísimo, inculto, casi ignorado, desconocido.

¿Quién conoce a Juan Bautista Barraza, de Huarta? Pocos son los que conocen a Barraza y pocos los

que conocerán a Huanta. Sin embargo, ese hombre modesto es un héroe, como hay muchos en nuestro país, héroes desconocidos, sin corona, sin laureles, sin renombre.

Huanta está a 30 kilómetros de Rivadavia, mucho más al interior que Vacuña, en la provincia de Coquimbo.

A fines de abril de 1914 salieron de Huanta al interior, enviados por un ingeniero que hacía estudios para proyectos de represas, Bonifacio Acevedo y Nicomedes Toro, quienes debían permanecer algunos días en la Cordillera.

El 3 de mayo hubo un recio temporal de nieve que inquietó a Juan Bautista Barraza, temiendo por la suerte de los exploradores. Tomó dos hombres que lo acompañaran y salió en busca de ellos. Tan pronto como avanzó algo al interior, comprendió que no podría llegar al punto donde se encontraban Acevedo y Toro, a causa de las montañas de nieve que se habían acumulado, y volvió a Huanta, en busca de más hombres y de elementos para avanzar. Salió con doce esforzados.

El viaje que tenían que hacer desde Huanta hasta La Laguna, punto donde se encontraban los náufragos de la nieve, era de 137 kilómetros, y el avance era tan lento que hubo ocasiones en que necesitaron dos días para andar un kilómetro. Cada metro que se avanzaba exigía esfuerzos e imponía sufrimientos

inenarrables. Donde conseguían detenerse a descansar y dormir y levantaban su carpa y encendían leña de la que llevaban para preparar una taza de café, en el momento que se lo iban a beber se encontraban con que ya se había solidificado, ya se había convertido en un trozo de hielo.

Los peones que acompañaban al señor Barraza protestaban de la inutilidad del viaje.

—Los vamos a encontrar muertos; serán inútiles todos nuestros sacrificios y será además difícil que nosotros lleguemos vivos, decían.

El heroico Barraza los envalentonaba; les describía a lo vivo las torturas de los náufragos, ya casi sin alimentos, clamando por socorro entre la nieve y el cielo, sin que hubiera alma humana que les contestara. Y seguía adelante la caravana de sacrificios y torturas, tanteando la nieve, esquivando los precipicios, economizando el alimento, la leña, los fósforos.

Un día los acompañantes, cual lo hiciera la tripulación de las carabelas de Colón, se pusieron firmes. No avanzaban más; era inútil, era un sacrificio estéril; se volvían.

—Vuelvan los que quieran volver, les increpó el bravo capitán del heroísmo; ahí tienen toda la tropa; yo seguiré sólo; no vuelvo sino con los infortunados que vamos a salvar.

Y siguió adelante, sin mirar para atrás. La cara-

vaña la siguió. No hay nada que contagie más que los grandes gestos de los grandes héroes.

Y Juan Bautista Barraza salvó a los náufragos de la tempestad cordillerana, que estaban casi exánimes, resignados con la muerte, sucumbiendo de frío y de hambre, precisamente cuando ya las autoridades de Huanta iban a enviar una numerosa comitiva oficial en su rescate.

No puedo en este espacio reducido dar mil ejemplos. Falta espacio, no faltan ejemplos. Pero será conveniente mirar hacia los araucanos que tanto de su sangre han prestado a nuestro país. Y no veamos los ejemplos clásicos que han registrado nuestros historiadores. Miremos alguna acción de ayer, de hoy.

La niña que tiene fama de ser la más hermosa de Temuco, la señorita Irma Henzel fué salvada cuando se estaba ahogando en el Quepe.

Ella misma me habló:

—Ibamos pasando el río una hermana mía, casada, su esposo y yo. La corriente era muy fuerte. Y nos encontramos de repente con el agua hasta muy arriba. Mi cuñado quiso volver, y la corriente nos dió vuelta, nos arrancó de nuestros caballos y nos arrastró. Yo fuí llevada por el río dos cuadras, y sumergida en el agua, perdí el conocimiento y estaba a punto de perder la vida, cuando dos brazos fornidos me toman y me arrancan del río.

Era un indio, Antñi Manqueo, que vió la catástrofe y no tardó en lanzarse al río para salvarnos. Me llevó a una roca, me colocó con la cabeza hacia abajo y consiguió hacerme volver.

—¿Vive ese araucano? le pregunté.

—No, me dijo, murió. Aquí está su retrato y con cierta devoción tomó un gran cuadro donde estaban retratados él y otro araucano que sacó después el cadáver de la hermana.

Hagámonos justicia; no somos pusilánimes. Hemos demostrado que somos capaces de los más grandiosos gestos de heroísmo.

¿SOMOS DERROCHADORES?

Somos un pueblo derrochador; somos un pueblo botarate, dilapidador. Cuando ganamos cincuenta pesos, gastamos ciento.

La economía es la base de la civilización. Mientras las razas vivían al día, cazaban en la mañana lo que habían de devorar el mismo día, eran meros animales de presa. Cuando principiaron a guardar las pieles para vestirse, a construir chozas, a conservar algo que les habría de servir para después, es decir, cuan-

do principiaron a economizar, comenzaron a ser civilizados.

Y hoy día, pueblo que no economiza, pueblo que vive al día, es pueblo semisalvaje.

En nuestro país se ha hecho algo por estimular el espíritu de economía; se han fundado cajas de ahorro, se ha hecho alguna propaganda entre los obreros, y en poco tiempo el pueblo de Chile ha economizado, sólo en esas cajas, cerca de cien millones de pesos. Cuando un empleado de las Cajas de Ahorro sube a la pampa, en la región del salitre, en jira de propaganda, vuelve con sumas cuantiosas

Hay que dejar establecido que tenemos fuerzas sociales que combaten el ahorro. Combaten el ahorro la taberna, estimulada por la oligarquía, el jornal bajo, la carencia de escuelas, y combate el ahorro en Chile más que nada, nuestro régimen de curso forzoso de una moneda que cada vez vale menos. El que ahorra ve decrecer el valor de su dinero por arte de un mecanismo organizado para expoliar al pueblo trabajador y consumidor.

Cuando el cambio va de baja, nadie se alarma. Cuando, como ahora, sube por razones que no pueden impedir nuestros oligarcas, se protesta, se provoca alarma, se dice que el país va a la ruina, como si el país estuviera constituído únicamente por los que tienen palacios en Santiago.

El espíritu de economía nace y se desarrolla a im-

países de una organización social apropiada. Mil fuerzas trabajan en otros países para fortalecer el espíritu de ahorro. Mil fuerzas trabajan en el nuestro para abatirlo.

No somos derrochadores porque sí, sino porque nuestra organización social nos hace derrochadores.

¿NO TENEMOS AMBICIONES?

Talvez el motor que más poderosamente mueve al hombre es la ambición, el noble anhelo de surgir. El hombre apático, resignado a su suerte, no es factor de progreso social.

Nosotros no constituimos una raza resignada a su suerte. Es increíble el ansia de surgir que sentimos y los esfuerzos desesperados que hacemos por ascender. A Estados Unidos se van cada año centenares de jóvenes que no llevan más bagaje que unas pocas economías y ansias de trabajar y estudiar. Como si esta iniciativa hubiera que combatirla, nuestro cónsul en Nueva York ha hecho publicar en nuestros diarios la información alarmante de que en Norte América no se puede estudiar y trabajar a la vez, lo que es una inexactitud que demuestra solamente el

que nuestro joven y nuevo cónsul en Nueva York no tiene idea todavía de lo que es la vida norteamericana. Yo podría darle miles de miles de casos que prueban lo contrario de su aseveración.

Un caballero norteamericano que acaba de llegar á Chile nos ha dicho que nuestros compatriotas tienen ya sentada en los Estados Unidos la reputación de ser los más emprendedores, inteligentes y constantes de todos los sudamericanos. Y aunque se quiera atajar esta corriente de ambición y entusiasmo, no habría forma de lograrlo.

Hablaré de uno de estos esforzados chilenos, porque no podría llenar páginas dando ejemplos. Es el caso de uno de los redactores de nuestro propio diario, de LA OPINIÓN, don Luis A. Berrios que firma a veces con el seudónimo Esem.

Muchacho de diez y seis años, sentía hambre de ilustrarse, de aprender, de viajar. Se contrató en Valparaíso para irse en un buque de vela a Panamá a cargo de unos caballos de raza fina. Iba como caballerizo, como sirviente de esos caballos, en tercera clase; debía darles de comer, limpiarlos, lavarlos. Así llegó a Panamá. Allí se ocupó en los empleos más humildes para poder vivir, y economizar algo y seguir su viaje al norte. En esta forma atravesó todo México, haciendo largos recorridos a pie. El había oído decir que, en el sur de los Estados Unidos, había una gran Universidad, Park College, donde se

podía estudiar trabajando medio día por cuenta de la misma Universidad.

Llegó, por fin, a esa Universidad, como si hubiera llegado a la tierra prometida. Se presentó ofreciéndose como trabajador y alumno. Iba casi descalzo, con su ropa gastada. Más parecía un vagabundo, un forajido, que un muchacho anheloso que buscara horizontes amplios para la vida que soñaba. Produjo mala impresión por su simple aspecto aquel muchacho chileno, desarrapado, con hambre, en aquella Universidad yanqui. Se le dijo que no se le aceptaría. Las lágrimas cayeron solas de los ojos afiebrados de ese compatriota nuestro. Esto probablemente conmovió al director y le dijo:

—Voy a hacer un ensayo con usted. Vaya al bosque vecino y traiga una carga de leña.

Era invierno. La nieve tenía dos metros de altura. Nuestro niño chileno no tenía casi zapatos, ni guantes, ni abrigo. Pero todo su sueño, todo su porvenir dependía de ese haz de leña que iba a buscar. Ya comprenderéis que jamás se llevó del bosque a la Universidad un haz de leña más grande, más bonito.

Fué admitido nuestro niño y estudió allí cuatro años, pagando con su trabajo su educación. Y hoy es uno de los redactores de nuestro diario. Yo sé cientos de casos como éste.

La verdad es que en nuestro país se sofoca toda iniciativa, toda ambición. Hay algo así como miedo

de que se preparen nuevos hombres, de que surjan nuevas capacidades. Ciertas familias tienen el monopolio del éxito, y no se quiere que ingresen a la lucha nuevos competidores.

SOMOS CAPACES

Someramente, sin llevar el cráneo de la raza chilena al laboratorio; sin entrar en las comprobaciones científicas que ha estudiado el cantor de la raza, Nicolás Palacios, hemos dejado establecido que constituimos un pueblo capaz.

Hay que insistir en esto: casi todas las virtudes que ponderamos en otros países y que nos parecen cualidades superiores, inaccesibles para nuestro pueblo, han sido allá inteligentemente cultivadas por instituciones sociales. Allí se ha creado la inventiva entre los obreros por los medios más variados; se ha organizado una campaña inteligente y formidable contra el alcoholismo. Aún la belleza del hogar del obrero no es una simple resultante de la abundancia, sino una resultante de la campaña organizada en su favor, con premios, inclusive, que da la fábrica a los obreros que tienen más sanos y bellos hogares. Hay

muchas fábricas que tienen modelos oficiales de casas amueblados para obreros, en las que consultan la economía, el confort, la higiene y la belleza.

Sería interminable mostrar todos los medios de que se valen en los Estados Unidos y demás países las instituciones de progreso social para hacer su labor.

Nosotros no hacemos nada, o casi nada. Nos limitamos a denigrarnos, a desacreditar nuestra propia raza, digna por sus méritos intrínsecos de los más altos destinos.

Los países extranjeros, los que están llamados a grandes destinos, en vez de empequeñecerse ante ellos mismos, se engrandecen. Si oyéramos hablar a un yanqui o a un argentino acerca de sus países, creeríamos que se han vuelto locos de vanidad, así como nosotros nos estamos poniendo dementes de pequeñez.

Y nada más grave que esta calumnia de inferioridad con que insultamos a nuestro país. Es cierto que apenas progresamos; pero no se debe esto a inferioridad de raza, sino a que no se han aprovechado los recursos de la raza. Así como de los millones de caballos de fuerza que tiene nuestra cordillera, apenas hemos aprovechado unos cuantos miles, así también de los tres millones de nuestros habitantes, apenas aprovechamos unas cuantas centenas.

Se habla de la valorización del salitre; con impue

yos adaneros hemos querido valorizar nuestro ganado. Y no nos preocupamos de valorizar la primera riqueza nacional: la raza. Esta es la mina de diamante de Chile y la que ha estado en el más indolente abandono.

Hay que dejar bien sentada esta premisa, bien comprobada esta verdad, porque necesitamos de ella para las conclusiones a que debemos llegar: la raza chilena, el pueblo de Chile, en su conjunto, son una raza y un pueblo capaces. El que nuestros Lajas no estén domados y no estén rindiendo millones de caballos de fuerza, no quiere decir que no tengan esa fuerza, sino simplemente que no se ha aprovechado esa fuerza. Así también el que no se aproveche la capacidad de esta raza, no quiere decir que esta capacidad no exista, sino que no se ha aprovechado.

tos aduaneros hemos querido valorizar nuestro ganado. Y no nos preocupamos de valorizar la primera riqueza nacional: la raza. Esta es la mina de diamante de Chile y la que ha estado en el más indolente abandono.

Hay que dejar bien sentada esta premisa, bien comprobada esta verdad, porque necesitamos de ella para las conclusiones a que debemos llegar: la raza chilena, el pueblo de Chile, en su conjunto, son una raza y un pueblo capaces. El que nuestros Lajas no estén domados y no estén rindiendo millones de caballos de fuerza, no quiere decir que no tengan esa fuerza, sino simplemente que no se ha aprovechado esa fuerza. Así también el que no se aproveche la capacidad de esta raza, no quiere decir que esta capacidad no exista, sino que no se ha aprovechado.

NUESTRO MEDIO GEOGRÁFICO

No basta que constituyamos una raza capaz. Es necesario, para que reclamemos un lugar prominente entre las naciones del mundo, el que dispongamos de generosos recursos naturales. Una raza genial no podría edificar una civilización superior en plenas regiones polares. Suprimid las minas de carbón y de fierro de los Estados Unidos, y tened por cierto que suprimís la mitad de su progreso. Esta raza chilena, este pueblo chileno capaz ¿vive en un medio geográfico rico o mezquino?

Si tenemos que reconocer que es rica nuestra raza en potencia física e intelectual, nuestro suelo, de superficie relativamente escasa, es igualmente rico en recursos económicos. No es una tierra tropical, donde todo nazca espontáneamente, donde baste acercarse a los árboles para coger los frutos aborígenes.

Es una tierra severa que exige a los hombres que la pueblan sacrificios y esfuerzos para rendir sus frutos. Es una tierra de montañas, abrupta, donde cada paso que damos tiene que ser un desafío a la molicie. No podemos nosotros tender nuestros rieles en la llanura, nivelada por la naturaleza, como en la Argentina. Nuestros trenes salen de un puente para entrar a un túnel. Todo trabajo en nuestro suelo exige esfuerzos de titanes. Pero nada, o casi nada nos ha negado la naturaleza. Nuestra cordillera, casi toda de hierro del mejor del mundo, parece llamada a ser la espina dorsal de una nación que debiera ser una potencia mundial. También tenemos minas inagotables de carbón, minas, literalmente inagotables, de carbón que rivaliza y va a superar, cuando se exploten nuevos yacimientos, con los carbones de Australia y de Norte América. Y como si la provincia de Arauco, el Tarapacá chileno, fuera chica, nuestros mantos carboníferos se pierden en el mar. Allí, bajo nuestro mar, después de haber recorrido kilómetros entre apires chilenos que llevan una llama en la frente, late nuestro corazón con orgullo al ver que somos dueños, aún bajo del mar que tranquilo nos baña, de riquezas inagotables, llamadas a desparramar el abrigo, el confort y la alegría en los hogares de todo Chile.

¡Si nos diéramos cuenta bien cabal de lo que significa ser dueños de una cordillera de hierro y de un

sobmar de carbón! Se puede tener reverencia por los grandes genios. Se puede haber leído a Milton con devoción, y haber oído emocionado todos los dramas de Shakespeare; pero debemos declarar que estos hombres no han sido nada para la Inglaterra, comparados con esos otros dos ciudadanos ingleses: el fierro británico y el carbón británico.

Y el cobre! Seremos ya el primer país productor de cobre en el mundo. La planta del Mineral del Teniente da diariamente setenta toneladas de cobre. La nueva instalación del mineral producirá ciento cincuenta toneladas diarias. Las instalaciones en Chuquicamata producirán tres veces más. Luego producirá Chile más cobre que todo el resto del mundo junto.

Y todavía: la hulla blanca, las caídas de agua, la riqueza colosal de los Lajas chilenos, que aún no ha sido ni siquiera inventariada.

Y los bosques de madera, y el yodo y el salitre! El privilegio exclusivo que por acuerdo tácito e inapelable le ha concedido el mundo a Chile para producir el salitre más barato, nos significa hasta diez millones de libras esterlinas de renta de exportación al año.

Nuestro territorio conoce todos los climas. Es capaz de producir la caña de azúcar, el arroz, el trigo, todas las frutas.

A causa de que vivimos rodeados de vecinos de

superficie inmensamente mayor que la nuestra, nos estamos habituando a la idea de que somos un país chico. No olvidemos, sin embargo, que la Inglaterra y el Japón caben en Chile y que juntos tienen cien millones de habitantes. Los recursos de nuestro territorio, debidamente explotados, ofrecen todo lo que la población de Inglaterra y Japón reunidos podrían exigir para una vida moderna de abundancia y de confort.

LA SUPERFICIE DE NUESTRO TERRITORIO

Chile no es un país pequeño. Es más grande que muchas naciones europeas que son potencias mundiales.

Es cierto que nuestra superficie cultivable es escasa en comparación con nuestra superficie total. De los 757,000 k. c. que tiene nuestro territorio, sólo unos 200,000 son aprovechables para nuestras industrias agrícolas. Pero ya esta extensión es considerable; esta sola extensión es cuatro veces mayor que toda Dinamarca. Y consideremos que Dinamarca exporta más en productos agrícolas al año que todo lo que exportamos nosotros, incluyendo nuestra exportación de salitre. Exporta Dinamarca productos

agrícolas por valor de más de mil millones de pesos. Sólo a Inglaterra exporta anualmente como treinta y cinco millones de pesos únicamente en mantequilla.

La verdad es que nuestra superficie arable no está todavía incorporada a la economía nacional. Y la verdad es también que nuestros campos se cultivan en la forma más rutinaria, con tanto desprecio por la técnica moderna como por las condiciones sociales y de cultura de los elementos humanos ocupados en la producción.

Así se explica que el pan, los huevos y la leche sean más baratos en las grandes ciudades de Europa y los Estados Unidos que en Chile. Antes de la guerra, hemos traído huevos frescos aún de Italia y los Estados Unidos. En un solo año trajimos cerca de medio millón de pesos en mantequilla de Alemania, Inglaterra, Italia, Bélgica, Estados Unidos y Japón.

No acusemos ni a la estrechez de nuestro territorio, ni a la aridez de nuestro suelo de nuestra escasa producción agrícola. No acusemos a nuestro pueblo de torpe o de flojo. Más adelante, cuando comparemos nuestra política agraria con la de los Estados Unidos o Dinamarca, podremos ver que sólo tendremos que acusar la suprema ignorancia, falta de patriotismo y egoísmo mal entendido de nuestros dirigentes, que son los que tienen el monopolio del suelo en nuestro país.

Chile no está destinado a ser un gran país agrícola, sino un gran país industrial. Y su agricultura debe toda industrializarse. Para esto necesitamos de políticos capaces, que faciliten la expansión de nuestras industrias agrícolas; pero sólo tenemos caciques empeñados en mantener la esclavitud en nuestros campos.

INVENTARIO DE NUESTROS RECURSOS NATURALES

Nuestro país está en la más absoluta ignorancia de los recursos naturales de que dispone. Ni aún del salitre, que ha sido la fuente de nuestras entradas fiscales, sospechamos cuánto tenemos. Nunca se ha emprendido un estudio serio al respecto, a pesar de que el propio gobierno es dueño de la mayoría de los yacimientos. Unos técnicos dicen que tenemos salitre para cien años; otros dicen que tenemos para mil. Diferimos en estos cálculos, que sería fácil hacerlos, como difieren los sabios acerca de los cálculos que hacen para la vida futura de nuestro planeta. Newcomb cree que vivirá la Tierra todavía diez millones de años más; Helmoltz cree que durará setenta millones; Shaler cree que vivirá nuestro planeta

todavía cien millones de años. Así nuestros sabios, sin hacer sondajes, sin cubicar el salitre que tenemos en cada pampa, hablan de la vida futura del caliche como de la vida futura de la Tierra.

Otro tanto pasa con el carbón. No sospechamos la existencia aproximada de que podemos disponer para el futuro. Todo hace creer que tenemos cantidades ilimitadas.

Los geólogos aseguran que tenemos petróleo en Magallanes, donde compañías de exploración están haciendo trabajos febriles. No sólo en Magallanes sino en el centro del país y en Tacna se ha manifestado la existencia de petróleo.

No parece exagerado decir que hay más fierro y cobre en Chile que en todas las otras naciones del mundo juntas. Hoy día se están construyendo escuadras mercantes para transportar nuestros cerros minerales a Norte América. Bórax tenemos en el norte, particularmente en Tacna, en cantidades tales que constituyen las reservas del porvenir para el mundo entero. Del azufre ha dicho un sabio alemán que hay suficiente en Tacna para hacer arder el infierno por un millón de años.

Tenemos más oro que en el Transvaal y California.

Bosques impenetrables de maderas escogidas para construcciones, para muebles, para pulpa de papel, esperan sólo la evolución industrial del país para va-

lorizarse. Ni siquiera sospechamos aún de qué cantidades podemos disponer. Prueba de que las consideramos inagotables es el que incendiamos nuestros bosques como quien quema los papeles viejos en el tercer patio de la casa.

Nadie puede decirnos ni siquiera aproximadamente cuántos millones de caballos de fuerza nos ofrecen nuestras caídas de agua.

Nuestra fauna marítima, nuestra riqueza pesquera son las más ricas del mundo.

Nuestro suelo da las mejores frutas, el café, la caña de azúcar, el arroz, el algodón. En Tacna, el suelo es tan fértil—la alfalfa da hasta ocho cortes al año—que compensaría hacer canales de mármol para regar aquel suelo fertilísimo.

No nos falta nada, nada en nuestro territorio. Parece que Chile fuera el país privilegiado del mundo por su riqueza.

Como millonarios regalones que han recibido una gran heredad, que saben que nunca les ha de faltar nada, vivimos confiados en que tenemos recursos materiales inagotables. No nos cuidamos de explotarlos, ni siquiera de inventariarlos.

BALANCE
DEL
PROGRESO NACIONAL

Constituímos una raza capaz que vive en un medio geográfico rico. Hemos llegado a la mayor edad; hemos vivido libremente más de cien años. ¿Corresponde nuestro grado de progreso a la capacidad de la raza y a la riqueza del suelo?

Debemos hacer un ligero balance de nuestra situación actual. Si nos encontramos con que no hemos avanzado en armonía con los medios de progreso de que disponemos, habrá que estudiar las causas y buscar los remedios.

EL PROBLEMA DE LA VIDA

El primer problema de cualquier país, es el problema de la vida. Podéis tener miles de sueños dorados para el porvenir de vuestros hijos, pero el prime-

za de todos debe ser que vivan, porque de vuestros hijos muertos no podéis hacer nada, ni industriales, ni agricultores, ni médicos, ni abogados. Todo lo más, conseguiréis que vuestros hijos muertos voten en las urnas electorales.

Estudiando este problema de la vida, debemos constatar que si bien es cierto que un estadista tan preclaro como Pedro Montt logró iniciar el servicio de alcantarillas en algunas ciudades de la República, es una verdad que no podemos ocultar que la primera característica de Chile es la mugre; que parece ser ésta, en realidad, el escudo nacional. No es necesario que describamos el estado inmundo en que se mantienen las ciudades chilenas, sus acequias pestilentes, sus conventillos oprobiosos, sus calles cenagosas. No es necesario decir que en algunas calles de ciudades chilenas se han ahogado caballos en sus lodazales profundos. No es necesario establecer que se ha podido abrir el canal de Panamá y que nuestra oligarquía, con montones de dinero derrochado suficientes para rehacer todo el puerto de Valparaíso, como nos lo ha dicho su primer alcalde el ex Presidente Jorge Montt, no ha podido canalizar siquiera las aguas de sus cerros.

He recorrido Talcahuano y debo confesar que el estado de inmundicia en que se mantiene ese puerto no encuentra fácilmente igual en la redondez del planeta. Los barrios chinos de Lima que vi destruir

a golpe de hacha, mientras se escabullían los asiáticos de sus rendijas y recovecos como cuyes o ratones, no eran un exponente tan alto de la mugre, de la inmundicia, como lo es el estado en que se mantienen los barrios pobres y las calles de aquel puerto de la República.

Hay allí un desinfectorio fiscal que es un basural, el estercolero público de la ciudad. ¿Creéis que sirve para desinfectar? No; sirve para infectar. En un caballo se manda buscar los colchones de los tísicos, los que se ponen en las ancas del jamelgo como un par de árguenas y se pasean por todas las calles. El hombre que desinfecta, no se pone un traje especial, no se desinfecta él, sino que adquiere los gérmenes que está llamado a exterminar. El autoclavo no funciona, de manera que a los microbios se les mete un susto no más, a ver si se mueren del miedo. ¿Y sabéis a qué más se dedica ese hombre que recibe todos los contagios de la ciudad y los almacena en su cuerpo? A vender helados en verano y carbón en invierno en el propio desinfectorio público.

Tenemos una organización nacional de una eficiencia estupenda para aniquilar la raza y matar a sus hombres. Todo Chile es un matadero infantil. El conventillo, la taberna, la ruca del inquilinato, el campamento de la salitrera, todos estos son baterías más perfectas que la más moderna maquinaria bélica de los países en guerra, para concluir con la pobla-

ción chilena y cercenar la pujanza física de los pocos que quedan con vida.

En todo el ámbito del territorio chileno se pueden señalar centenares de casos que muestran cómo existe en nuestro suelo una verdadera organización fiscal y municipal que tiene por consigna la destrucción de nuestra raza.

Iquique, como todas las ciudades de la República, tiene sus conventillos oprobiosos, donde se hacinan los hombres, las mujeres y los niños, como se hacinan las carretonadas de inmundicias de un basural.

En la puerta de ese conventillo había un letrero mandado poner allí por la autoridad respectiva. Decía así:

«Para la identificación de este cadáver se fija el
« presente cartel de orden del 2.° Juzgado del Cri-
« men.

«El cadáver fué encontrado en el conventillo de
« calle Videla N.° 45, día sábado y la hora, 2 pasado
« meridiano.

«Se ruega a la persona que pueda dar datos, pase
« a la Sección de Pesquisas.

«Iquique, julio 22 de 1916.

«De orden superior.—(Hay un timbre: Policía de
« Seguridad de Tarapacá.—Iquique. — Sección de
« Investigaciones).»

Un millón de moscas celebraban allí su festín macabro, y medio centenar de chiquitines desarrapados

de todas las edades, gateando los de un año y corriendo los mayores alrededor de este cadáver, recibían en sus labios macilentos los besos fétidos de las moscas asesinas. Una mujer sentada en el umbral de una puerta amamantaba una criatura de pocos meses, y sobre sus pechos flácidos se posaban las moscas golosas hartadas en el putrefacto cadáver en exhibición.

Nos extrañó el que no estuviera toda la gente del conventillo rodeando el cadáver, llenos de sorpresa y admiración. El cadáver era allí ya tan familiar a cada uno, como el pilón de agua en un conventillo santiaguino.

Un guardián lo cuidaba, y nos acercamos a él.

Allí estaba ese cadáver por más de una semana, nueve días, por orden de la autoridad judicial y con un guardián al lado que constatara cómo se hace oficialmente la propagación de todas las pestes y todas las epidemias. Allí había estado el médico legista, y ni él ni nadie había ordenado que se retirara el cadáver del conventillo para llevarlo a una morgue o a la sala mortuoria de algún hospital.

El sistema nervioso más firme, más resistente, se altera ante la contemplación de este espectáculo horripilante, inoculación de veneno macabro hecha a todo un conventillo, a todo un barrio, a toda una ciudad. Este cadáver yacía allí por nueve días en el corazón mismo del conventillo, a un cuarto de

de todas las edades, gateando los de un año y co- rriendo los mayores alrededor de este cadáver, mez- bian en sus labios macilentos los besos fatídicos de las moscas asesinas. Una mujer sentada en el um- bral de una puerta amamantaba una criatura de po- cos meses, y sobre sus pechos flácidos se presenta- ban las moscas golosas hartadas en el putrefacto cadáver en exhibición.

Nos extrañó el que no estuviera toda la gente del conventillo rodeando el cadáver, llenos de sorpresa y admiración. El cadáver era allí ya tan familiar a cada uno, como el pilón de agua en un conventillo santiaguino.

Un guardián lo cuidaba, y nos acercamos a él.

Allí estaba ese cadáver por más de una semana, nueve días, por orden de la autoridad judicial y con un guardián al lado que constatara cómo se hace ofi- cialmente la propagación de todas las pestes y to- das las epidemias. Allí había estado el médico legis- ta, y ni él ni nadie había ordenado que se retirara el cadáver del conventillo para llevarlo a una mor- gue o a la sala mortuoria de algún hospital

El sistema nervioso más firme, más resistente, se altera ante la contemplación de este espectáculo ho- rripilante, inoculación de veneno macabro hecha a todo un conventillo, a todo un barrio, a toda una ciudad. Este cadáver yacía allí por nueve días en el corazón mismo del conventillo, a un cuarto de

cuadra de una escuela pública, a menos de una cuadra del matadero municipal de la ciudad.

Al visitar el resto del conventillo vimos a qué se dedican algunos de los chinos que lo habitan. A hacer grasa para el expendio público. En cuartos que son la expresión máxima de la inmundicia, tienen vísceras de animales traídas del matadero vecino, y fabrican allí, al lado del cadáver y entre un mosquerío inmundo, la grasa en que se fríen los huevos que consume buena parte de la población!

ORGANIZACIÓN OFICIAL PARA ANIQUILAR LA RAZA.

En general, los cuerpos de ejército de la República están mantenidos en tal forma por el Gobierno, que se podría creer que se trata de mantener una organización nacional para degenerar la raza. Yo he estado en infinidad de cuadras donde los soldados duermen en camas de tres y cuatro pisos, con tal escasez de aire respirable, que si dejáramos una paloma por la noche en el dormitorio, moriría asfixiada.

En la Plaza de Lautaro sentí un olor insoportable. Quise buscar el foco de inmundicias que envolvía

con una nube infecta a la Plaza, dejándome llevar por la repulsión de sus emanaciones. Llegué ¡dónde! Al cuartel del Grupo Sotomayor de artillería de montaña. La pluma se resiste a describir ese hacinamiento de inmundicias.

Entramos al comedor y sala de clases. Eran las dos de la tarde y las lámparas estaban encendidas porque, con ellas apagadas, los conscriptos no alcanzarían a ver a su maestro.

Entramos al comedor por una puerta angosta, la única de la sala. Algunas ventanas que tiene dan a una caballeriza anti-higiénica. La caballeriza colinda tan de cerca con el comedor que su única ventilación es este comedor y sala de clases. Cada ventana tiene, frente a frente, casi entrando en la sala misma, la parte posterior de un caballo. Al entrar allí se siente un olor que sófoca, que marea, como si se tomara opio.

En Tacna, el comandante del Canto me mostraba su Regimiento.

—Esta es la única llave de agua que hay aquí, me decía.

—¿Dónde se bañan los soldados? pregunto.

—No se bañan.

—¿Dónde se lavan la cara, las manos?

—No se lavan.

El estado en que se mantienen las cárceles de la República con sus cincuenta mil reos es tal, que ho-

rionas. Se mezclan en ellos, las tisis con las pulmonías, los niños delincuentes con los criminales avezados, en focos de inmundicia y de inmoralidad tales, que puede decirse que el Estado tiene mejor organizada la escuela del crimen y de la corrupción, que la escuela elemental que debe enseñarle el alfabeto a la nación.

¿Sabéis qué lugar ocupamos como nación alcohólica en el mundo? Nos corresponde el privilegio de ocupar el segundo lugar. Un eminente sociólogo norteamericano, el señor Eduardo A. Ross, profesor de ciencias sociales de la Universidad de Wisconsin, nos ha visitado no hace mucho y acaba de publicar en los Estados Unidos un libro acerca de Sudamérica. A propósito de nosotros dice textualmente así: «En Chile es donde se encuentra hoy más desarrollado el alcoholismo que en ninguna otra parte del mundo; he estado en veintidós países y nunca he visto nada más deplorable.» Agrega, explicando este fenómeno, que es tan fuerte la influencia política de los grandes vinicultores, que el mismo Gobierno que impuso una contribución de veinte centavos (oro americano) al cuarto de galón sobre la producción del alcohol potable de los cereales, arrojando con esto a los cinco sextos de destiladores de granos a la bancarrota, gravó a los productores de alcohol de uvas, no por cuarto de galón, sino por acres de vi-

gado, lo que, naturalmente, hizo de esta contribución para ellos una mera bagatela (1).

Producimos en el país más de cuatrocientos millones de litros de vino al año. La producción total de bebidas intoxicantes que tiene Chile al año, alcanza a 590 millones 731.534 litros. Viñateros [illegible] tenemos 25,824. El capital de las industrias de bebidas alcohólicas chileno alcanza a 268.464.734 pesos.

¿Sabéis cuántos operarios tienen en total las fábricas de todo el país, contando hombres, mujeres y niños, e incluyendo en el número de fábricas aún los pequeños talleres de panadería? Setenta y cinco mil ochocientos treinta y tres. ¿Y sabéis cuántos taberneros tiene Chile? 26,666. Un tabernero para cada dos operarios y fracción!! Consume Chile 15 litros 4 décimas de alcohol absoluto por cabeza al año, lo que, como os he dicho, nos concede el privilegio de ocupar el segundo lugar como país alcohólico en el mundo.

Esta alcoholización de la raza es fomentada por nuestros legisladores, puesto que los grandes productores de vino tienen su asiento en el Parlamento Nacional.

sola, lo que, naturalmente, hace de esta contribución para ellos una mera bagatela.

Producimos en el país más de cuatrocientos millones de litros de vino al año. La producción total de bebidas intoxicantes que tiene Chile al año, alcanza a 390 millones 731.534 litros. Viñateros sólo tenemos 25.824. El capital de las industrias de bebidas alcohólicas chilenas alcanza a 218.464.734 pesos.

¿Sabéis cuántos operarios tienen en total las fábricas de todo el país, contando hombres, mujeres y niños, e incluyendo en el número de fábricas aun los pequeños talleres de panadería? Sesenta y nueve mil ochocientos treinta y tres. ¿Y sabéis cuántas tabernas tiene Chile? 30.666. ¡Un tabernero para cada dos operarios y fracción!! Consume Chile 13 litros 4 décimas de alcohol absoluto por cabeza al año, lo que, como os he dicho, nos concede el privilegio de ocupar el segundo lugar como país alcohólico en el mundo.

Esta alcoholización de la raza es fomentada por nuestros legisladores, puesto que los grandes productores de vino tienen su asiento en el Parlamento Nacional.

ecido, lo que, naturalmente, hizo de esta contribución para ellos una mera bagatela».

Producimos en el país más de cuatrocientos millones de litros de vino al año. La producción total de bebidas intoxicantes que tiene Chile al año, alcanza a 590 millones 731.534 litros. Viñateros tan sólo tenemos 25.824. El capital de las industrias de bebidas alcohólicas chileno alcanza a 268.464.734 pesos.

¿Sabéis cuántos operarios tienen en total las fábricas de todo el país, contando hombres, mujeres y niños, e incluyendo en el número de fábricas aún los pequeños talleres de panadería? Setenta y cinco mil ochocientos treinta y tres. ¿Y sabéis cuántos taberneros tiene Chile? 26,666. Un tabernero para cada dos operarios y fracción!! Consume Chile 15 litros 4 décimas de alcohol absoluto por cabeza al año, lo que, como os he dicho, nos concede el privilegio de ocupar el segundo lugar como país alcohólico en el mundo.

Esta alcoholización de la raza es fomentada por nuestros legisladores, puesto que los grandes productores de vino tienen su asiento en el Parlamento Nacional.

LA MORTALIDAD EN NUESTRO PAIS

No es posible describir las escenas horripilantes que han desfilado ante mis ojos como una película macabra a medida que he avanzado por el país en mi jira de estudio.

Nos sorprende leer cada mañana, en los diarios, el número de muertos que la guerra europea está sembrando en campos y ciudades. Jamás había habido una matanza humana más colosal. La población de los países que están en lucha es de 448 millones, y se calcula que han muerto en un año 5 millones de hombres en la guerra. La mortalidad normal de aquellos países es de 15 por mil. Se ha elevado, pues, por causa de la guerra en un 11 por mil, haciéndolo subir así a un 26 por mil.

Esto nos llenará de sorpresa, de espanto. No tendremos frases para condenar tanta iniquidad. Pues bien, en Chile, en tiempo de plena paz, hoy, están muriendo proporcionalmente muchos más hombres que en los países en guerra.

Podemos estar orgullosos de nuestra organización para aniquilar hombres. Qué alemanes, ni qué morteros de 42! Los nuestros son más potentes; están calculados para rendir la fortaleza casi invencible de la musculatura chilena. Estos morteros son construí-

LA MORTALIDAD EN NUESTRO PAIS

No es posible describir las escenas horripilantes que han desfilado ante mis ojos como una película macabra a medida que he avanzado por el país en mi jira de estudio.

Nos sorprende leer cada mañana, en los diarios, el número de muertos que la guerra europea está sembrando en campos y ciudades. Jamás había habido una matanza humana más colosal. La población de los países que están en lucha es de 448 millones, y se calcula que han muerto en un año 5 millones de hombres en la guerra. La mortalidad normal de aquellos países es de 15 por mil. Se ha elevado, pues, por causa de la guerra en un 11 por mil, haciéndolo subir así a un 26 por mil.

Esto nos llenará de sorpresa, de espanto. No tendremos frases para condenar tanta iniquidad. Pues bien, en Chile, en tiempo de plena paz, hoy, están muriendo proporcionalmente muchos más hombres que en los países en guerra.

Podemos estar orgullosos de nuestra organización para aniquilar hombres. Qué alemanes, ni qué morteros de 42! Los nuestros son más potentes; están calculados para rendir la fortaleza casi invencible de la musculatura chilena. Estos morteros son construí-

LA MORTALIDAD EN NUESTRO PAIS

No es posible describir las escenas horripilantes que han desfilado ante mis ojos como una película macabra a medida que he avanzado por el país en mi jira de estudio.

Nos sorprende leer cada mañana, en los diarios, el número de muertos que la guerra europea está sembrando en campos y ciudades. Jamás había habido una matanza humana más colosal. La población de los países que están en lucha es de 448 millones, y se calcula que han muerto en un año 5 millones de hombres en la guerra. La mortalidad normal de aquellos países es de 15 por mil. Se ha elevado, pues, por causa de la guerra en un 11 por mil, haciéndolo subir así a un 26 por mil.

Esto nos llenará de sorpresa, de espanto. No tendremos frases para condenar tanta iniquidad. Pues bien, en Chile, en tiempo de plena paz, hoy, están muriendo proporcionalmente muchos más hombres que en los países en guerra.

Podemos estar orgullosos de nuestra organización para aniquilar hombres. Qué alemanes, ni qué morteros de 42! Los nuestros son más potentes; están calculados para rendir la fortaleza casi invencible de la musculatura chilena. Estos morteros son construí-

dos, a veces, y sostenidos con dinero fiscal y, como irrisión, como burla sangrienta, se denominan en ocasiones «Desinfectorio Público», como el de Talcahuano. ¿Para qué? Quién sabe! Los buques de guerra se pintan del color del horizonte en que se pierden para que no los vean ni les teman. ¿Por eso se llamará Desinfectorio Público el centro organizado para repartir epidemias en Chile? ¿Para que nadie le tema?

En un país como el nuestro de clima templado de brisas puras, que debiera ser como un verdadero sanatorio en el planeta, mueren treinta y un hombres por cada mil habitantes, cada doce meses, más que en ningún otro país del mundo.

En Cuba y en Panamá, países tropicales, países de los pantanos, países de los mosquitos, de las fiebres amarillas, mueren menos de quince hombres por cada mil. Es decir, sacrificamos nosotros en cada mil hombres, cada año, diez y seis chilenos, en exceso a la incuria de la oligarquía que nos maneja. Tenemos tres millones doscientos mil habitantes; en consecuencia, inmolamos anualmente a los fetiches de nuestra oligarquía 51,200 vidas humanas, una cada diez minutos. No pedían los dioses, crueles e impertritos, de la mitología, que se sacrificaran en sus altares, sedientos de sangre, tantos bueyes ni tantas ovejas, como tantas criaturas, como tantos chilenos, pide, exige, para sus altares, la oligarquía chilena

Como es natural, estas víctimas no las reclama la oligarquía entre los de su propia clase, ya que no mueren las criaturas recién nacidas en los palacios abrigados del opulento, sino en los conventillos desamparados de la miseria. La oligarquía, con su incuria, ha conseguido chilenizar la viruela, el dengue, la fiebre amarilla, la bubónica aún. La detención criminal del código sanitario es la carta de ciudadanía que les ha concedido a estos nuevos chilenos, compatriotas nuestros, a quienes les ha dado para que se hospeden, no los palacios de nuestros hermanos ricos, sino los conventillos de nuestros hermanos pobres.

EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN

El primer problema de un país es, tiene que ser, el problema de la vida, y vemos que nuestra oligarquía no ha sabido encarar este problema en la forma que se hace en todos los países civilizados.

El segundo problema de un país ¿cuál es? Es el problema de la educación, porque así como el agua no vale nada cuando no ha pasado por un canal para ir a una turbina o a un surco a rendir el máximo de su poder, así también el hombre no vale nada si no

ha pasado por una escuela para ir a la granja o a la fábrica a rendir el máximo de su potencia.

Si dejamos, pues, el primer problema, el problema de la vida y estudiamos el problema de la educación, el problema de la cultura; si pasamos a ver lo que ha hecho nuestra oligarquía en el terreno educacional, en la preparación del hombre para la vida, tendremos también que constatar un fracaso lamentable, por no decir una indolencia criminal. Nuestro país, según nos dice el último censo, tiene 3.249.279 habitantes, de los cuales 1,951,061 no saben leer. Fijaos bien: casi dos tercios de la población chilena no saben que la O es redonda y que la I tiene un punto. Tenemos 3 mil escuelas y necesitamos diez mil para nuestros 700 mil niños.

Si vais por nuestras haciendas feraces os encontraréis con que hay chilenos que no sólo no saben leer, sino que jamás han visto a nadie leer. Una muchacha a quien le pregunté una vez en un campo, a dos horas de un centro poblado, con ferrocarril, si sabía leer, me miró con ojos de gran curiosidad, como si le hubiera preguntado por los megaterios antediluvianos y me dijo:

—¿Qué es eso leer, señor?

Yo, a mi vez, me extrañé de que, viviendo en el desamparo más grande, pudiera hablar aquella criatura chilena y se sostuviera en dos piés.

En una hacienda de la provincia de Talca que he

visitado en mi jira, cuando le pregunté a la mujer de un inquilino si sabía leer, me contestó:

—Las cosas que pregunta su merced! Aquí no sabe nadie eso.

—Y las cartas ¿cómo las leen?

—Aquí no llegan más que recados por tierra.

En toda la hacienda, a las puertas de la ciudad de Talca, no había un inquilino que supiera leer. Ese era privilegio de los patrones, un título de nobleza.

En la casa de un inquilino que vive en los suburbios de una ciudad del sur, pregunté si había alguien allí que supiera leer. Naturalmente nadie sabía. Lo que resultaba interesante, es que el marido y los hijos mayores, de más de veinte años, se pusieran a pensar buscando con su memoria a alguien que supiera descifrar el alfabeto. Creerían probablemente que yo necesitaría alguna persona que me leyera una carta, que yo no era capaz de leer. Y después de mucho pensar y dilucidar, pudieron referirse a un señor que vivía más cerca del centro de la ciudad, el cual sabía leer. Aquel extraño señor probablemente era el maestro de escuela o el abogado de la localidad.

Cuando le pregunté a un inquilino si sabía quién era el Presidente de la República, si había oído nombrar diarios como «El Mercurio», «El Diario Ilustrado», cuando le hice una serie de preguntas ele-

...ciales para ver si se daba cuenta, vaga siquiera, de lo que era nuestro país, me dijo:

—Yo no sé esas cosas, señor, pero mi patrón las sabe. El quedaba conforme con aquello. Se creía una cosa, un animal de su patrón. Bastaba que su patrón supiera.

A menudo decimos: el ochenta por ciento del país es liberal y sólo el 20% conservador. Esta es una aseveración ridícula, por no decir cruel. El 90% de la población de Chile no es liberal, ni radical, ni conservador, ni demócrata. No es nada. Es una recua de animales, es un bosque de pataguas, es lo que vosotros queráis; pero no son hombres con conciencia, con credos, con doctrinas. No saben pensar, no saben sentir, no tienen ni el sentimiento de la dignidad humana. El país está por hacerse, las conciencias por formarse, la democracia por crearse.

ESPÍRITU OLIGARCA DE LA EDUCACIÓN NACIONAL

No creamos tampoco que las pocas escuelas que tenemos civilizan. Enseña a leer nuestra escuela a duras penas; pero ni siquiera crea amor por la lectura. Cuando decimos que un tercio de nuestra po-

blación sabe leer, decimos un error manifiesto. Buena parte de ese tercio sólo supo leer el libro primero mientras estuvo en la escuela. El número de los que realmente leen en Chile no es ni el 10% de la población. Nuestra escuela no enseña a trabajar; no forma hábitos superiores; no forma ciudadanos. Nuestra escuela no tiene capacidad transformadora. Así como un hombre no se convierte en automóvil porque entra a un garage, nuestros niños no se convierten en ciudadanos porque entran a una escuela.

Debe considerarse que en este caso, problema de la cultura, como en el caso anterior, problema de la vida, la ignorancia se ha dejado sistemáticamente subsistir entre las clases pobres, y la cultura se ha repartido entre las clases ricas. En política educacional se ha legislado para el rico. Véase, precisamente, la diferencia que ha habido en el desarrollo de la educación entre la democracia norteamericana y la plutocracia chilena: allá se principió a edificar de abajo para arriba; se hicieron primero los cimientos y se pusieron al último las cornisas de la altura. Se crearon y se multiplicaron al infinito las escuelas elementales; y sus Universidades colosales: Columbia, Harvard, Wisconsin, que hoy pasman al mundo, fueron la florescencia natural de esta evolución progresiva.

En Chile nuestra oligarquía ha hecho la inversa: creamos el año 1843 la Universidad del Estado, y

en todo el curso de nuestra historia centenaria, veces que se ha dado importancia capital a la educación superior e importancia mínima a la educación inferior.

Los filósofos y educadores extranjeros que nos han visitado, como Mr. Ross y Mr. Rowe, no han podido ocultar su sorpresa al ver el avance de nuestra educación superior y el afrentoso atraso de nuestra educación primaria.

Es cierto que se inició una vez una política democrática en la educación chilena.

Balmaceda fué el gran Presidente que construyó escuelas en toda la República; este fué un Presidente democrático. Cualquiera que sea la ciudad, diría yo la aldea, donde se llegue, se verá una gran escuela, un gran palacio erigido por el Presidente derrocado. En parte, por eso fué derrocado: porque construía el edificio de la democracia chilena, edificio sano, sólido, honrado. Sólo se están derrumbando esos edificios (he visto montes de zarzamora en algunas de sus salas) por la incuria de sus sucesores.

Todos le hacemos hoy día justicia a Balmaceda. Sabéis que durante el terremoto del 16 de agosto, el edificio del Internado Barros Arana fué sacudido [illegible]amente sin que se le hiciera una grieta y que los alumnos a raíz del remezón, en medio del pánico todavía, lanzaron unánimemente un hurra estruendoso de gratitud a Balmaceda, al constructor honrado

No nos ha faltado dinero para hacer el edificio de nuestra democracia. Tan sólo desde el año 91 hasta hoy nuestro gobierno ha recibido por derechos de exportación del salitre, cien millones de libras, tres mil millones de pesos chilenos. Con estos tres mil millones no se han hecho escuelas, ni puentes, ni ferrocarriles, ni puertos. Los gastos extraordinarios que se han emprendido últimamente, se han hecho con treinta millones de libras extras, ajenas, que hemos pedido prestadas.

Más aún, el propio dinero que gastamos en educación primaria lo invertimos mal. Un dato, descarnado, vale por media hora de comentarios. En las Islas Filipinas, que están bajo el control norteamericano, se da una educación primaria muy superior a la nuestra; se paga mejor el profesorado y se educa en sus escuelas como cincuenta mil niños más que en las nuestras, gastando nosotros quince millones más que ellos.

EDUCACIÓN TÉCNICA

Si pasamos a ver qué ha hecho el Gobierno en materia de escuelas industriales para preparar a nuestros hombres en la explotación científica de nuestros recursos naturales, tenemos que constatar

también un fracaso colosal. Poseemos una sola escuela industrial que pueda llamarse tal, y su historia es la historia de la desorganización, del fracaso. Nuestras escuelas de minería, esenciales en el país del salitre, del cobre, del carbón, del fierro, llevan una vida vergonzosa o han muerto, se han cerrado, como la de Santiago.

Cosa parecida está ocurriendo con nuestras escuelas de agricultura.

Un presidiario puede vivir pacientemente en su celda y hasta sonreir cuando su imaginación lo lleva al lejano día en que las pesadas rejas de acero se abran para él. Se puede ver la miseria, el atraso de los fundos chilenos con resignada tolerancia, pensando que las escuelas agrícolas son las generadoras de una futura era de progreso que ha de llevar la civilización a la vida rural chilena.

He visitado las Escuelas Agrícolas de Talca y de Chillán. Se ve en ellas atraso, incuria de parte del Gobierno para darles medios de progreso. Allí sus directores se esfuerzan, tratan, dentro de sus escasos medios, de atender en la mejor forma posible su misión de formadores de la democracia agrícola chilena. He visitado también la Escuela Agrícola de Concepción, y yo, que tengo el pulso firme para escribir, siento ahora, al hablar de esta Escuela, todos los temblores de una mano que escribe acerca de los detalles de una gran desgracia.

El primer golpe de vista de la Escuela, su avenida de la entrada, sus jardines que hacen frente al edificio, producen una impresión agradable, de aseo, orden y cierto esmero por la elegancia aún. Pero a medida que se penetra, se va viendo que ese es sólo el vestido de seda, los afeites de una damisela de enaguas sucias y cuerpo y alma corrompidos.

Ya en el interior, la mugre, las basuras desparramadas a los pies mismos del edificio, llaman la atención no sólo al que tiene ojos, sino también el que tiene narices. En una perrera vimos a unos perros revueltos entre el estiércol de varios días. Nauseabunda. Por caridad, si no se puede hacer otra cosa con esos perros, debiera asfixiárseles para concluir con su tortura. La nota de la mugre es la nota general de la Escuela, rodeando animales y personas. El servicio de letrinas es horroroso. Abrí unas cuantas camas de alumnos. Muchas tenían una sábana; otras, ninguna; todas parecían ser, no sábanas para dormir entre ellas, sino cortinas negras para montar una capilla ardiente. En los salones de un palacio se pone una alfombra de Smirna; en la sala de un burgués, una alfombra de Bruselas; en la pieza de un obrero, una estera de totora. En la Escuela Agrícola se ha extendido por todas partes una alfombra de mugre.

Fuera de esto, el director nos paseaba por la Es-

cuela, como un cicerone nos llevara por las ruinas de Pompeya. En todas partes tenía que decirnos:

—Aquí había esto; aquí había aquello. Y se veían cimientos musgosos, murallas caídas. En muchas ocasiones, para reconstruir lo que era una ruina, se necesitaba llamar a un empleado de los que conocían antes la Escuela para que explicara qué había sido aquello. Unas cuantas gallinas finas, sin gallo, esperando para su fecundación el milagro del pecher. Las colmenas, agrupadas unas sobre otras, como un montón de ladrillos.

—¿Qué fué aquello?

—Un acuario.

—¿Y eso?

—Un jardín zoológico.

—¿Lo otro?

—Un taller mecánico.

Vemos un esqueleto vivo. Hemos visitado muchos Museos, y jamás habíamos presenciado tal prodigio.

—¿Qué fué eso?

—Una vaca.

Entramos al establo. Había allí siete vacas. ¿Qué delitos han cometido? ¿Qué crímenes? ¿Por qué una inquisición macabra ha condenado a las torturas de la extenuación a esos animales de raza fina? Cada uno de sus huesos parecen brazos extendidos de pordioseros moribundos que os piden clemencia. En este establo de una Escuela Agrícola que está pre-

parando mayordomos de fundo, parece que se hubiera querido establecer una cátedra de odio, de inclemencia, de crueldad, de salvajismo.

—¿Dónde está, le preguntamos al Director, el empleado con un centenar de pañuelos que ofrezca a los visitantes para que enjuguen sus lágrimas? ¿Quién nos va a consolar?

—Pero estas vacas han dado su cría, nos contestó.

—No le pediríamos nosotros una criatura a nuestra mujer tísica en su lecho de muerte.

En cuanto al régimen mismo de la Escuela, en cuanto a la educación, a la enseñanza, la impresión para el que algo entiende en asuntos pedagógicos es para provocar sorpresas estupendas. Un aviso en el patio dice que el régimen de la Escuela es militar.

Se podría creer que se tratara de un curso en la Sorbonne en París a jóvenes universitarios, si los cuadernos insulsos, llenos de terminachos, no estuvieran plagados de errores. A propósito del trigo dan una página de estadísticas fantásticas en cuanto a su producción en el mundo, las que no he podido encuadrar en ninguna de las estadísticas oficiales chilenas ni extranjeras que llevaba en mi biblioteca ambulante de periodista.

Es tal nuestra educación técnica que los expertos que necesita la industria, en cualquiera de sus ramos, es necesario importarlos del extranjero, aún cuando por excepción las empresas sean nacionales, así se

trate de grandes usinas eléctricas, de establecimientos de fundición, de grandes molinos, de la fábrica de paños de Tomé o de la refinería de azúcar de Penco.

En Curanilahue al visitar las minas de carbón, me decía con gran orgullo uno de los empleados que esa compañía era netamente chilena. Y el ingeniero jefe que estaba con nosotros, que era escocés, extranjero como los ingenieros de las demás minas y como sus mayordomos, agregó con mucha calma y con mucha propiedad:

—Sí, el establecimiento es chileno, pero no pudo hacer nada hasta que me tomaron a mí.

La verdad es que, con pocas excepciones, las casas extranjeras sólo ocupan en sus empresas, de todo su personal, a los mozos y al abogado. Los primeros porque no hace cuenta traerlos, y los segundos porque tienen que haber estudiado en nuestras Universidades para atender nuestras leyes. Fuera de mozos y abogados, no tenemos gente preparada para las grandes empresas comerciales e industriales.

Es decir, nuestra educación ha dejado inculta, analfabeta, a dos terceras partes de la población. Del otro tercio, a la inmensa mayoría la ha enseñado malamente el alfabeto. A casi nadie ha preparado para la vida del trabajo y de ninguno de nosotros ha hecho un verdadero ciudadano.

La preferencia que los demás países dedican a la educación de sus hombres, la hemos podido cons-

tatar sin abrir libros, sin leer estadísticas, mirando, observando en nuestro propio territorio. En 1891 llegó a Chile, a la provincia de Malleco, una numerosa colonia suiza traída por nuestro Gobierno, la que se estableció cerca de Traiguén. Al poco tiempo supo el Gobierno suizo que estos colonos, que estos emigrados, que habían abandonado la Suiza definitivamente y que habían levantado sus tiendas, sus hogares, en Chile, vivían desamparados, sin escuelas. Mandó a un pastor, al señor Leutwyler para que informara acerca de las condiciones de vida de los suizos en Malleco. Y este pastor, con quien yo he conversado no hace mucho, me contó que había informado a su gobierno que sus compatriotas estaban viviendo aquí como caballos, sin escuelas, que de hombres civilizados iban a convertirse en salvajes en poco tiempo. El Gobierno suizo dió entonces fondos para ayudar a sostener una escuela en los campos vecinos de Traiguén, a las orillas del río Tricauco. Todavía manda plata el Gobierno suizo para el sostén de esa escuela, que hoy día educa niños chilenos. La Alemania, actualmente, en medio de esta guerra espantosa, sigue mandando sus subvenciones a las escuelas alemanas de Chile, en Santiago, Valdivia, Puerto Montt.

Esto hacen gobiernos extranjeros en pro de la educación de sus hombres aún en países extraños. Cuánto más no tiene que sorprendernos el abandono en que la oligarquía chilena tiene a los hijos de Chile.

SEPARACIÓN DE CASTAS

La separación de castas en Chile es bien definida, y el Gobierno se empeña por mantenería y fomentarla. Estamos acostumbrados a no contar como chilenos a las clases pobres. Cualquiera superficial observación lo deja demostrado. Discutía yo una vez con un famoso abogado. Yo le aseguraba que en Alemania saben más geografía de Chile que lo que saben los chilenos en el propio Chile. El había estado también en Alemania, y consideraba mi aseveración un absurdo temerario. Sólo que él creía estar en la razón porque estimaba que Chile está compuesto únicamente de sus abogados, ingenieros, médicos y los pocos más que han hecho estudios secundarios. De hecho, no consideraba chilenos al sesenta por ciento de nuestros analfabetos.

Cuando se dice: la raza chilena es valiente, se incluye al roto entre los elementos de nuestra raza porque instintivamente se piensa que él está para defender al país. Pero muy a menudo lo excluimos como ciudadano chileno, cuando hacemos consideraciones generales. En cualquier pueblo chileno oiréis estas frases acusadoras: aquí hay pocas familias, o muchas familias, o las familias están ahora veraneando. Con el término «familia» quieren decir, «la gente

pudiente». A la otra casta, a los humildes, no se les reconoce siquiera el privilegio de llamar familia al grupo que forman la madre, el padre y sus hijos.

Preguntad a cualquiera si la mujer chilena es hermosa. Se os dirá generalmente que sí. ¡Oh la mujer chilena es muy hermosa! He oído cien veces decir que es más hermosa que la francesa, que la alemana, que la norteamericana. Yo tengo mucho respeto por la mujer chilena, pero sostengo que es fea. No puedo cegarme tanto hasta el extremo de no ver que la raza chilena adquirió del araucano facciones toscas, reñidas con la estética. Los que llevamos sangre araucana en las venas, somos feos. Sólo que cuando nosotros hablamos de la mujer chilena no pensamos para nada en la mujer de las clases modestas; pensamos en las damas que van a la ópera, a las que miramos con anteojos en la platea y en los palcos, y no consideramos chilenas a las que salen en tropel de una fábrica de conservas o de corset. Inconscientemente nos acusamos de que hay en Chile dos castas, y de que se le niega a la casta inferior su prerrogativa de chilena.

Esta división de castas la reconoce el Gobierno y la estimula; para convencernos de ello basta fijarnos en el sistema de nuestra educación nacional. Tenemos la organización de la instrucción primaria completamente independiente de la instrucción secundaria y superior; la primera depende de la Inspección

pudientes. A la otra casta, a los humildes, no se les reconoce siquiera el privilegio de llamar familia al grupo que forman la madre, el padre y sus hijos.

Preguntad a cualquiera si la mujer chilena es hermosa. Se os dirá generalmente que sí. ¡Oh la mujer chilena es muy hermosa! He oído cien veces decir que es más hermosa que la francesa, que la alemana, que la norteamericana. Yo tengo mucho respeto por la mujer chilena, pero sostengo que es fea. No puedo cegarme tanto hasta el extremo de no ver que la raza chilena adquirió del araucano facciones toscas, reñidas con la estética. Los que llevamos sangre araucana en las venas, somos feos. Sólo que cuando nosotros hablamos de la mujer chilena no pensamos para nada en la mujer de las clases modestas, pensamos en las damas que van a la ópera, a las que miramos con anteojos en la platea y en los palcos, y no consideramos chilenas a las que salen en tropel de una fábrica de conservas o de corset. Inconscientemente nos acusamos de que hay en Chile dos castas, y de que se le niega a la casta inferior su prerrogativa de chilena.

Esta división de castas la reconoce el Gobierno y la estimula; para convencernos de ello basta fijarnos en el sistema de nuestra educación nacional. Tenemos la organización de la instrucción primaria completamente independiente de la instrucción secundaria y superior, la primera depende de la Inspección

de Instrucción Primaria, y la segunda de la Universidad del Estado. En las escuelas públicas se sigue un programa especial de estudios que no engrana con el Liceo. Es decir, un niño que ha completado sus estudios en la escuela primaria, no ha sido preparado para ingresar a ningún año especial del Liceo. El Liceo, en cambio, tiene una sección preparatoria, donde se da, en consecuencia, instrucción primaria. La diferencia que ha establecido la ley, obedece a una dificultad seria que opone al muchacho de la escuela para que siga sus estudios en el Liceo.

Otro tanto ocurre en la organización de todos los demás ramos de la enseñanza. El que ingresa a la Escuela de Clases no podrá jamás, ni con dedicación especial, ni con exámenes rigurosos, pasar a la Escuela Militar, y por vehementes que sean sus sueños y grande su capacidad de ser oficial, no será toda su vida sino clase.

Igual cosa ocurre en la enseñanza agrícola. No hay continuidad entre la Escuela de Agricultura y el Instituto Agrícola, ni forma posible de que los capaces y anhelosos eslabonen los estudios inferiores de la una con los superiores del otro.

Todo se confabula para que no haya intercambio de castas.

EL HOGAR DE LA CLASE HUMILDE CHILENA

Si pasamos a examinar ahora la vida chilena, entrando al hogar chileno para descubrir la cuota de bienestar y de felicidad de que cada uno disfruta, nuestra impresión tiene que ser de espanto. Pasearse por la República y examinar la vida chilena, hace pensar que en nuestro país se está viviendo para mientras, de cualquier manera. ¿Visteis cómo se vivió en Santiago las noches del terremoto del 16 de agosto, durmiendo la gente sin camas en las calles, sobre los bancos de la Alameda, sin muebles, sin lavatorios, sin peinetas? Se vivía así, soportando todas las inclemencias, mientras se pasaba el susto de las conmociones terrestres. Pues, si examináis la vida chilena, en sus hogares humildes, constataréis que se vive así constantemente.

En la jira de estudio que he hecho por la República, que duró más de un año, he escudriñado todos los pliegues de la sociabilidad chilena. No he rehusado el champagne de los opulentos, ni el mate de los humildes; he alojado en palacios y en conventillos.

Lo que he visto en las casas de la miseria, ha tenido que sorprenderme cien veces más que lo que sorprendería a cualquiera otro, pues he vivido en

Europa con las clases humildes, he sido obrero en sus grandes poblaciones, y también he comulgado de cerca con los obreros en los Estados Unidos. Puedo comparar con pleno conocimiento de causa.

Los conventillos de nuestras ciudades son una afrenta para cualquier país que se llame civilizado. ¿Quién no los conoce? Alguien ha dicho que en Chile hemos resuelto la cuadratura del círculo, pues nuestros conventillos son hechos de «cuartos redondos». Son cubos de adobón donde se apiñan hombres, mujeres y niños en la más repugnante promiscuidad, en medio de montañas de mugre. Después de haber visitado centenares, miles de éstos, nadie puede extrañarse de que nuestro pueblo sea el más borracho del mundo. Del conventillo los hombres tienen que ir a la taberna, obedeciendo una ley social, así como las aguas bajan de la cordillera al llano, obedeciendo una ley física.

Entrar en estos hogares cualquier noche en que sus moradores no están en la taberna, es como llegar a una especie de velada fúnebre, en que cada hombre parece que ha sido momificado en un momento de suprema angustia. En mil conventillos que he visitado, he podido constatar un grado de miseria desconocido en las clases más humildes de las naciones extranjeras que he recorrido. En las poblaciones mineras del carbón, en el hogar de cuyos obreros alojé, el relajamiento moral llega a tal extremo den

tro de la promiscuidad en que se vive, que en muchas ocasiones, muchísimas, los padres toman como esposas a sus propias hijas.

Parecería ocioso que yo me detuviera a descubrir la vida del bajo pueblo chileno en las ciudades del país. Mal o bien, todos la conocen. Acaso no os ha chocado, porque estáis acostumbrado a verla desde la niñez. Pero he de contaros algunos detalles de mi vida en un pueblo pequeño de los Estados Unidos, para que apreciéis en debida forma la diferencia que hay entre la manera cómo vive nuestro obrero y el obrero norteamericano. Viví yo por algún tiempo en una pequeña ciudad de los Estados Unidos. Un joven chileno iba a llegar a vivir conmigo por algunas semanas, quien me encargó que le buscara una casa donde pudiera vivir en familia para practicar el inglés. Yo indagué y encontré una casa que estaba a poca distancia de la mía, donde lo recibían por una suma muy módica. Cuando lo llevé y lo estaba instalando en su dormitorio, el joven chileno examinaba la elegancia de la pieza, que estaba en los altos, la hermosura de los muebles, el lujo de toda la casa, y me dijo que eso era demasiado suntuoso para él, que prefería que buscáramos otra más modesta, donde seguramente tendría que pagar menos. Creería él talvez que se iba a alojar en la casa de un senador.

—Esto es lo más barato que he podido encontrar.

le dije. Esta es la casa de un obrero, de un simple carpintero que trabaja al día en las fábricas de la ciudad. Su casa era propia, de tres pisos, con dos salones, con un baño en cada piso; toda ella montada con un confort que seguramente no tienen mil casas de Santiago. No todas son así y se conoce en los Estados Unidos la miseria, particularmente entre los inmigrantes inadaptados. Pero pude mostrarle muchas otras casas de otros obreros. Lo presenté a la hija de un gasfiter, quien tocaba el piano en el salón de su casa y estudiaba idiomas extranjeros. Lo llevé a reuniones, a bailes de obreros y obreras de la ciudad, bailes de fantasía aún. En esa ciudad los obreros tienen más vida social, tocan y oyen más música, asisten a más conferencias, frecuentan más el teatro, leen más y piensan más que la elegante sociedad de nuestro país. Me refiero a los obreros, a los que aquí viven en los conventillos de que os acabo de hablar. Vosotros podréis hacer las deducciones que fluyen y decir si nuestro obrero disfruta del mínimum de holgura a que es acreedor, dado el avance de la democracia en el mundo entero.

No sólo he visitado los conventillos de nuestras ciudades y los campamentos de nuestras salitreras, donde viven nuestros obreros como tragloditas bajo tierra, sino también las rucas de nuestras haciendas. He visitado a los inquilinos en todas las provincias que he recorrido. Con algunas diferencias, con algunas

raras excepciones, y con cierta franca tendencia de mejoría, a medida que se avanza al sur, la verdad es que la condición de vida del inquilino chileno es la de la bestia, no la del hombre. El inquilino, el medio millón de inquilinos chilenos, no están más incorporados a la vida nacional que el millón y medio de nuestras vacas.

He estado en cien casas de inquilinos, donde, de desayuno, sólo toman agua caliente con azúcar; no tienen... no os voy a decir servilletas, ni cepillos de dientes —no me creáis tan ingenuo— no tienen cuchillo, tenedor, pañuelo de narices. ¿Para qué os agrego que no tienen un peinador o un lavatorio?

He comido en algunas de estas rucas, al lado de la familia que en su casa de paja, toda llovida y empantanada, se acercan al fuego de tal manera como si fueran castañas puestas a asar. Oh! y he sacado mi lápiz y me he convertido en contador para estudiar las entradas de la familia, y me he convencido de que apenas tienen esperanzas de mejores tiempos, ya que no pueden guardar cinco centavos al día para que sus hijos, para que sus nietos siquiera, puedan comprar un par de botines, un pañuelo de narices, un tenedor o una peineta.

Yo no os niego que hay casas en que un inquilino esforzado, inteligente, puede, aprovechando los terrenos que toma, en medias, formar la base de una fortuna. ¿Pero dónde está la escuela agrícola moderna,

donde la cooperativa organizada, que ayuden a este hombre a formarse, a trabajar modernamente?

Esta condición del inquilino no nos sorprende. Estamos acostumbrados a ella. No son secretarios de intendencia, decimos. Son inquilinos, el grado que sigue para arriba de las vacas y los caballos del fundo. Para apreciar bien, tenemos que comparar, otra vez. Y tenemos que comparar, sobre todo, porque aquí muchos hacendados creen que el inquilino chileno vive en un Edén.

Vamos a ver cómo vive este cultivador del suelo en los Estados Unidos. Os diré que cuando viví allá, quise particularmente ir a conocer las condiciones de vida del peón del campo. Busqué en el Estado de Pensilvania, cerca de la ciudad donde yo residía, una de las haciendas más modestas, intencionalmente de las más modestas. Y me fuí con mi mujer y mi hijo a vivir allá.

Casi todos los cultivadores del suelo son allá dueños de su propia hacienda, muy pequeña por cierto, pues por lo general la cultivan ellos solos toda. Cuando tienen un ayudante, es decir, un peón equivalente a nuestro inquilino, éste comparte la sociedad y las condiciones de la vida del patrón. ¿Cuáles son estas condiciones de vida? Al describiros la casa en que yo viví, os las describo casi todas. Tres pisos. Dos salones, un vestíbulo cerrado. Piano. Comedor lujoso. Una cocina mejor que la inmensa mayoría,

yo diría que la totalidad casi, de las cocinas de Chile. Dos baños. Dos coches. Muchos tienen automóvil. Teléfono. No creáis, que os estoy haciendo la descripción de una casa que corresponde a la del hacendado de aquí, del que pasa casi todo el tiempo en la ciudad, que maneja su hacienda desde un palco de la ópera y visita sus campos con zapatos de charol. No, este hacendado de que os hablo es el que cultiva el suelo con sus propias manos. Su mujer no tiene sirvientes, ella hace la comida, ella hace el pan, ella lava la ropa de su casa. La hija de este hacendado ensilla los caballos y ordeña las vacas. Lo que no quita que también toque piano, cante y baile valses y cuadrillas y saque dos o tres libros al mes de la Biblioteca Pública y esté suscrita a tres revistas y se ponga blusas de seda.

Quise buscar yo al peón, al de más abajo, al equivalente a nuestro inquilino. Ese subhombre, esa bestia de carga, ese estropajo humano no existe allá.

Y os debo declarar que después de conocer las condiciones de vida del labrador norteamericano o de otras naciones europeas, se siente vergüenza, se siente rubor, espanto, al contemplar la vida que llevan nuestros inquilinos.

Confesamos la verdad: en Chile hay un grupo reducidísimo de hombres que disfrutan de bienestar, que conocen el confort, que viven en casas, que se

sientan a comer a una mesa con mantel y servilleta, que son hombres, en una palabra; y una legión de subhombres, de bestias de carga, heridas, punzoneadas como los bueyes en el surco, por una oligarquía sin alma. En la huelga del año 1905, muchos jóvenes santiaguinos, muchos elegantes, aristócratas de la sangre y del dinero, que recibieron rifles para hacer la guardia de honor, jugaron al blanco, apuntando de día y de noche al pueblo chileno. Se jactaban de haber muerto a cinco, ocho y diez rotos, como de haber hecho caer tigres en la selva bruta.

Por eso, porque apenas sentimos amor por las capas bajas de nuestro pueblo, no nos inquieta, no nos sorprende aún su miseria.

EL HOGAR DE LA CLASE MEDIA CHILENA

Si tenemos que sentir frío en las venas cuando contemplamos el hogar del proletario en nuestro país, es lo cierto que una visita de observación al hogar de la clase media, hiela también la sangre.

La miseria callada, oculta, severa, de la clase media es imponente. Hay que aparentar decencia, hay que salvar apariencias. Las privaciones tienen que vestirse con ropaje de dignidad.

Cuando estuve en los Angeles, visité al autor de la petipieza nacional, Lucas Gómez. Le fuí a ver en la Intendencia donde tiene un empleo que le da cien pesos mensuales. Este anciano tiene cuatro hijos y puedo presentarlo como el prototipo de la clase media. Me ocupo de él con su consentimiento, puesto que me acerqué a él como periodista. La petipieza de que es autor es muy conocida; se ha representado en Chile 900 veces. Todo el mundo ríe con su gracia, mientras él arrastra la vida misérrima del hogar de la clase media. Cuando quise examinar en detalle cómo podía vivir una familia con cien pesos mensuales, le pregunté:

—¿Cuánto le cuesta el arriendo de su casa?

—¿De mi casa? me contestó. No, señor, de mi ratonera, querrá decir. Me cuesta $ 30.

Cuando le hice la segunda pregunta, que se refería a alimentación, sacó su pañuelo ese pobre viejo y rompió en llanto. No fué cuestión que se le corrieran las lágrimas; fué cuestión de romper en sollozos y de llorar allí, en la oficina de la Intendencia, donde es el segundo Jefe de la administración del agua potable, y confesar todo lo que se niega desde la noche hasta la mañana.

—Es el hambre, señor, la miseria, me dijo.

Esta es, pintada con un solo rasgo, la condición, a veces mucho más tétrica, a veces poco menos tétrica, del hogar de la clase media chilena.

Para no arrastrar con impresiones personales, debo llevar al lector en este punto, como en los otros, al métrico libro frío donde están estampadas todas nuestras vergüenzas: al censo de Chile.

De los tres millones doscientos mil habitantes que pueblan nuestro suelo, sólo 271,717 son dueños de un pedazo de él. Esta cifra, es francamente exagerada, según lo declara el propio censo, pues de sus boletines preparatorios se desprende que en muchas ocasiones se ha apuntado como propietario a todos los miembros de una familia cuyo jefe posee un bien raíz. Se supone todavía con fundamento, dice el censo, que muchos se han inscrito como dueños de propiedades raíces por el hecho de tener un caballo o un colchón.

La riqueza chilena está casi toda, pues, en manos de un grupo reducidísimo de individuos, grupo que ha creído que el dinero es característica racial y que hace toda suerte de esfuerzos por distanciarse más y más de las clases desposeídas.

EL ATRASO DE NUESTRA AGRICULTURA

Si llevamos nuestro examen a la riqueza de nuestro suelo, y vemos la manera cómo se le ha explotado, tenemos que constatar que hemos permaneci-

do impávidamente indolentes, asustadoramente ignorantes.

El atraso de nuestra industria agrícola no tiene justificación posible, ya que la oligarquía es la que posee en mayor escala las tierras nacionales, y ha dispuesto de bancos especiales que ha creado ella misma con dinero fiscal, para su propio servicio. El surco chileno, salvo honrosas excepciones, está explotado con espíritu eminentemente rutinario. No han sido capaces nuestros hacendados de asociarse para nada; no han sido capaces de comprender el beneficio que reporta educar al inquilinaje; ni han sido capaces de apreciar las ventajas de dividir la hacienda que va de mar a cordillera. Los pocos campesinos que, avanzando al sur, y aún en una que otra parte en el centro, aparecen como espíritus progresistas, son tildados de locos por sus vecinos.

Hemos ya dicho que los huevos y la leche son más baratos en las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos que en Chile, que traemos huevos frescos aún de Italia y los Estados Unidos, y que importamos aún mantequilla de Alemania, Inglaterra, Italia, Bélgica, Estados Unidos y el Japón. El pan es dos veces más caro en Santiago que en Londres, Berlín y París. En estos momentos estamos importando toda clase de frutas de los Estados Unidos.

Comparada la producción de nuestros terrenos

agrícolas con extensiones iguales en los Estados Unidos, Francia, Dinamarca, resulta en nuestra contra una diferencia asombrosa.

Dinamarca, que cabe dos veces en algunas de nuestras provincias, que cabe diez y nueve veces y fracción, casi veinte veces en Chile, exporta productos agrícolas por valor de más de mil millones de pesos al año, más que todo Chile, incluyendo nuestra exportación de salitre. Tiene Dinamarca poco más de un millón y medio de ganado vacuno, menos que nosotros, y sólo a Inglaterra exporta anualmente como treinta y cinco millones de pesos en mantequilla.

Para comprender este atraso, basta decir que nuestros señores hacendados, por lo general, dejan marchar sus haciendas de cualquier manera, mientras ellos viven en Santiago o en la ciudad vecina. Visité en la provincia de Talca una hacienda cuyo dueño vive en Alemania y se la tiene arrendada a un señor que vive en Santiago, quien a su vez se la tiene entregada a la llavera para que la administre.

Tomemos en cambio, un Estado norteamericano, Massachusets, que tiene más o menos la misma población que Chile. El 87% de sus haciendas están cultivadas directamente por sus dueños, el 5% por administradores y sólo el 8% por arrendatarios. ¿Os extrañará si os digo que visitando una hacienda chilena, al ver un cerro de piezas de arado mohosas al

lado de una casa y al preguntar por qué estaban ahí, me contestó el mayordomo que eran piezas de más que traían los arados gringos!

He visitado haciendas, del centro del país, de ricos propietarios, donde todavía se hace la trilla con yeguas, con un barril de vino al centro, bajo las gavillas, para que ande más ligero el trabajo.

—Un barril de vino escondido allí abajo es mejor que una trilladora, me dijo el hacendado.

En general, el hacendado, el administrador de haciendas, tiene la peor idea del peón que ocupa. Lo considera una bestia. Está absolutamente convencido de que pertenece, por raza, a un tipo inferior de hombre. No lo cree suceptible de mejoramiento por medio de la educación. Lo cree condenado a su condición actual hasta la eternidad.

Un distinguido y rico hacendado de Bulnes me decía que debiera suprimirse el carro de tercera de los ferrocarriles y el de segunda; que no debe permitírseles viajar a los inquilinos.

Conversando en Concepción con el jefe de ventas de maquinaria agrícola de la casa Williamson Balfour, nos dijo que la tarea de convencer a los agricultores de las ventajas de las maquinarias modernas, era sumamente dura.

—Tenemos que romper una gruesa costra de prejuicios, de rutinas, nos dijo. Un caso servirá de ejemplo gráfico.

«Hace unos seis años importamos un gran lote de una cosechadora de papas que nos había dado espléndidos resultados en nuestros ensayos. Cuando la ofrecimos por medio de nuestras numerosas agencias que son verdaderas escuelas, y de nuestros vendedores que son verdaderos profesores ambulantes, encontramos, como siempre, que la máquina por ser nueva, no merecía aceptación. Todo esfuerzo de nuestra parte fué inútil. La montaña de prejuicios, de rutina, no la pudimos horadar. Entonces resolvimos ofrecer la máquina a prueba, sin gravamen para los hacendados, con la esperanza de que la experiencia los convenciera de sus ventajas. Pero no logramos conseguir que nadie se tomara el interés de ensayarla. Un maestro de escuela enseña a leer a sus niños en seis meses, casi sin esfuerzo. A nosotros nos costó tres años de constancia y paciencia, digna de los mayores elogios, principiar a convencer a los hacendados de las ventajas de esta máquina, que después hemos vendido en cantidades inmensas».

LA EXPLOTACIÓN DE NUESTRO SUBSUELO

Si llevamos nuestro examen a la explotación que se hace de la riqueza bruta de las entrañas de nuestra tierra, tenemos que confesar que las pocas indus-

trías que han progresado en nuestro suelo lo han hecho en manos de extranjeros que traían su educación de ultramar.

Mientras se trataba de recoger el cobre que brillaba «al sol» en las minas de Copiapó con 20 y 30% de ley, lo recogían los chilenos; cuando se trata de explotar con mayor inteligencia, con métodos científicos, de un mineral con una ley de 2%, tienen que hacerlo las compañías europeas o norteamericanas.

Puede decirse que todo el subsuelo de Chile se está vendiendo a los extranjeros. No hay semana que los diarios no anuncien alguna venta de yacimientos mineros de grande importancia, a firmas extranjeras. Chuquicamata, El Teniente, Catemu, Panulcillo, El Tofo, Potrerillos, Naltagua, Las Choicas, y tantos otros yacimientos, son extranjeros desde hace ya tiempo. El plantel de Chañaral ha sido vendido no hace mucho a la Andes Exploration Co. Guayacán con su fábrica de ácido sulfúrico, que era hasta ayer de Errázuriz Urmeneta, ha sido traspasado a la Ore Trading Co.

Por mero espíritu de confirmación a lo que estoy diciendo, tomo los diarios del día en que escribo y encuentro en la primera página de LA OPINIÓN estos dos datos: «En 300,000 libras comprará un sindicato yanqui las minas de Colquiri»... «La American Metal Company comprará la región minera Mantos

Blancos, en la provincia de Antofagasta, de propiedad de don Carlos de la Fuente y de la Sociedad Chilena de Fundición».

El subsuelo chileno está en venta al extranjero. En cuanto a nuestro fierro, sabido es que fracasamos aún en nuestra tentativa de Corral. Allí se procedió con opulenta generosidad para con una compañía extranjera. Y hoy día, esa misma compañía, en vez de elaborar acero en el país, ha vendido sus minas a la Bethelehm Steel Co. que está mandando cerros enteros de hierro a Norte-América.

Los más grandes yacimientos de bórax chilenos pertenecen al extranjero. La mitad del salitre en explotación es extranjero.

No ha podido nuestra oligarquía organizar una política económica que dé impulso a nuestras minas de carbón, que constituye para nosotros una riqueza inagotable. No ha permitido el denuncio de estos yacimientos y no ha facilitado la explotación de los pocos que se trabajan. Arauco es el Tarapacá del Sur y no hay allí un sólo kilómetro de línea férrea fiscal. Hay dueños de minas de carbón que han sacado cien toneladas diarias de carbón, las que tienen que recorrer treinta kilómetros en carreta. Podríamos, sin embargo, vaciar millones de toneladas al año, por medio del ferrocarril transandino por Lonquimay, a nuestra República vecina que tiene diez veces más ferrocarriles que nosotros, los que consumen carbón de ultramar.

LEJISLACIÓN SOCIAL

En lo que se refiere a la legislación social, a las leyes que regularizan al trabajo, relaciones del patrón y del obrero, leyes de accidentes del trabajo, de seguro contra la enfermedad, la vejez, el paro forzoso, de trabajo de la niñez, no se ha hecho nada; lo que se ha hecho ha sido premeditadamente estudiado contra los intereses del obrero, contra los intereses de la sociedad.

Estaba yo viviendo en el hogar de unos mineros cuya vida quería estudiar en Coronel, cuando una mujer fué a verme. Iba anegada en llanto.

—Señor, me dijo, mi marido era un minero que trabajaba en las minas de los Ríos de Curanilahue. En un derrumbe perdió la vida con varios otros mineros, y la compañía, en vez de darme algo para ayudarme, me echó de allá. No tengo sino mi hijo pequeño que ya he mandado al fondo de la mina aquí, en vez de mandarlo a la escuela.

La compañía había hecho aparecer esa muerte, como tantas otras análogas, ante la oficina del registro civil, como causada por una pulmonía o un tifus y había arrojado a la viuda de sus pertenencias. Ahora bien, esa compañía tiene nueve millones de pesos de capital y ganó el año pasado más de un

millón. Su presidente es un ex-Presidente de la República.

Lo que ocurre en las minas de carbón de Lota, compañía que gana muchos millones al año, según datos fidedignos que pude recoger a mi paso por allí, es sencillamente horroroso. Aquello es poco menos que la esclavitud. El látigo y el puntapié son vocablos del lenguaje con que allí se les habla a los apires. Todos los empleados de la población vecina, de Lota Bajo, son nombrados por la compañía, así se trate del comandante de policía, como del oficial del registro civil, o del doctor. De manera que allí no hay cosa más sencilla que convertir en una epidemia de tifoidea el derrumbe de una mina. Y también es fácil hacer que no hayan muerto los muertos, no pasando sus inscripciones por la oficina del registro civil.

En materias sociales, nuestra oligarquía ha hecho gala de la imprevisión más absoluta, y cree que todo el problema social está resuelto con establecer ollas del pobre cuando el hambre está a punto de convertir en una manada de lobos al pueblo chileno. Y entonces la olla del pobre no es para proteger al pobre—no nos engañemos—sino para proteger al palacio del rico, expuesto al saqueo de un pueblo hambriento.

La manera de resolver las cuestiones sociales que tiene nuestra oligarquía no puede ser más simplista:

El Longitudinal es acaso el tren más incómodo, más pesado, más rutinario, más desorganizado del mundo. El itinerario es un lujo; se tiene itinerario por lo mismo que los hombres tienen corbata. Pero si usted quiere tomar el Longitudinal en algún pueblo del norte, no se preocupe del itinerario, sino que vaya a establecerse lo más cerca posible de la estación respectiva, y espere... espere hasta que pase el tren. ¿Cuándo va a pasar? Ese es un misterio que nadie sabe. Pero ha de pasar, y lo mejor es esperar. Usted podrá saber cuándo debe aparecer o desaparecer un cometa, cuándo debe caer o subir un Ministerio; pero si no es un fatuo, no pretenda saber cuándo debe llegar a Catalina o a Baquedano el Longitudinal.

El Longitudinal anda con paso de tortuga. De repente el tren se para. Algo se ha descompuesto en la máquina, y allí, en plena Pampa, se principia el arreglo. Se trabaja una hora o dos. El conductor, el maquinista, el fogonero miran a los pasajeros con ojos de súplica, esperando que cada uno vaya y ayude a componer la locomotora.

¿Y qué les pasa a esas locomotoras? ¿Están reñidas con el desierto? Esas locomotoras son de un tipo nuevo, netamente chileno, criollo, inventadas por un ingeniero de la Empresa. Este hizo los modelos, y aprobados por el Consejo de Ferrocarriles, fueron enviados los planos a una fábrica inglesa para que

construyera una partida de locomotoras de acuerdo con esos planos y las instrucciones del caso. De Inglaterra contestaron que no podían hacer esas locomotoras porque iban a ser un fracaso que acarrearía un descrédito para la fábrica.

¡Habíase visto tamaña insolencia contra el Consejo de Ferrocarriles chilenos! ¡Rechazar planos aprobados por el Consejo chileno! Afortunadamente, Inglaterra no es la única nación que construye locomotoras. ¡A Alemania con los planos! Allí una fábrica dijo que fabricaría las locomotoras, pero eludiendo toda responsabilidad. Y así se hizo, y las locomotoras son las que están en servicio en el Longitudinal.

El Gobierno maneja el servicio de correos, y en los últimos años ha dejado millones de pérdidas, cuando en Alemania y Estados Unidos, donde el personal está inmensamente mejor rentado, deja utilidades fabulosas. Tómese nota de que este servicio es aquí más caro que allá, puesto que la entrega de correspondencia a domicilio la paga en Chile el destinatario.

El Gobierno maneja el servicio de telégrafos, y sus telegramas de tortuga dejan pérdida como sus cartas.

RELACIONES EXTERIORES

Milagro sería que andando tan mal nuestros asuntos dentro del país, tuviéramos muy bien arregladas nuestras relaciones con los países extranjeros.

Ha sido práctica entre nosotros en los últimos tiempos, el que los secretarios de estado se cambien sin cesar. El Ministro de Relaciones Exteriores no tiene tiempo suficiente en su paso por la Moneda para orientarse en los problemas internacionales que hay en carpeta.

Nosotros, en lo que se refiere a relaciones exteriores, somos una «foot ball» manejada por pies expertos y extraños. Para donde nos tiran, para allá vamos.

Otros países, en su defensa comercial, dictan leyes que dañan nuestros intereses, que matan algunas de nuestras industrias, y nada hacemos nosotros en nuestra defensa; no hemos sido siquiera capaces de legislar con represalias.

Con el Brasil, con el Ecuador, con Argentina, con Perú, no hemos podido hacer tratados comerciales. Ni nuestros ministros diplomáticos en el extranjero, ni nuestros cónsules, han sido los representantes en el exterior del interés nacional.

Mientras en todas partes se ha delineado ya con

vigor la diplomacia del dólar, nosotros nos debatimos con la diplomacia de la politiquería lugareña que envía ministros y cónsules al exterior en pago de servicios electorales o para hacer una componenda política.

Nuestra situación en la América del sur es mala para los tiempos de paz, pues no hemos procurado una expansión exterior para nuestros productos, y sería peor en tiempo de guerra porque no hemos cuidado de estar eficientemente preparados para una emergencia en que, por razones históricas, varias naciones podrían tratar de confabularse en contra nuestra. Hasta hemos hecho un Ministro de la Guerra de un cadete inepto, expulsado de la Escuela Militar.

NUESTRA HACIENDA PÚBLICA

Chile debiera ser el país del mundo con la situación económica más holgada para el Gobierno, a causa de su renta privilegiada por la exportación del salitre, que sólo en treinta años nos ha dado tres mil millones de pesos.

Sin embargo, el estado crónico nuestro es el déficit en nuestros presupuestos y no encontramos otra

manera de cubrir nuestros saldos en contra, que la de los empréstitos y ventas de salitreras y terrenos fiscales. Así hemos conseguido deber actualmente cerca de mil millones de pesos.

El desacierto con que se maneja la hacienda pública, el caos que reina en el Debe y Haber de la nación, lo ha dejado de manifiesto el senador don Francisco Valdés Vergara, desde su sillón en el Parlamento, y desde nuestras columnas. Cada Ministro prepara un balance de la hacienda pública a su manera. A uno que recién llegaba al Ministerio, que pidió a su secretario un estado del debe y del haber del país, le contestó éste:

—¿Cómo lo quiere su señoría: optimista o pesimista?

Los balances de la nación nos los ofrecen los Ministros como una dueña de casa las empanadas:

—¿Las quiere usted con sal o con azúcar?

No sólo se llevan mal las cuentas, sino que se roba descaradamente en el manejo de nuestros fondos, como lo demostró en el Senado el egregio ciudadano a que nos acabamos de referir. Y no hubo fuerza moral suficiente en el Parlamento para poner remedio a este mal.

La contabilidad de la nación es ridícula. Cualquier casa comercial extranjera puede enseñarle contabilidad y métodos de control al país. Parece que hubiera una confabulación para que continúen las

manera de cubrir nuestros saldos en contra, que la de los empréstitos y ventas de salitreras y terrenos fiscales. Así hemos conseguido deber actualmente cerca de mil millones de pesos.

El desacierto con que se maneja la hacienda pública, el caos que reina en el Debe y Haber de la nación, lo ha dejado de manifiesto el senador don Francisco Valdés Vergara, desde su sillón en el Parlamento, y desde nuestras columnas. Cada Ministro prepara un balance de la hacienda pública a su manera. A uno que recién llegaba al Ministerio, que pidió a su secretario un estado del debe y del haber del país, le contestó éste:

—¿Cómo lo quiere su señoría: optimista o pesimista?

Los balances de la nación nos los ofrecen los Ministros como una dueña de casa las empanadas:

—¿Las quiere usted con sal o con azúcar?

No sólo se llevan mal las cuentas, sino que se roba descaradamente en el manejo de nuestros fondos, como lo demostró en el Senado el egregio ciudadano a que nos acabamos de referir. Y no hubo fuerza moral suficiente en el Parlamento para poner remedio a este mal.

La contabilidad de la nación es ridícula. Cualquier casa comercial extranjera puede enseñarle contabilidad y métodos de control al país. Parece que hubiera una confabulación para que continúen las

malas cuentas, las partidas confusas, la oscuridad del limbo en la contabilidad nacional. ¿Es el interés que tiene el pescador de que en el río haya aguas turbias?

Hacer el estudio completo de nuestra relativa estagnación, sería una tarea larga. Pero creo que este estudio que dejamos esbozado debe hacerse a fondo; este proceso que hay que abrirle a la oligarquía chilena debe ser amplio y profundo, severo en su análisis, implacable en su veredicto. No es el caso que tengamos que guillotinar monarcas, pero, sí, es el caso de que, por medio de una evolución rápida, tengamos que deponer monarcas. El país exige su triunfo a plazo corto, y si ha fracasado con ciertos métodos tiene que ensayar otros.

En este análisis acerca de cómo nos gobiernan, no debe verse ningún propósito de mera crítica destructiva; al contrario, campea un fin constructivo.

Desde luego debemos dejar claramente establecido, que en defensa del país, en defensa, no sólo de la masa general del país, sino aún de las clases privilegiadas, tiene que operarse ya una transformación que debe consistir en convertir nuestro gobierno oligarca en un gobierno democrático. Ha llegado el momento histórico en que tiene que operarse esta transformación. Y esta transformación debe ser facilitada por los propios hombres que dirigen la República si comprenden que de lo contrario no habrá

forma humana de detener una revolución social en nuestro país que nos haría retroceder medio siglo en la historia.

Ultimamente nos ha visitado un sociólogo norteamericano, un profesor de la Universidad de Wisconsin, que hizo un estudio detenido de las Repúblicas sudamericanas, hombre de profundos conocimientos sociológicos, capaz de presagiar una revolución social casi con la precisión matemática con que un astrónomo predice un eclipse. En su libro recién publicado dice que si no se opera un cambio radical en nuestro sistema de Gobierno, tendremos que correr, no una revolución política, sino una revolución social, antes de 30 años. Dice que no corren el mismo peligro para fecha tan próxima ni el Perú, ni Bolivia, ni Venezuela, porque allá la masa de la población está menos evolucionada y demorará más en exigir la cuota de bienestar que le corresponde en la vida. De manera que esta amenaza de una revolución social en Chile la considera precisamente como una manifestación de nuestro adelanto.

Ahora bien, nosotros tenemos que admitir que nuestras clases obreras en las principales ciudades de Chile han progresado, han evolucionado lo suficiente para darse cuenta de que tienen serios reclamos que hacer, de que tienen exigencias que formular; pero tenemos que admitir también que no están ellas preparadas para darnos un gobierno mejor del

que actualmente tenemos. De manera, entonces, que si permitimos que principien a descargarse en nuestro país los cañones de la revolución social, permitiremos de hecho el retroceso a la barbarie. Nosotros estamos en la obligación de detener, de impedir esta hecatombe social, y no hay otro medio de impedirla que transformando la oligarquía chilena en democracia chilena.

SOMOS UNA OLIGARQUÍA

A poco de aparecer LA OPINIÓN, cuando en sus columnas se hablaba de oligarquía, otros órganos de prensa protestaban, afirmando que no hay país más libre y democrático que el nuestro.

Tanto ha dado este diario en el yunque, en forma tan clara y variada ha estudiado esta hoja democrática los problemas nacionales a la luz de la democracia moderna, que ya ha pasado a ser reconocido, por casi todos, que somos una oligarquía con el rótulo ficticio de «república democrática».

QUÉ ES OLIGARQUÍA

Cuando un país está gobernado por un hombre que se llama rey, emperador o zar, quien debe traspasar, al morir, las riendas de este gobierno a otro hombre en cuyas venas corra la misma sangre, ese gobierno se llama monarquía. Y cuando en vez de gobernar un solo hombre gobierna un grupo de hombres que entregan las riendas del país a sus descendientes directos, entonces este gobierno se llama oligarquía.

Nuestro país ha sido gobernado y es gobernado por un grupo de familias que se entregan las riendas del gobierno de generación en generación. Nuestro país es, en consecuencia, una oligarquía.

Desde el principio de nuestra vida nacional, ha sido manejado nuestro país por un grupo de hombres muy reducido.

La Presidencia misma de la República, ha estado entregada a unas cuantas familias gobernantes. Desde 1829 han gobernado, regularmente, a Chile unas seis familias en el lapso de 85 años. De la familia Errázuriz tan sólo ha habido cuatro presidentes: Don Fernando, don Federico, hijo de don Fernando, don Federico Errázuriz Echaurren, nieto de don Fernando e hijo de don Federico Errázuriz Zañartu, don

Germán Riesco, cuñado de este último y por lo tan-
to yerno del anterior. De la familia Pinto ha habido
tres Presidentes: don Francisco Antonio, don Aní-
bal, hijo de aquel y don Manuel Bulnes, yerno de
don Francisco Antonio y además sobrino de don
Joaquín Prieto.

Se verá que en las convenciones que celebran los
partidos para elegir candidatos a la Presidencia los
nombres que figuran son siempre los de nuestras fa-
milias reinantes.

No esperemos aquí—qué ocurrencia—que hom-
bres humildes, de las más bajas capas sociales pue-
dan llegar a Presidentes de la República, como en
los Estados Unidos. Pero extrañémonos al menos de
que cuando sonaba con robustas voces de clarín el
nombre de Eleodoro Yañez como candidato deseado
para la Presidencia de la República en la última
Convención Liberal, se deslizara por los pasillos del
Congreso, entre los convencionales, el gran obs-
táculo que tenía este candidato, su mancha indele-
ble. ¿Cuál? Su segundo apellido era Ponce. Ponce!
Ponce! ¿Cuándo ha sonado este nombre? ¿Cuándo ha
habido un Ponce Ministro? ¿Cuándo una botella vi-
nera ha llevado este nombre en su etiqueta? Eleo-
doro Yáñez no podía ser Presidente de Chile por-
que era Ponce, y porque ningún Ponce había gober-
nado antes.

ESTABILIDAD DE CASTAS

Hemos visto anteriormente que en nuestro país hay una marcada separación de castas, admitida, fomentada y consagrada por nuestro gobierno. El Presidente Pedro Montt, al enviarle un telegrama a Saenz Peña, lo saludaba a nombre del Gobierno, la sociedad y el pueblo chilenos. Saenz Peña le contestó a nombre del Gobierno y pueblo argentinos.

Con frecuencia oímos condenar las maneras ordinarias de las clases altas norteamericanas, que resultan mucho más chocantes si se las compara con los modales finos de las clases cultas chilenas. Por supuesto, debo declarar que hay manifiesto error al creer que todos los yanquis son groseros en los salones, que ponen los pies sobre la mesa y que se limpian los zapatos con las cortinas, aun cuando en los salones de Valparaíso muchos oficiales norteamericanos dieron, no hace mucho, muestras inequívocas de grosería estupenda. Pero debo admitir que muchas veces, muchas, se tropieza en los Estados Unidos con millonarios y grandes magnates que podrían venir a Santiago a aprender maneras.

Recuerdo haber conversado extensamente con la señora Belén de Sárraga acerca de esta falta de cultura norteamericana.

—¿Qué cree usted que se ve en todos los balcones de las casas norteamericanas? ¿Caras bonitas? ¿Flores? No. Se ven pies de yanquis, me decía.

Pero ni la pensadora española ni nadie que yo sepa, ha tratado de darle una explicación satisfactoria a este hecho. ¡Cuidado con creer que el hecho de que tengamos maneras más refinadas que los yanquis revele una superioridad nuestra sobre los norteamericanos! Esta es sólo una manifestación precisa de la estabilidad de nuestras capas sociales.

En los Estados Unidos ocurre con suma frecuencia, que el que hoy es barrendero, mecánico o peon, es mañana millonario o Ministro de Estado o Presidente de la República aún. Con los múltiples medios que ofrece esa sociedad democrática para que surjan los capaces de abajo, ocurre que se puede llegar a las cumbres sociales con mucho más rapidez de la que se necesita para aprender a tomar el tenedor.

Una vez le preguntaron a un gentleman inglés, a un caballero, qué receta podía dar, qué medios podía indicar para adquirir los modales de un gentleman.

—Es muy fácil, replicó. No hay que esforzarse, no hay que hacer nada. Pero es necesario principiar diez generaciones antes de haber nacido.

Es decir, los modales, por lo general no se adquieren de repente. Por eso es difícil encontrar en nuestras clases altas personas sin modales refinados,

porque es difícil que lleguen a ellas individuos de las clases bajas.

Por otra parte, cuando se habla de modales en los Estados Unidos, se incluye a toda la nación porque hasta un modesto operario viste bien, tiene su casa, su salón, su balcón. Cuando se habla de modales en Chile, como cuando se habla de la hermosura de la mujer, se hace referencia sólo a las clases pudientes. Al resto se le clasifica entre los animales.

ORGANISMO ECONÓMICO QUE PERPETÚA LA ESTABILIDAD DE CASTAS.

La política económica chilena, con la depreciación constante de la moneda, es una política calculada para que aumente en forma artificial la riqueza de los acaudalados y aumente la pobreza de los desposeídos. Cuando el valor del peso va descendiendo, cuando ha llegado a valer siete peniques, los dirigentes de la política chilena no han dado señales de alarma. Hoy, que circunstancias ajenas a la política chilena hacen que nuestro peso se valorice, los terratenientes se alarman y el actual Ministro de Hacienda patrocina el proyecto de defraudar al país

porque es difícil que lleguen a ellas individuos de las clases bajas.

Por otra parte, cuando se habla de modales en los Estados Unidos, se incluye a toda la nación porque hasta un modesto operario viste bien, tiene su casa, su salón, su balcón. Cuando se habla de modales en Chile, como cuando se habla de la hermosura de la mujer, se hace referencia sólo a las clases pudientes. Al resto se le clasifica entre los animales.

ORGANISMO ECONÓMICO QUE PERPETÚA LA ESTABILIDAD DE CASTAS.

La política económica chilena, con la depreciación constante de la moneda, es una política calculada para que aumente en forma artificial la riqueza de los acaudalados y aumente la pobreza de los desposeídos. Cuando el valor del peso va descendiendo, cuando ha llegado a valer siete peniques, los dirigentes de la política chilena no han dado señales de alarma. Hoy, que circunstancias ajenas a la política chilena hacen que nuestro peso se valorice, los terratenientes se alarman y el actual Ministro de Hacienda patrocina el proyecto de defraudar al país

haciendo a 12 peniques, al cambio actual, la conversión que el Gobierno está comprometido a efectuar a 18 peniques. Es decir, se quiere sujetar con barreras de acero la subida del cambio, la valorización del peso que gana el peón, la sirviente, la lavandera, el maestro.

La explicación es sencilla: el terrateniente explotó al pobre haciendo que el país jugara a la baja, pidió en préstamo pesos de 18, 17, 16, 15 y 12 peniques para devolverlos en pesos de 10, 9, 8 y 7 peniques. Cuando se divisa el momento de que tenga que devolver los valores exactos que ha pedido en préstamo, hay alarma entre los dirigentes, que creen que el país es el grupo de terratenientes y que a los inquilinos hay que clasificarlos entre las vacas, y que a los artesanos hay que equipararlos con las máquinas que mueven nuestras industrias.

Nuestro diario ha mostrado que la institución nacional de las Cajas de Ahorro es un organismo calculado, en apariencias, para facilitar el auge de las clases desposeídas, pero en realidad para mantener a estas clases en su condición actual y facilitar la permanencia de los terratenientes en su misma condición de riqueza.

Es un organismo férreo llamado a perpetuar la estabilidad de castas. El obrero, el gañán, el empleado, economizan; depositan sus economías en las Cajas de Ahorro; este dinero va a la Caja de Crédito

Hipotecario; ésta lo presta a los terratenientes. Las cajas reciben de los imponentes pesos de 18, 17, 16, 15, 14 peniques que los presta a los terratenientes para que ellos devuelvan pesos de 7, 8, 9, 10, 11 peniques. Cuando hay temor de que devuelvan pesos del mismo valor del que tomarón en préstamo, se trata de dictar leyes para que esto no ocurra.

Es como cuando el enemigo se ha tomado una fortaleza del contrario; la refuerza aprovechando la mano de obra de los propios prisioneros enemigos; la artilla, y defiende para siempre su conquista alcanzada. Nuestras clases altas se han tomado la fortaleza de la riqueza nacional, y con la mano de obra de sus propios enemigos, las clases desposeídas, refuerzan la fortaleza, la artillan, y conservan para siempre su conquista alcanzada.

Esta es una política oligarca; esta es la manera de dificultar el ascenso de los capaces de abajo, y de dificultar el descenso de los incapaces de arriba.

LA PRENSA CHILENA SANCIONA LA DIFERENCIA DE CASTAS.

La prensa de nuestro país sabe que por lo que respecta a noticias, tiene que proceder de una manera cuando se trata de la «sociedad», y de otra manera cuando se trata del «pueblo».

Es perfectamente correcto, no es chocante, no es escandaloso decir que una niña llamada fulana de tal, hija de una lavandera que vive en el conventillo tal, ha abandonado el hogar; que se ha arrancado con el hijo de un hojalatero de la vecindad. Pero es perfectamente escandaloso, es chocante, es inaudito, decir que una distinguida señorita que vive en la calle Compañía se ha arrancado del hogar en compañía de un joven, hijo de un acaudalado señor.

En estos días precisamente se ha fugado de su casa una distinguida señorita; ha intervenido un diputado dando dinero; se ha llevado el asunto a los Tribunales; pero la prensa no puede decir nada, no debe decir nada, porque eso es escandaloso. No es escandaloso decir con nombres y detalles de toda especie que se ha fugado la hija de una lavandera; es escandaloso decir que se ha fugado la hija de un hacendado.

Se acusa generalmente a la prensa norteamericana de escandalosa; yo creo que algunos diarios han llegado allá a extremos que ojalá no conozcamos aquí. Pero la razón principal porque choca aquella prensa como escandalosa es porque lo que la prensa chilena no tiene escrúpulos para decir de una lavandera, la prensa norteamericana no tiene escrúpulos para decirlo de una millonaria.

Más aún, nosotros decimos la Pérez, la González, la Muñoz, si se trata de gente del «pueblo»; la señora Pérez, la señora González, la señora Muñoz, si se trata de gente de la «sociedad». En la prensa de los Estados Unidos todas son Miss. o Mrs., sean hijas de fogoneros o hijas de Secretarios de Estado. ¿Cómo aparecería de chocante entre nosotros si «El Mercurio» dijera: «la señora Mercedes Santander, lavandera que vive en un conventillo de la calle Huemul?» Risible ¿no es verdad?

La prensa admite, sanciona y estimula la diferencia de castas.

NUESTRO CÓDIGO PENAL SANCIONA LA DIFERENCIA DE CASTAS.

Se ha variado aún de terminología para clasificar entre nosotros las faltas de arriba y las faltas de abajo, y las penas que se aplican son también distintas, en consecuencia. Un pobre diablo toma lo ajeno; y se le acusa de robo y va a la cárcel; un señor empleado de la Caja de Ahorros toma lo ajeno y se le acusa de desfalco y se le deja en libertad o se le relega. La relegación es una pena elegante, exclusiva para las clases pudientes. ¿Cuándo se ha relegado a un zapatero?

Nuestro Código Penal se hizo tomando como base el código belga, primero, y luego, a indicación de don Eulogio Altamirano, el código español. La pena de relegación fué tomada del código español.

El artículo 467 de nuestro Código Penal, que deja a voluntad del juez el imponerle al culpable el presidio o la relegación, fué redactado primero copiando textualmente el artículo 449 del código español que asigna a la estafa la pena única de presidio. Pero después, a petición del señor Manuel Rengifo, se modificó el texto del artículo, dejando al arbitrio del juez la facultad de imponer presidio o relegación

al culpable. Sus palabras textuales en favor de esta modificación fueron que «consideraba demasiado rigurosa la pena de presidio impuesta como pena única para todos los casos del artículo 447, entre los cuales puede haber algunos que exijan un castigo que no deshonre al culpable.»

¿Se pensó en las estafas cometidas por un albañil, por un carretonero, por un basurero, al dejar la pena de relegación para casos en que el estafador no deba ser deshonrado?

No. La relegación es una pena aristocrática, que no tiene ningún código extranjero sino para delitos políticos; es una pena para los «caballeros», cuando no hay forma posible de dejar a estos caballeros sin ninguna pena.

Es natural, nuestra oligarquía ha legislado para favorecer la estabilidad de castas, y no podía, ni aún al dictar un código penal para la nación, poner al mismo nivel a la «sociedad» y al «pueblo».

Se ve claramente que nuestro país ha hecho en realidad una legislación oligarca; ha ordenado las cosas de manera que garantice en la mejor forma posible la estabilidad de castas, haciendo que converjan a este fin nuestra política económica, nuestra política educacional, nuestra legislación penal, en una palabra, todo el mecanismo de nuestra organización nacional.

UN PRESIDENTE DEMOCRÁTICO

Nosotros presentamos nuestra guerra civil del 91 ante la faz del mundo, vestida con el ropaje seductor de una defensa de libertad. Pero debemos ser suficientemente sinceros, suficientemente honrados, para confesar que la deposición del primer mandatario de la República fué impuesta por la oligarquía, que veía a uno de sus miembros batallando por los altos intereses del país, contra las mezquindades de su círculo.

Balmaceda es en realidad uno de los precursores de la democracia chilena. Veía él que «si Chile iba quedándose atrás al lado de otros pueblos de su mismo origen y de su misma población, no era por falta de riquezas y de elementos de progreso, ni de pueblo inteligente, sino porque no se había tenido hasta entonces la energía y la audacia suficientes para despertar el genio nacional y para dirigirlo a la consecución de sus grandes destinos.»

Balmaceda ha sido el más grande estadista que haya tenido Chile. Quiso hacer de nuestro país una democracia de verdad, dando oportunidades a todos, por medio de una política educacional y económica democrática, para que cada uno pueda expandir hasta el máximo su capacidad.

Balmaceda iba, en realidad, contra los privilegios de casta, y por eso tuvo en su contra no a un partido político determinado, sino a los representantes de la oligarquía chilena que veía sus intereses y la perduración de sus privilegios en peligro.

El Congreso le opone dificultades para gobernar, le niega los fondos para continuar las escuelas y las líneas férreas. Se le llama un derrochador, un disipador cuando está edificando ochenta escuelas y mil kilómetros de rieles, teniendo en esos momentos el fisco un sobrante de 18 millones de pesos depositados a la vista y a plazo en Bancos de la capital. Derrochador, disipador, lo llamaba el Congreso que había de hacerle la revolución a ese Presidente que decía: «atesoremos en ferrocarriles y construcciones públicas; debemos invertir el excedente de la renta sobre los gastos en obras reproductivas para que en el momento en que el salitre se agote o menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o los progresos de la ciencia, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y los ferrocarriles del Estado, la base de nuevas rentas y de una positiva grandeza.»

La política de Balmaceda tendía a destruir privilegios, a hacer la democracia, iba contra los intereses tradicionales de la oligarquía. Por eso, esta oligarquía—que reside en todos los partidos—se levantó en armas contra el Presidente democrático; por

eso Edwards dió un millón de pesos para la revolución; doña Juana Ross, un cheque en blanco; Irarrázaval y Barros Luco, 30,000 libras.

Es claro! Puede existir una monarquía democrática; pero no puede existir una oligarquía democrática.

Está todavía por escribirse la historia de Balmaceda que lo muestre en su verdadera luz de precursor de la democracia chilena. Pero ya el país principia a comprender a su estadista más genial y no tardará en tomar su nombre como antorcha que ilumine las avenidas de su porvenir.

FUÉ NECESARIO EL GOBIERNO OLIGARQUICO.

Cabe preguntar si ha sido o no conveniente que nos haya gobernado hasta hoy una oligarquía. Sí. Los pocos Cresos chilenos han representado, durante el primer siglo de nuestra vida, (con excepciones, naturalmente, como en todo caso) los espíritus más selectos, las voluntades más enérgicas y los cerebros mejor preparados.

Ya hemos visto que oligarquía es el gobierno de

unos pocos que entregan las riendas del poder en herencia a los suyos, así como monarquía es el gobierno de un monarca que entrega las riendas del gobierno a sus descendientes directos.

La primera oligarquía chilena fué compuesta por los hombres más preparados, por su inteligencia y por su esfuerzo, para escalar las alturas de la riqueza y del poder. Puede decirse que la oligarquía chilena nació en la colonia, cuando un grupo de familias influyentes tenían ya suficiente poder para lograr de las autoridades españolas la deposición de algunos gobernadores.

Fué este grupo escogido de familias, con pocas excepciones, el que más hizo para darnos vida independiente. Fué ese grupo, lógicamente, el que tomó desde un principio en nuestro país las riendas del gobierno.

En parte porque los descendientes de familias privilegiadas adquieren en forma refleja, a lo menos, una educación escogida, en parte porque reciben fortunas en herencia, en parte porque esas familias privilegiadas crean consciente o inconscientemente una situación de privilegio para ellas, se hace no sólo fácil sino inevitable la permanencia de las familias privilegiadas en el poder.

Esa primera oligarquía chilena era la más preparada para gobernarnos; era la única preparada. Y, pensó sólo en ella. Copió nuestra legislación de las

repúblicas democráticas; pero en realidad nos dió la organización de la república oligárquica que ya hemos descrito. Le dió importancia a las palabras, copiando como copiábamos de las instituciones latinas, y se descuidó de los hechos. Abolimos la esclavitud antes que ningún otro país, la abolimos de palabra, pues en el hecho aún hoy existe en muchas de nuestras haciendas.

Las familias privilegiadas han ido entregando de generación en generación a los suyos las riendas del poder. Como estas familias se han conservado en la altura por privilegios heredados, no por capacidad —¡Cornelio Saavedra, hijo, Ministro de la Guerra y expulsado de la Escuela Militar por incapaz!— la razón de ser para que nos siga gobernando esta oligarquía, ha dejado de existir. Pero como tienen ya toda su organización hecha para mantener el poder, por medio de la riqueza que también han heredado, se han ingeniado para que no se pueda ser diputado ni senador si no se es rico, pues estos puestos—pagados en las demás repúblicas,—hay que servirlos gratuitamente aquí. Más aún, hay que pagar por ellos. Un sillón de senador vale de doscientos mil pesos a medio millón. Los de diputados se consiguen con rebaja hasta a veinte mil pesos. Hagamos una que otra excepción que corresponde al partido demócrata.

Nuestra oligarquía ha gobernado desconociendo

en absoluto las ventajas que a todos, sin excepción, reporta un *régimen* democrático, lo que la ha hecho gobernar en beneficio de ella misma, sin comprender que debió educar a toda la masa chilena y hacer fácil el ascenso hasta los círculos de gobierno a los hombres inteligentes de las capas inferiores.

Tenemos que reconocer que entre nosotros algunos espíritus esforzados, rompiendo con empeño inaudito toda clase de dificultades, logran en ocasiones salvar la valla de las castas por medio de fortuna y cultura adquiridas en cruentas batallas; pero tenemos que reconocer también que este ascenso de las clases bajas es sumamente difícil entre nosotros.

Y si debemos admitir que no es imposible en Chile, para un hombre de inteligencia y empeño excepcionales, el abrirse camino hasta llegar al grupo reducido de dirigentes, debemos también reconocer que sólo se les permite a éstos actuar dentro del marco de fierro que esa oligarquía les tiene preparado de antemano. Si no actúan dentro de este marco, son rápidamente separados, eliminados.

Una mirada investigadora a los archivos de la vida nacional nos demuestra que si un hombre de esta oligarquía—aunque pertenezca a la aristocracia tradicional—pretende gobernar inspirándose más en los intereses del país que en los intereses parciales de la oligarquía, será necesariamente combatido, y si ha llegado muy arriba, será derribado, así se llame él

Balmaceda y perteneaca a la aristocracia del dinero y de la sangre.

LA OLIGARQUÍA CHILENA ES CAUSA DEL ATRASO DE CHILE.

En el caso de una monarquía puede acusarse de la ruina de un país, cuando ha sido mal gobernado, a la dinastía gobernante; en el caso de una oligarquía, hay que acusar al grupo gobernante. A los monarcas se les puede hacer un proceso. A algunos de ellos se les ha hecho su proceso. También ha llegado el momento de que nosotros le hagamos el proceso a la oligarquía que nos gobierna, y que determinemos si le conviene al país seguir siendo gobernado sin contrapeso por esta oligarquía, que ha tenido las riendas de la nación en nuestro viaje secular.

Nos ha correspondido mostrar primero quiénes han dirigido al país en estos cien años de vida libre, para no dejar caer responsabilidades sobre quienes no han actuado, sobre quienes no han podido actuar, sino sobre los verdaderos directores de nuestro pueblo. Si la harina está mal molida no debemos culpar sino al molinero que la molió.

Y hemos encontrado que nos ha gobernado y nos gobierna una oligarquía. Hemos mostrado que esta oligarquía gobierna a un pueblo inteligente, en un medio geográfico rico, y que mantiene, sin embargo, al país en un atraso vergonzoso.

No hemos estado escribiendo con el mero espíritu de crítica, sino con un propósito constructivo, pesando en balanzas de precisión cada palabra que decimos, que obedecen todas a un propósito de regeneración nacional. No se trata de protestas o de quejas plañideras por lo pasado, sino de un plan de trabajo constructivo para el porvenir.

Cuántos de nosotros pensamos que estamos en el mejor de los mundos! No miramos hacia afuera; no comparamos. Chiit! decimos, chiit! ¿Por qué quejarnos?

Entrad cuando viajéis por el extranjero a las grandes bibliotecas y pedid los libros que allá se leen acerca de Chile. Todo esto que hemos dicho aquí lo dicen allá, y nos aplican el estigma de nación semi salvaje. Y lo cierto es que nos interesa más a nosotros saber la verdad acerca de Chile de lo que puede interesar a los habitantes de Nueva York, de Londres o Berlín. Nos interesa conocer la verdad para poner remedio a la verdad.

Roosevelt ha dicho que un país principia a tener conciencia nacional cuando hay entre sus ciudadanos quienes tengan el valor moral de señalar sus

defectos y quienes les oigan con simpatía para corregir estos mismos defectos.

Un diputado actual al Congreso Nacional, tan lleno de pretensión como falto de capacidad, me decía en una ocasión, que estas nuevas corrientes democráticas eran un puñado de absurdos. ¡A dónde iría a parar el país, me preguntaba, si en vez de ser gobernado por los hombres inteligentes por herencia, que han demostrado su capacidad haciéndose ricos, nos gobernaran los descamisados que pronuncian discursos domingueros al pie de estatuas de la Alameda?

Se equivoca este diputado al creer que las imposiciones modernas de la democracia son tales que pidan la hegemonía de la miseria y del analfabetismo. Convengo en que si queremos elevar de repente hasta nuestro Parlamento al inquilino inculto de la ruca araucana o al destripador analfabeto del matadero santiaguino, habríamos de llevar a nuestro país a la anarquía y a la vergüenza. Pero sostengo que el obrero de la ciudad y el campesino de la gleba deben tener oportunidades para llegar tan arriba como su inteligencia y su empeño se lo permitan. No creo yo que jamás sea tal nuestra democracia que cada chileno pueda ser Presidente de la República; pero sí debe ser tal, que cada chileno que merezca ser Presidente de la República,

tenga más oportunidad de serlo que un chileno que no lo merezca.

Y debe ser tal que haya en toda la sociedad chilena, considerando como sociedad chilena a todos sus hombres, desde el inquilino hasta el Presidente, un libre juego de capacidades, de manera que sea tan fácil el ascenso de los capaces como el descenso de los incapaces.

LA HORA DE LA DEMOCRACIA

Hemos dicho que oligarquía es el gobierno de un grupo reducido de individuos que entregan el manejo del país a sus herederos directos. Democracia, en cambio, es el gobierno del pueblo, hecho por el mismo pueblo. En ambos casos gobiernan unos pocos, sólo que en el primero, estos pocos no son elegidos por el pueblo, aún cuando se haga un simulacro de elecciones, como ocurre en Chile; y en el segundo caso, los elegidos para gobernar son los que la voluntad soberana del pueblo consciente quiere que gobiernen.

No nos ofusquemos con los discursos pomposos de algunos demagogos de la democracia. Democra-

cia no significa que gobiernen los descalzos y barran las calles los millonarios. La democracia no es hostil a la riqueza. Cada hombre que ha sabido formar una gran fortuna, es un poderoso elemento de progreso.

No se puede ganar dinero honradamente sin hacerlo ganar a otros. No se puede montar una empresa floreciente sin dar trabajo a muchos, sin llevar abrigo y pan a múltiples hogares. El generador de una fortuna honestamente adquirida, es un bienhechor de la sociedad; es un hombre superior que crea fuentes de riqueza, de bienestar, de cultura. Carnegie ha hecho para sí una inmensa fortuna y ha creado paralelamente cuarenta millonarios y miles de miles de pequeñas fortunas.

La democracia no ataca al rico para enaltecer al pobre; pero, sí, pretende lograr que todo hombre pobre que sea honesto, inteligente y laborioso, tenga el máximo de facilidades y oportunidades para que deje de ser pobre; y trabaja también para lograr que el hombre rico que no es honrado, ni es inteligente, ni es laborioso, no esté protegido contra la ley natural que lo empuja, hacia abajo, que lo obliga a ceder su lugar artificialmente conservado por leyes injustas o al amparo de prejuicios antisociales.

Así como en un teatro ningún empresario puede prometer a los que ocupan los asientos menos cómodos de la altura, invertir el coliseo, llevar abajo

a la platea y palcos, a los de galería, y a la galería a los que están abajo, así ningún sociólogo, ningún leader—que no sea un demagogo, un farsante de la democracia—podría prometer revoluciones, o simples transformaciones que conviertan a los obreros en patrones y a los patrones en obreros. No. En un teatro cada uno ocupa el asiento que de acuerdo con lo que puede o quiere gastar, desea procurarse. Así también en el teatro de la vida, una democracia reclama que los billetes se compren en una boletería abierta para todos, donde se pague con talento y con empeño, con inteligencia y con esfuerzo, y donde cada uno se procure el asiento a que es acreedor por su trabajo, su honradez y su inteligencia.

FALSO CONCEPTO DE DEMOCRACIA

En nuestro país las clases sociales están separadas de tal manera como si fueran dos razas, y esta lucha de clases, de castas, se acentúa cada vez más. En el concepto nacional ha tomado cuerpo la idea de que la democracia está representada por la pobreza y la oligarquía por la riqueza. Son muy pocos en Chile, poquísimos, los que tienen un claro concepto

de la democracia. Si se me pidiera que simbolizara por un emblema lo que la generalidad de Chile tiene por democracia, yo dibujaría un par de ojotas y un par de pantalones raídos. Y el grupo antagónico, la oligarquía, lo ve esta democracia, esta pseudo democracia, como un sombrero de copa y un par de guantes.

Cuando venía yo de vuelta de Punta Arenas en un vapor de la línea Braun y Blanchard, una empingorotada dama santiaguina me dijo que había una contradicción entre lo que yo predicaba y lo que hacía.

—¿Por qué, señora? le pregunté.

—Porque usted predica las ideas democráticas y viaja, sin embargo, en primera clase.

Se ha falseado entre nosotros el concepto de la democracia. Se ha creído que es sinónimo de pobreza, de miseria, y se exalta a la pobreza, a la miseria, para deprimir a la riqueza, para escarnecer a todos los que con su esfuerzo han logrado conquistarse una situación holgada.

En la lucha contra la oligarquía, es decir del gobierno de unos pocos que se han parapetado tras de privilegios abusivos para perpetuarse en el Poder, muchos han querido ver un ataque a las clases ricas en general, incluyendo a los que honradamente han conquistado el éxito económico en la vida.

Y la verdad es que esta oligarquía no está for

mada por todos los elementos ricos, y la verdad es también que entre los elementos ricos hay fuerzas democráticas más poderosas, más inteligentes y más capaces que entre los mismos elementos pobres. Lloyd George es el primer demócrata de Inglaterra y es hoy el Rey efectivo de su país; Roosevelt es el primer demócrata de los Estados Unidos y ha sido Presidente de su país; Carlos Fernandez Peña es el primer demócrata de Chile y no es un gasfiter, ni un albañil, sino un doctor que bien merecería ser el Presidente de la República.

LA MORALIDAD DE LAS CLASES RICAS

Una de las más falsas premisas que los farsantes de la democracia presentan a las multitudes de alma plástica que los escuchan, es la de que las clases ricas son corrompidas, la de que en ellas anidan todos los vicios, la de que riqueza es sinónimo de egoísmo. Esto es halagar la pobreza, halagar la miseria y deprimir a todos los que con su esfuerzo, con su trabajo, con su inteligencia, han podido formarse una situación holgada en la sociedad.

Honradamente, corriendo el riesgo de ser mal

comprendido por los pseudo demócratas, es necesario sentar la premisa opuesta, porque es la verdadera. Hay que decir estas verdades que jamás dicen los traficantes políticos que se acercan al bajo pueblo para conseguir sus votos, farsantes que cortejan al obrero como se corteja a una dama de quien se desea conseguir favores, pero a quien no se pretende hacer la esposa legítima. Nada más fácil que arrancar entusiastas aplausos y simpatía de la multitud, halagando las pasiones de esa multitud, denigrando a los que ella cree sus enemigos y prometiendo a los que escuchan más de lo que son capaces de conseguir por su esfuerzo. Creo que el escritor debe de ser honrado antes que todo, ,sincero, y estar dispuesto a ser silbado por una verdad amarga antes que ser aplaudido por una mentira dulce.

La verdad es esta: Por regla general, en las clases pudientes reside la moralidad más alta, y en las clases desvalidas la moralidad más baja.

Un crimen cometido por un hombre rico resuena en todo el país; los crímenes de las clases bajas son hechos de policía que pasan desapercibidos por lo vulgares, por lo comunes. Un hombre ebrio, opulento, llama la atención de todo el mundo en la calle; un hombre ebrio del bajo pueblo, no llama la atención de nadie.

Esta conclusión de que las clases pudientes son más virtuosas que las clases desvalidas, es no sólo

verdadera, sino más optimista y más consoladora que la otra, que corre con pasaporte de verdad, de que las clases humildes son más morales. Si las clases pobres representaran el emblema de la virtud, habría que convenir en que el ideal de la humanidad habría de ser la miseria. El obrero que economiza parte de su jornal, que compra una casa, que establece un taller, que monta una fábrica, en todo ese proceso iría perdiendo su virtud.

Lo que ocurre es precisamente lo contrario: ese hombre que va surgiendo por medio del trabajo esforzado, va adquiriendo virtudes, las virtudes que crea el trabajo, que no puede dejar de crear el trabajo. La miseria deprime, abate moralmente, empobrece fisiológicamente al individuo, lo tienta a la taberna, al vicio.

Se han medido las consecuencias fisiológicas y morales de la miseria, y se ha comprobado que las clases ricas tienen un promedio más elevado que las clases pobres en la medición de la fuerza de dilatación del tórax, de la circunferencia de la cabeza, de la altura de la frente, de la capacidad craneana y del peso del encéfalo. Y los efectos sociales de la miseria han quedado también evidenciados por todos los sociólogos. Se ha comprobado que la mayor carestía del pan aumenta los crímenes.

¿Por qué, entonces, enaltecer la miseria y depri-

mir la riqueza? En gran parte, la falta de ambición de nuestro bajo pueblo por surgir en la vida, por salir de los campamentos de la miseria, se debe a esta prédica de descrédito que se hace contra las clases pudientes. Al obrero de nuestra Patria urge convencerlo de que la miseria es vergonzosa y de que debe luchar por salir de ella.

Si le decimos al bajo pueblo que el rico es corrompido, que tiene que ser corrompido, ¿no le estamos diciendo implícitamente que no debe tratar de ser rico, que no debe economizar, que no debe surgir en la vida, puesto que el triunfo económico es sinónimo de inmoralidad?

LA RIQUEZA Y LA DEMORCACIA

Hemos dicho anteriormente que las clases ricas, las clases pudientes, son más morales que las clases desvalidas. Esta es una aseveración consoladora, pues la humanidad va saliendo de la miseria para llegar a la abundancia. El salvaje que vagaba como un animal por los bosques, sin guarida donde protegerse, dió un paso hacia adelante en riqueza y en moralidad cuando se hizo una caverna y luego después una choza. Principió en esa forma el hogar.

La riqueza en poder de ciertos individuos, de

cierta clase social, en una oligarquía, como ocurre en Chile, es dañina para la sociedad porque esa riqueza, protegida por leyes injustas, perpetúa la pobreza de las capas bajas de la sociedad, a las que les impone la miseria y la inmoralidad obligatorias. No dicta la oligarquía leyes de protección al obrero, de salario y horas de trabajo mínimo, de seguro obligatorio, de educación obligatoria, de impuesto justo y progresivo a las fortunas, de gravámenes a las tierras incultas. En una palabra, mantiene una situación de privilegio para la riqueza; perpetúa la miseria y hace obligatoria la inmoralidad.

En cambio, en una democracia, la riqueza al alcance de cada uno, de acuerdo con su capacidad, es una garantía de felicidad social. Una democracia facilita la adquisición de riquezas, a cada uno en el grado máximo de su máxima capacidad. Una democracia tiende naturalmente a impedir la formación de riquezas fabulosas por medios expoliadores para la comunidad. Los Estados Unidos principiaron con la ley de Sherman legislando acerca de los «trusts» y cada día será su legislación más rigurosa, tendiendo a favorecer más al público consumidor que al productor consolidado.

La dificultad puesta a la acumulación fabulosa de fortunas por medios fáciles, que son consecuencia de la misma acumulación de fortunas, y los impuestos progresivos sobre la renta y la herencia, con-

tribuyen en una democracia a cercenar los privilegios de la fortuna exagerada.

Una democracia no aspira al reparto igualitario de la riqueza en la sociedad. Aspira a poner a cada hombre en igualdad de condiciones para que libre su batalla por la vida. No quiere conceder privilegios especiales a la fortuna para que se incremente sin el esfuerzo debido, ni quiere poner vallas a la pobreza para perpetuarla. Comprende una democracia que la holgura del máximo de ciudadanos de una sociedad es ventajosa para toda la sociedad. Una oligarquía, que injusta y atrabiliariamente defiende intereses de casta, que tiene «colonias» que tiene esclavos, dentro del país, cree que conviene perpetuar la miseria de estos parias y la ha perpetuado en sus haciendas. Una democracia sabe que la holgura del más modesto obrero de la fábrica o del surco, que su cultura superior, su moralidad más alta, son de conveniencia para todos, para todos sin excepción, contribuyendo aún a hacer más fácil para la riqueza ya acumulada aumentar sus rendimientos.

Una democracia aspira a facilitarle a cada hombre el que pueda disfrutar del sumum de felicidad que es capaz de ofrecer la época en que se vive. Evidentemente, los hombres se colocarán solos, en una democracia, de acuerdo con su capacidad, con sus méritos. Una democracia quiere que el hombre

más capaz, más honrado, de más méritos, esté más arriba y tenga una influencia más honda en la sociedad, y es conveniente para una democracia que el hombre menos capaz y menos honrado, con menos méritos, esté más abajo, social y económicamente, y tenga su actuación menos influencia en la sociedad.

LA DEMOCRACIA NO ES CUESTION DE CARIDAD

Muchos creen que las campañas democráticas son campañas de caridad, de piedad, de misericordia hacia las clases desvalidas. Otros, queriendo corregir este concepto, dicen que son campañas de seca justicia social. Podrá haber piedad, misericordia y amor por la justicia social en muchos leaders de la democracia. Pero la verdad es que democracia no es cuestión de caridad, ni es cuestión de justicia; es una mera cuestión de conveniencia social, de egoísmo colectivo.

Cuando daba yo conferencias de propaganda democrática en Punta Arenas, me correspondió tributar aplausos a los millonarios magallánicos, que han desterrado la taberna de sus dominios. Un diario obrero de esa ciudad me contestó desde sus colum

nas, diciendo que el millonario de Magallanes no procedía así por sentimientos altruistas, sino por sentimientos de utilidad práctica, muy de acuerdo con la mentalidad esencialmente utilitarista que los distingue, puesto que ellos han llegado a convencerse de que más utilidad les reporta un obrero que no beba y trabaje sin interrupción, que aquel que gasta en la taberna todo lo que gana y no trabaja sino cuando no tiene con qué beber.

Precisamente, ése es el fundamento de oro en que descansan los verdaderos principios de la democracia: la conveniencia mutua. La democracia no es una cuestión de caridad, de sentimentalismo; tiene sus fundamentos en el propio egoísmo individual. Hoy comprende el hacendado que le conviene que su inquilino no beba; mañana comprende que le conviene tenga una vasta preparación, que se aloje bien, que coma bien, porque así su rendimiento será mayor. Y si no lo comprende tendrá que hacérselo comprender un gobierno democrático de una u otra manera, por medios compulsivos si es necesario.

Una de las más encumbradas señoras de un pueblo de la frontera, cuyo modo de pensar sintetiza el pensar consciente o inconsciente de una buena proporción de nuestras clases directoras, se quejaba de que algunos tuvieran la estrafalaria idea de que los inquilinos aprendieran a leer, de que se tratara de hacerlos economizar.

—¿Qué haríamos aquí, decía, si no hubiera pobres? Yo tendría que barrer mi pieza, y mi marido y mis hijos tendrían que hacer la trilla y mis hijas ordeñar las vacas. Yo creo que un buen hacendado tiene que preocuparse de guardar parte de su cosecha para sembrar el año siguiente. Y de la misma manera que tiene bodegas para guardar su semilla, debe tener tabernas donde beban y gasten su dinero los inquilinos; precisamente para tener inquilinos el año siguiente. Dejarlos economizar es no mirar para el porvenir, es privarse de trabajadores para más tarde. Es como consumirse la semilla y no tener qué sembrar.

Precisamente así—si bien no tan crudamente—piensa buena parte de nuestros dirigentes. Esta es la trama general de sus razonamientos y la plataforma de su actuación. Les falta comprender lo que se comprende bien en una democracia: que el obrero da el máximo de rendimiento y es de máxima conveniencia para el patrón cuando tiene el máximo de preparación, de cultura, y cuando vive con el máximo de confort. Don Manuel Bunster teine en su hacienda «El Vergel», inquilinos japoneses, con quienes me fué grato conversar. Les paga en oro y su jornal es de más de cinco pesos, fuera de casa —muy buena casa, al estilo japonés—y de comida. El querría pagarles a todos los inquilinos de su hacienda lo mismo, pero querría naturalmente que

—¿Qué haríamos aquí, decía, si no hubiera pobres? Yo tendría que barrer mi pieza, y mi marido y mis hijos tendrían que hacer la trilla y mis hijas ordeñar las vacas. Yo creo que un buen hacendado tiene que preocuparse de guardar parte de su cosecha para sembrar el año siguiente. Y de la misma manera que tiene bodegas para guardar su semilla, debe tener tabernas donde beban y gasten su dinero los inquilinos; precisamente para tener inquilinos el año siguiente. Dejarlos economizar es no mirar para el porvenir, es privarse de trabajadores para más tarde. Es como consumirse la semilla y no tener qué sembrar.

Precisamente así—si bien no tan crudamente—piensa buena parte de nuestros dirigentes. Esta es la trama general de sus razonamientos y la plataforma de su actuación. Les falta comprender lo que se comprende bien en una democracia: que el obrero da el máximo de rendimiento y es de máxima conveniencia para el patrón cuando tiene el máximo de preparación, de cultura, y cuando vive con el máximo de confort. Don Manuel Bunster teine en su hacienda «El Vergel», inquilinos japoneses, con quienes me fué grato conversar Les paga en oro y su jornal es de más de cinco pesos, fuera de casa —muy buena casa, al estilo japonés—y de comida. El querría pagarles a todos los inquilinos de su hacienda lo mismo, pero querría naturalmente que

todos rindieran también lo mismo en su trabajo. Rendirán más las haciendas de nuestros magnates cuando los inquilinos que les trabajan merezcan diez pesos diarios por su trabajo. Y merecerán diez pesos diarios, en vez de los sesenta centavos que ahora reciben cuando se les dé una cultura manual e intelectual que permita a su trabajo un rendimiento que guarde proporción con ese alto salario. La superior cultura de todos es ventaja para todos.

En una democracia cada hombre se coloca casi automáticamente en el lugar a que es acreedor por sus aptitudes.

LA ORGANIZACION DEMOCRÁTICA ES LA MAS EFICIENTE ORGANIZACIÓN SOCIAL

Democracia significa el libre juego de los individuos, la amplia oportunidad para todos, de manera que cada uno ocupe el local que le corresponde por su capacidad. A las esferas de gobierno, en consecuencia, deben ir los más capaces para gobernar. Es más ventajoso para el país el que éste sea gobernado por los más aptos. Le conviene esto aún a los ineptos que accidentalmente gobiernan. Es necesario hablar con claridad suprema y hacer para eso comparaciones triviales. Imaginaos a un imbécil que

todos rindieran también lo mismo en su trabajo. Rendirán más las haciendas de nuestros magnates cuando los inquilinos que les trabajan merezcan diez pesos diarios por su trabajo. Y merecerán diez pesos diarios, en vez de los sesenta centavos que ahora reciben cuando se les dé una cultura manual e intelectual que permita a su trabajo un rendimiento que guarde proporción con ese alto salario. La superior cultura de todos es ventaja para todos.

En una democracia cada hombre se coloca casi automáticamente en el lugar a que es acreedor por sus aptitudes.

LA ORGANIZACION DEMOCRÁTICA ES LA MAS EFICIENTE ORGANIZACIÓN SOCIAL

Democracia significa el libre juego de los individuos, la amplia oportunidad para todos, de manera que cada uno ocupe el local que le corresponde por su capacidad. A las esferas de gobierno, en consecuencia, deben ir los más capaces para gobernar. Es más ventajoso para el país el que éste sea gobernado por los más aptos. Le conviene esto aún a los ineptos que accidentalmente gobiernan. Es necesario hablar con claridad suprema y hacer para eso comparaciones triviales. Imaginaos a un imbécil que

posea una hacienda. ¿No le conviene a ese imbécil escoger a otros más capaces que él para que hagan rendir a su hacienda cien veces más de lo que él es capaz de hacerla rendir? Tomad en vez de una hacienda, una fábrica. ¿Hay más conveniencia en que la manejen los hijos, los sobrinos y los amigos incapaces del dueño de ella, que en escoger entre su personal a los más capaces, a los técnicos, para que la hagan rendir el máximo posible? A nadie le conviene en Chile que Chile esté manejado por hombres incapaces; no le conviene esto ni a los propios incapaces que gobiernan.

La resistencia que encuentran en la oligarquía chilena las nuevas corrientes democráticas, se debe a que el grupo oligarca no comprende las verdaderas ventajas de un gobierno democrático. Le pasa al tradicional estadista chileno, al juzgar los problemas de política nacional, lo mismo que le ocurre al tratar los asuntos del manejo de su hacienda. Cree que si su inquilino estudia, si su inquilino adquiere hábitos superiores, exigirá una casa moderna, exigirá baño, luz eléctrica, teléfono, muebles en su hogar, manteles y servilletas en su mesa, diarios y revistas, piano para sus hijas y como consecuencia de esto, exigirá sueldo más alto. Todo esto puede ocurrir sin duda; todo esto conviene aún que ocurra, como ha ocurrido en los Estados Unidos. Lo que no comprende el hacendado es que estas exigencias mayores de

una vida superior, corresponden a un mayor rendimiento en el trabajo, a una labor más eficiente, que va en provecho mismo del hacendado.

De la misma manera, cuando este hacendado va al Senado, piensa que la mayor cultura repartida entre el pueblo, significa prerrogativas económicas restadas al rico. Esto tampoco es cierto; lo que tienen de particularmente hermoso las doctrinas democráticas, es que no van contra el bienestar de nadie y provocan el bienestar de todos.

Si en una empresa cualquiera, en una fábrica, digamos, se distingue el último barredor por su capacidad para hacer una labor superior, de sueldo más alto, será no sólo de conveniencia para ese barredor, no sólo de conveniencia para el propietario de la fábrica, sino de conveniencia para todos los que trabajan en la empresa, propietarios y obreros, y aún para los compradores del artículo que elabora la fábrica y para los proveedores de materia prima, el que ese barredor que tiene una capacidad para ejecutar una labor superior, pase a ejecutarla, y a gozar de su mayor sueldo, en cambio de su superior rendimiento.

A la inversa, si en esa misma fábrica, está desempeñando una labor superior, con sueldo elevado, un hombre incapaz, que cercena con su labor de responsabilidad—mal desempeñada—la eficiencia de la fábrica, será no sólo de conveniencia para el propietario de la fábrica, sino de conveniencia para todos

los que trabajan en la empresa, propietarios y obreros—y a la larga, de conveniencia para el mismo incapaz cuyo trabajo se sobrevalorizaba—el que es hombre a quien se le había entregado una labor superior, que no podía desempeñar bien, la abandona y pasa a actuar en aquello para lo cual es capaz. Así logrará la fábrica el máximo de sus [illegible]. Otro tanto ocurriría en una democracia que debe tender por todos los medios posibles a hacer que cada ciudadano se pueda fácilmente colocar en el puesto a que es acreedor. Eso será de conveniencia no sólo para ese ciudadano, sino para todos los ciudadanos que viven en su colectividad.

LA DEMOCRACIA Y LAS RELIGIONES

Hay mucha gente todavía en nuestro país que se imagina que democracia es algo parecido a anarquismo, que huele a rebelión, a saqueo, que es una abreviatura de demonocracia. Desde luego, creen que la democracia es enemiga de la religión, que es iconoclasta, que querría ver todas las iglesias incendiadas, todos los curas ahorcados.

Nada tiene que ver la democracia con la iglesia, nada que no sea la propia ayuda que todas las iglesias de Cristo deben prestarle al triunfo de una sana democracia.

Nosotros hemos caído en el error estupendo de dividir los partidos políticos por asuntos religiosos, de separarnos en la tierra por cuestiones del cielo. En los Estados Unidos forman en las mismas filas políticas hombres de los credos religiosos más opuestos. Aquí sería difícil que un libre pensador se afiliara al partido conservador, tan difícil como que un católico formara en las filas de los radicales.

En mi jira que hice por las provincias, un Intendente del sur me refirió la siguiente anécdota, cuya autenticidad me aseguró le constaba de una manera fehaciente.

Don Guillermo Matta era Intendente de Atacama cuando fué invitado a hablar en un teatro de Copiapó en una gran manifestación pública de los partidos liberales. Naturalmente, el teatro se llenó para ir a escuchar y aplaudir a ese prócer del liberalismo. Matta principió a hablar ante su auditorio, con gran elocuencia, acerca de graves problemas nacionales y su espíritu equilibrado descartó todo ataque a la religión. El teatro escuchaba frío, sin emocionarse ante la elocuencia del orador. Ni un aplauso, ni una mirada de simpatía, de la multitud.

Matta comprendió que se le escuchaba con frialdad, con indiferencia, casi con antipatía aún. Uno de sus amigos, que se sentaba cerca de él, en el proscenio, entre los miembros de la mesa directiva, comprendiendo también que el orador entraba más y

más en los laberintos de un fracaso, sacó un cigarrillo de su cartera, lo desdobló, botó el tabaco y en la hoja escribió textualmente:

—Cómete media docena de frailes, o si no, estás perdido.

Encontró la manera de pasarle este papel, y Matta encontró también la manera de aprovechar el consejo. Le dió a su discurso un giro furibundo contra la religión, contra los frailes, y el auditorio rompió en aplausos estrepitosos.

Bien puede ser que esta anécdota no sea real, pero más tarde, en Copiapó, personas caracterizadas de esa ciudad me dijeron que si la anécdota no era real, bien podía haberlo sido.

Hoy va cambiando algo esta filosofía de las multitudes conscientes chilenas. Ya se ha podido comprender que la lucha por el progreso no significa lucha contra las religiones. Se admite entre nosotros que un pueblo pueda crecer material y moralmente, en medio del más profundo respeto a todas las creencias y a todas las religiones, puesto que hemos visto agigantarse a los Estados Unidos, a la Inglaterra, a la Alemania.

La democracia no es hostil a ninguna religión, es respetuosa de todas las religiones. Como en un país puede haber hombres que tengan diferentes credos religiosos, la democracia no admite que el Gobierno dicte a sus ciudadanos una religión oficial, no admi-

te que en sus colegios se enseñe una religión oficial no admite que el presupuesto de la nación sufrague los gastos de una religión oficial. Cree que el sentimiento religioso sería más puro, más sincero, con amplia libertad de cultos y haciendo que cada secta costee el sostén de su propia iglesia, como ocurre en los Estados Unidos.

QUIÉNES ELIGEN EL GOBIERNO EN CHILE

Somos una república democrática. Este es el nombre que nos hemos adjudicado, la etiqueta que nos hemos puesto. Pero no creamos que con ponerle una etiqueta de agua de colonia a una botella con vinagre convertiremos el vinagre en agua de colonia.

Nuestra famosa ley de libertad electoral, muy lejos de ser un exponente de nuestra democracia, es una manifestación de nuestra oligarquía. ¿Qué significa que puedan votar, en Chile, los que han aprendido a firmarse, nada más que para dar el voto que les exige su patrón? Porque esto de aprender a poner la firma propia es una pequeña industria en el país, ya que cada tres años se puede recibir por ella diez, veinte o cincuenta pesos, según las cotizaciones del mercado electoral. Lo único que ha variado al respecto es el precio del voto, el que ha subido de va-

lor, como todos los artículos de consumo: un voto que valía antes dos o cuatro pesos, vale hoy sesenta, ochenta o cien pesos. El voto amplio en nuestro país, sin restricciones casi, sin concederle un valor proporcional, lejos de darle al pueblo mayor poder en el gobierno del país, no hace sino restringirlo al grupo escaso de los adinerados.

Cuando el censo nos ha dicho que hay en nuestro país poco más de un millón de personas que saben leer, nos ha dado un dato incompleto. No creamos que este millón es capaz de leer la Constitución del Estado, la Declaración de la Independencia, o la Cartilla de Educación Cívica. No, una gran parte de estos sólo saben malamente poner su firma en los registros electorales. Y esto se los ha hecho enseñar el patrón del latifundio, como les ha hecho enseñar a desgranar las corontas de choclos, pagándoles ambas tareas, la de firmar y la de desgranar, a un precio ínfimo.

En muchas haciendas he podido comprobar que los inquilinos que aparecen como que saben leer y escribir, saben escribir y leer su nombre. He querido que escriban el nombre de sus mujeres o de sus hijos. No son capaces. Oh! es que son especialistas! Sabemos que todas las profesiones se han especializado. Un oculista no nos va a sanar de una pulmonía; ni un dentista nos ha de cuidar de un tifus. La especialización ha llegado también a las haciendas

¿Por qué Pedro Rosales que sabe escribir y leer las palabras «*Pedro Rosales*» habría también de saber escribir y leer las palabras *Juana Jiménez de Rosales*? ¿De cuándo acá un oculista nos va a tapar una muela?

Y ese señor Pedro Rosales puede, sin embargo, dar su voto para determinar si ha de ser Sanfuentes o Figueroa el Presidente de la República. Para recetar una oblea de quinina a un muchacho que tiene fiebre se exige un doctor; para recetarle un Presidente a la República, Pedro Rosales, el especialista Pedro Rosales, está muy bien.

En Valparaíso presencié la organización de la venta—de la venta en lotes de hombres—para obtener así mejor cotización. En Molina conversé con un rematador que en plena mesa electoral se hizo adjudicar a un carpintero por más o menos el mismo valor a que se adjudica una vaca en la feria de Chillán. En Bulnes un comerciante compró al detalle, en los campos, un surtido de votos para venderlos a mejor précio en la ciudad, tal como compraría al detalle los cueros de las ovejas y los cabros, para venderlos por cantidades en la curtiduría vecina. En Osorno están más adelantados: allí todos los partidos políticos tienen la lista de los electores con la anotación de lo que cuesta la conciencia de cada uno.

Nuestro bajo pueblo no está preparado, no está educado para las actividades ciudadanas. Más aún.

y ha de sorprender esto que voy a decir: tal como están las cosas hoy día en nuestro país, en medio de nuestro atraso actual, con esta amplia libertad electoral, es conveniente que sea así. Creemos hoy día, en medio de la ignorancia de los rotos, que a ese hombre inculto que no sospecha quiénes son los hombres que deben gobernarnos, conviene que a esos les compren el voto otros hombres más conscientes. Si ellos votaran por su cuenta, guiados por su propia inspiración, si mañana se les diera de elegir Presidente con el libre criterio de toda la inculta masa ciudadana ¿a quién creéis que elegiría para Presidente el medio millón de nuestros inquilinos? ¡A una vaca o a un caballo!

Quererle dar a un pueblo inculto la libertad electoral es como quererle dar a una criatura de meses el menú de un banquete: no lo puede digerir, lo vomita en defensa propia, en defensa de su organismo. Si no lo vomitara, se moría. Nuestro pueblo vomita la libertad electoral: si no la vomitara, se moriría, porque eligiría a elementos imposibles para que lo gobiernen.

QUIÉNES DEBEN ELEGIR EL GOBIERNO

Como pueblo latino, que ha recogido sus inspiraciones en Francia, hemos sido y somos más afectos

y ha de sorprender esto que voy a decir: tal como están las cosas hoy día en nuestro país, en medio de nuestro atraso actual, con esta amplia libertad electoral, es conveniente que sea así. Conviene hoy día, en medio de la ignorancia de las masas, que a ese hombre inculto que no sospecha quiénes son los hombres que deben gobernarnos, conviene que a esos les compren el voto otros hombres más conscientes. Si ellos votaran por su cuenta, guiados por su propia inspiración, si mañana se hubiera de elegir Presidente con el libre criterio de toda la inculta masa chilena ¿a quién creéis que elegiría para Presidente el medio millón de nuestros inquilinos? ¡A una vaca o a un caballo!

Quererle dar a un pueblo inculto la libertad electoral es como quererle dar a una criatura de un año el menu de un banquete: no lo puede digerir, lo vomita en defensa propia, en defensa de su organismo. Si no lo vomitara, se moría. Nuestro pueblo vomita la libertad electoral: si no la vomitara, se moría, porque eligiría a elementos imposibles para que lo gobiernen.

QUIÉNES DEBEN ELEGIR EL GOBIERNO

Como pueblo latino, que ha recogido sus inspiraciones en Francia, hemos sido y somos más afectos

a las doctrinas, a los principios, que a las realidades, que a los hechos. Nos hemos dejado seducir por la pomposa declaración de principios de la revolución francesa, más que por la tranquila interpretación de las realidades de la evolución inglesa. Hay más democracia en la legislación británica, que ha restringido el voto al círculo de las personas adineradas y cultas, que en la legislación chilena que se lo concede a todo el que sabe garabatear su firma.

Entendámonos. Cuando la ley chilena quiso conceder el derecho de voto para elegir a los hombres que deben gobernar al país, ¿por qué fijó como la línea que separaba la consciencia de la inconsciencia, el poder escribir las palabras, Juan, Pedro, Tomás, en un pedazo de papel? ¿De cuándo acá son las características del ciudadano consciente el saber escribir y leer un nombre?

Estamos imbuídos en la idea de que una elementalísima instrucción puede hacer de un hombre un ciudadano consciente.

En todas partes la plutocracia ha protestado de este derecho a votar entregado, de repente, a las masas incultas. En Chile, no. En Chile, puedo asegurarlo, sería la oligarquía la primera en oponerse al proyecto de restringir el derecho de voto sólo para los ciudadanos conscientes, para los que han estudiado la cartilla de educación cívica en la escuela pública o puedan comprobar de otra manera su

a las doctrinas, a los principios, que a las realidades, que a los hechos. Nos hemos dejado seducir por la pomposa declaración de principios de la revolución francesa, más que por la tranquila interpretación de las realidades de la evolución inglesa. Hay más democracia en la legislación británica, que ha restringido el voto al círculo de las personas adineradas y cultas, que en la legislación chilena que se lo concede a todo el que sabe garabatear su firma.

Entendámonos. Cuando la ley chilena quiso conceder el derecho de voto para elegir a los hombres que deben gobernar al país, ¿por qué fijó como la línea que separaba la consciencia de la inconsciencia, el poder escribir las palabras, Juan, Pedro, Tomás, en un pedazo de papel? ¿De cuándo acá son las características del ciudadano consciente el saber escribir y leer un nombre?

Estamos imbuídos en la idea de que una elementalísima instrucción puede hacer de un hombre un ciudadano consciente.

En todas partes la plutocracia ha protestado de este derecho a votar entregado, de repente, a las masas incultas. En Chile, no. En Chile, puedo asegurarlo, sería la oligarquía la primera en oponerse al proyecto de restringir el derecho de voto sólo para los ciudadanos conscientes, para los que han estudiado la cartilla de educación cívica en la escuela pública o puedan comprobar de otra manera su

capacidad ciudadana. Es natural: la amplitud actual de los derechos electorales es la entrega de la capacidad electoral de la República al grupo oligarca. Trescientos inquilinos de una hacienda que sólo saben firmarse, a quienes sólo se les ha enseñado a firmarse para entregar su voto al señor que los manda, no desempeñan en la sociedad chilena otro papel que el de multiplicar por 300 el valor del voto individual del terrateniente, del dueño del suelo. La oligarquía chilena tiene a su haber bonos hipotecarios, palacios en Santiago, leguas de terrenos, acciones de Bancos; pero por encima de todo esto tiene también a su haber la ignorancia del pueblo. Le conviene a la oligarquía, más bien dicho, la oligarquía cree que le conviene que el pueblo siga ignorante y que tenga derecho a voto.

A primera vista podría parecer que un demócrata no debería, sin ir contra los propios principios de la democracia, pedir la restricción de la libertad electoral. Pero la verdad es que esta restricción hay que pedirla en defensa del mismo pueblo y pedir al mismo tiempo, la educación primaria obligatoria, para que la libertad electoral de que disfrutamos sea una realidad enaltecedora y no una pantomima indecorosa y embrutecedora.

Debemos, pues, restringir el derecho de voto, dejándoselo sólo a los ciudadanos conscientes que tiene el país.

Si además de la restricción del voto se procediese, como en algunos estados de la Unión norteamericana, a restringir los gastos que pueda hacer un candidato al Parlamento o a la Moneda, para su propaganda, a un mínimo fijado por la ley, habríamos dado otro paso necesario de progreso democrático.

En Wisconsin, considerando que un candidato más rico puede hacer más propaganda a su favor que otro candidato más meritorio, pero menos rico, se fija en un máximo la cantidad que puede gastar un candidato al Parlamento o a la Municipalidad en sus simples gastos de propaganda para dar a conocer su programa.

Nosotros podríamos conseguir así que nos gobernaran los que tienen un corazón y un cerebro más grande y no un bolsillo más ancho. Necesitamos llevar al gobierno hombres nuevos, que representen legítimamente la voluntad consciente del país. Necesitamos no tener que llevar a las urnas como candidatos hombres con caja, sino hombres con honradez e inteligencia.

El grupo que nos ha gobernado ha vivido por mucho tiempo una vida fácil, sin esfuerzos, de relativa molicie. Lógicamente, de acuerdo con las leyes universales, ha degenerado, ha perdido su vigor, su pujanza y también su virtud. Hombres nuevos, hombres que trabajan, que luchan, que se esfuerzan, que en el fragor de la batalla cotidiana están tem-

plando sus caracteres y su virtud, hombres que en las dificultades se abren su camino, hombres empapados en optimismo, sangre nueva, savia nueva, elegida por hombres conscientes y no por ganado humano, es lo que el país necesita, es lo que el país reclama. El momento es difícil, la hora es solemne, nuestro país va por rutas tortuosas en un suelo abrupto, y no lo puede guiar ya el viejo campesino que punzonea soñolientamente al buey manso, para que arrastre la carreta lánguida: tiene que guiarlo el experto moderno, el técnico que le lleva el paso al siglo, que empapa su corazón en las ansias de las multitudes y nutre su cerebro en bibliotecas y laboratorios.

UN GOBIERNO DEMOCRÁTICO

Existe el falso concepto de que un gobierno parlamentario como el que tenemos en Chile, es de por sí un gobierno democrático, que entregar una libertad mayor al Presidente de la República, al poder ejecutivo, iría contra los principios de una democracia y nos llevaría al remedo de una monarquía.

Rowe, el sociólogo norteamericano que nos ha visitado últimamente, hablándonos acerca de las modernas democracias, dice que una tendencia sig-

nificativa en el movimiento democrático norteamericano es el robustecimiento del poder ejecutivo.

A nosotros no nos basta que tengamos un gobierno elegido por toda la conciencia del país. Es todavía indispensable cambiar el sistema de gobierno que ha imperado en los últimos años. Sabemos ya que antes de la revolución del 91 nuestro gobierno era presidencial; el Presidente tenía verdadera responsabilidad y autoridad, la que le fué quitada por la oligarquía tan pronto como uno de ellos se dejó arrastrar por las corrientes democráticas de la época y quiso gobernar más en beneficio general del país que en beneficio especial de la oligarquía.

Necesitamos volver a los tiempos en que el primer mandatario de la República era un hombre que tenía autoridad y responsabilidad, como la tienen los Presidentes en los Estados Unidos, en el Brasil, en la Argentina.

Esta autoridad no sólo se le ha quitado al Presidente; se le ha quitado a todos los funcionarios, a todas las corporaciones. El despojo de la autoridad trae como consecuencia la anulación de la responsabilidad, el pasaporte a la ruina, sin nadie que responda.

Donde quiera que miremos en la administración, desde el Presidente para abajo, veremos gobernando a grupos de hombres irresponsables, llámense estos congresos, juntas de vigilancia, consejo de ferrocarriles. Parece que hubiéramos perdido toda la con-

fianza en los hombres, en las individualidades y entregamos la administración pública a corporaciones anónimas formadas, no por técnicos, sino por politiqueros.

Un gobierno democrático tiene que concluir con esa tradición nacional. Ya pasó a la historia la tendencia contemplativa de los gobiernos, y ha entrado en pleno vigor su tendencia activa. Nosotros nos caracterizamos por vivir de acuerdo con las costumbres, con las tendencias y las filosofías ya caducadas en el otro hemisferio. Así como nuestras mujeres, cada primavera, usan las telas que usaron en la primavera pasada en el continente europeo, nuestros hombres, para su política, adoptan la filosofía que ha muerto en el otro continente.

Así nosotros nacimos a la vida independiente cuando los filósofos ingleses predicaban en Inglaterra la abstención del gobierno, el nihilismo administrativo, el *laisez faire*, y esta doctrina que ha muerto para siempre en el viejo país del individualismo, donde Lloyd George, imitando la política de Alemania, le ha dado de palabra y acción el más soberano mentís, impera hoy en Chile y fué consagrada por el Presidente que acaba de entregar las riendas del país, haciendo un gobierno contemplativo, y de palabra, diciendo que el 90% de las cosas de gobierno se solucionan solas y que el otro 10% no tienen solución.

Nos urge cambiar radicalmente esta filosofía. El gobierno ya no puede ser una marmota. En todo país, aún en los más individualistas, como los Estados Unidos, el gobierno ha pasado a ser activo, intensamente activo.- Allí hay estados, donde el gobierno muestra su interés por el hogar y por la familia, hasta el extremo de pagar una pensión a toda madre pobre durante el período postnatal, habiendo además sociedades especiales, generalmente de iniciativa municipal, que cuidan de la madre en el período prenatal. Hay allí leyes de seguro, como en Inglaterra y Alemania, para defender al obrero en todos los trances difíciles de su vida, la cesantía, la enfermedad, el accidente, la vejez. El gobierno de Washington, en su departamento de agricultura, estimula miles de iniciativas, forma cooperativas, es, en una palabra, como el padre solícito de todos los agricultores norteamericanos. Ha enviado comisiones a todo el planeta a recoger las plantas y animales que convenga aclimatar en su suelo y los ha obsequiado a los que pueden garantir que han de propagarlos debidamente.

La característica del gobierno en las sociedades modernas es su intervención cada vez más activa en la vida nacional, en sus diferentes esferas. Nueva Zelandia ha hecho a este respecto la política más avanzada, y se cita a este país con admiración como el laboratorio social del mundo.

Lo que Dinamarca ha sido capáz de hacer en progreso agrícola, hasta el extremo de que se le llama la lección objetiva de agricultura para el mundo entero, lo ha hecho con la inteligente actitud del Estado, que ha creído su deber intervenir intensamente en la organización y fomento de los negocios privados.

En Dinamarca se han dictado leyes para facilitar la adquisición de una pequeña hacienda a todo el que esté dispuesto a trabajarla, siempre que reuna los antecedentes de carácter y honorabilidad necesarios. Un hombre puede comprar una propiedad hasta de valor de diez mil pesos chilenos, para lo cual el Gobierno le presta, sin más garantía que la misma propiedad, nueve décimas partes del dinero necesario a un tipo de 3 % de interés; o sea para comprar una propiedad de $ 10,000 basta que él tenga 1,000 pesos; para comprar una de 5,000 pesos basta con que él haya ahorrado 500 pesos. De esta manera en Dinamarca el Gobierno había creado hasta 1915 cinco mil propietarios.

Ya hemos visto cuál es la producción agrícola de Dinamarca y ahora vemos el secreto de este éxito. ¿No está a nuestro alcance? Dinamarca ha hecho su grandeza en treinta años, ¿no podemos hacer nosotros la nuestra? Suponed que cada chileno honorable, con aptitudes para el trabajo que desee comprar una propiedad de valor de $ 10,000, tenga sólo ne-

cesidad de ahorrar mil y algo más para el trabajo, contando con que el Fisco le ha de prestar $ 9.000 a un bajo tipo de interés. Suponed también que esta política va acompañada, como en Dinamarca, de la acción de las cooperativas y de la intensa labor de las escuelas agrícolas con cursos para adultos. ¿Qué ocurriría en Chile? ¿No le convendría esto al gran propietario que vendería retazos de sus haciendas que iban a ser intensivamente cultivados y debería, en consecuencia, sobre-valorizar su propia hacienda? Nos convendría a todos; haríamos una democracia rural, como en Dinamarca, como en los Estados Unidos. Y multiplicaríamos, no por veinte, sino por ciento o por mil nuestra producción.

En todos los países de gran progreso en el mundo, los gobiernos no sólo fomentan sino que obligan la división de las grandes propiedades, gravándolas con impuestos mucho mayores que a las pequeñas propiedades. Todavía hay leyes en Nueva Zelanda que hacen obligatoria la venta de las grandes propiedades cuyos dueños viven en las ciudades y no atienden personalmente a su explotación. Con semejante política en nuestro país, casi todo Chile tendría que ser vendido.

Pero nosotros que tenemos un gobierno pasivo, es decir un gobierno que se cruza de brazos y espera que la acción de la iniciativa privada, a través del tiempo, ejecute el progreso, no hacemos nada en

este sentido, como no hacemos casi nada en ningún campo del progreso por iniciativa del gobierno.

Si es necesaria la intervención del gobierno para fomentar la prosperidad privada en países pletóricos de cooperativas, de asociaciones, de iniciativas de toda índole en el campo privado, como vemos que ocurre en Europa y los Estados Unidos, debe serlo mucho más en nuestro país, donde no nos reunimos por regla general sino seducidos por un naipe o por una botella, para jugar o para beber, y no para ventilar asuntos de interés común.

Chile reclama, pues, más que cualquier otro país un gobierno activo, en vez del gobierno pasivo que tiene; un gobierno de acción, en vez de un gobierno de contemplación.

Hemos dado pruebas de que somos capaces de subsistir con la casi completa abstención gubernativa. Parece evidente que seremos capaces de progresar impulsados por un gobierno activo y vigoroso.

No tenemos un mundo de cultura, no tenemos fortunas acumuladas; en ciencias y en dinero estamos más atrasados que cualquier país europeo. ¿Por qué el gobierno que en otros países interviene de una manera directa para fomentar la felicidad, la prosperidad de razas más evolucionadas, no ha de intervenir en nuestro país para iniciar la felicidad de nuestro desamparado pueblo?

Una democracia se hace; y se hace más o menos rápidamente según la capacidad de los encargados de hacerla. Es una tarea ésta en la cual no tenemos que improvisar, sino que adaptar lo que se ha hecho en otros países que conocemos. No necesitamos embarcharnos con la disculpa de que somos un país nuevo. El progreso no se hace hoy en siglos sino en años. El convertir nuestro país en una gran democracia moderna, el hacer de nuestro país el primero de la América por su población, por su cultura, por su riqueza es una tarea que está a nuestro alcance y para la cual tenemos todos los elementos.

Esto no es el sueño de una noche de fiebre de un visionario, no es la fantasía desordenada, loca, de un iluso; es la fría convicción de quien ha visto cómo se operan estas transformaciones, de quien ha estudiado los medios que se han empleado para lograr estas transformaciones. Podemos hacerlas; tenemos riqueza en nuestro suelo e inteligencia en nuestras frentes.

ROOSEVELT Y SU ÚLTIMO PROGRAMA PRESIDENCIAL

Cuando visitaba yo los Estados Unidos, Roosevelt y Wilson eran contendores en la campaña presidencial.

A propósito del obrero de las fábricas decía Roosevelt:

«Durante los últimos veinte años, el promedio de los que dependen de la industria para ganarse su subsistencia ha aumentado grandemente, de modo que hoy en día el obrero de la fábrica o del taller tiene importancia tan grande como el del campo. Como nación, no podemos permitir que un grupo de ciudadanos viva o trabaje en condiciones perjudiciales al bienestar común. La industria, por lo tanto, debe someterse a las disposiciones legales necesarias para que sea un medio de vida y salud, no de muerte e ineficacia.

Lo primero de que debemos ocuparnos es impedir el despilfarro de brazos. El valor negativo de la orfandad, del artesano extenuado, de trabajadores estropeados por el trabajo y de los que sufren de enfermedades causadas por sus oficios, el del trabajo inseguro, el de la vejez desvalida, el de la ruina del hogar debido a las condiciones industriales, son, al igual que nuestros campos agotados, nuestras montañas taladas y las inundaciones de nuestros ríos, otros tantos golpes que recibe la obra nacional y que consumen la fuerza de reserva de todas las industrias.

Debemos ayudar, hasta donde la seguridad aconseje, a los que trabajan para que de manejadores de herramientas pasen a ser en parte sus poseedores

como sucede con los agricultores en la actualidad. Somos de opinión que bajo ningún orden social, en ninguna comunidad, en ninguna industria ni en establecimiento alguno, debe permitirse el trabajo en condiciones perjudiciales al bienestar social.

Sostenemos que el público tiene derecho al conocimiento pleno de las condiciones exactas del trabajo.

Basándose en esas condiciones y con los descubrimientos de médicos, neurólogos, ingenieros y economistas, el público puede resolver el mínimo de condiciones que debe llenar todo empleo, para que no haya daño social.

En tercer lugar, opinamos que toda industria cuyas condiciones sean inferiores a las aceptadas, deberá ser sujeta a la fiscalización y dominio del gobierno, del mismo modo que las anormales condiciones sanitarias se rijan por la autoridad pública, por tratarse de un estado de cosas que amenaza el bienestar general.

El costo de la vida varía según la localidad, pero el obrero debe ganar en cualquier parte lo bastante para cuidar los miembros jóvenes de la familia, para mantener a ésta en época de enfermedad, y para hacer algún ahorro para la vejez.

Debe darse al trabajador suficiente tiempo para que descanse, recupere sus fuerzas y vuelva a su trabajo fresco y contento. La labor nocturna de mu-

jeres y niños es anormal y, por lo tanto, debe ser abolida. También debe prohibirse el que las mujeres trabajen más de cuarenta y ocho horas por semana.

Las condiciones deben arreglarse de tal modo que tiendan hacia la regulación de la industria en todas partes, para evitar los períodos de gran producción a los que siguen inevitablemente las estaciones muertas que dejan sin trabajo a tanto obrero.

Es anormal que cualquier industria devuelva a la comunidad, en estado ruinoso y de inutilidad, los hombres que ha gastado, de modo que debería asegurarse al obrero contra accidentes, invalidez, enfermedades, cesantía involuntaria y vejez. Este seguro debería pagarse en su totalidad o en parte, por las industrias, los jefes, los empleados y el público en general.»

Con respecto a la vida rural, al trabajo de los campesinos, es decir a lo que entre nosotros representa el medio millón de inquilinos, decía así aquel candidato a la Presidencia de una Democracia:

«El trabajo excesivo y el aislamiento son cargas pesadas para las mujeres que viven en el campo; su bienestar debería preocuparnos vivamente. Debemos hacer todo lo posible para que la vida en la hacienda resulte fructífera, de modo que sea atractiva desde el punto de vista económico y que también dé cabida a esas formas de actividad que en la actualidad dan

jeres y niños es anormal y, por lo tanto, debe ser abolida. También debe prohibirse el que las mujeres trabajen más de cuarenta y ocho horas por semana.

Las condiciones deben arreglarse de tal modo que tiendan hacia la regulación de la industria en todas partes, para evitar los periodos de gran producción a los que siguen inevitablemente las estaciones muertas que dejan sin trabajo a tanto obrero.

Es anormal que cualquier industria devuelva a la comunidad, en estado ruinoso y de inutilidad, los hombres que ha gastado, de modo que debería asegurarse al obrero contra accidentes, invalidez, enfermedades, cesantía involuntaria y vejez. Este seguro debería pagarse en su totalidad o en parte, por las industrias, los jefes, los empleados y el público en general.»

Con respecto a la vida rural, al trabajo de los campesinos, es decir a lo que entre nosotros representa el medio millón de inquilinos, decía así aquel candidato a la Presidencia de una Democracia:

«El trabajo excesivo y el aislamiento son cargas pesadas para las mujeres que viven en el campo; su bienestar debería preocuparnos vivamente. Debemos hacer todo lo posible para que la vida en la hacienda resulte fructífera, de modo que sea atractiva desde el punto de vista económico y que también dé cabida a esas formas de actividad que en la actualidad dan

encanto a la vida de las ciudades. Deberían existir las mismas oportunidades en el campo que en la ciudad para gozar de una vida plena y útil.

El gobierno debe cooperar con el agricultor para que la hacienda sea más productiva. El suelo no debe ser extenuado. La hacienda debe pasar al hijo del agricultor en mejores, no en peores condiciones, como resultado de un cultivo apropiado. Cada invención y mejora, cada descubrimiento y economía deben ponerse al servicio del hacendado. Debería ayudársele para que trabaje en cooperación con sus vecinos, de modo que la cantidad que el consumidor paga por los productos del campo pase tan completamente como sea posible al bolsillo del hombre que los ha arrancado del suelo. Mientras que el negociante de la ciudad sea el que regule los precios de los productos agrícolas, la prosperidad de las haciendas estará detenida y las comodidades superiores de la vida estarán vedadas a las comunidades rurales.

Esta nación debe aprender las lecciones de eficacia en producción y distribución, en todas sus fases y las de evitar toda pérdida y destrucción; debemos crear y mejorar en vez de malgastar nuestros recursos. Por medio de mejoras en la producción, evitando toda pérdida, y haciendo que el agricultor adopte métodos científicos, que organice sistemas de ventas, será completamente posible que obtenga

éste mayores ganancias y que se reduzca el precio que debe pagar el consumidor.

La educación es de capital importancia en todas partes, pero lo es especialmente en el campo. La escuela rural debe adaptarse a la vida del campo, pues en las comunidades rurales, como en todas, la educación debe engranar con la vida. La iglesia rural y las asociaciones de jóvenes cristianos de ambos sexos tienen que desempeñar papel muy importante.

Los agricultores deben poseer la tierra que trabajan; deben darse inmediatamente los pasos necesarios para impedir el ausentismo en las propiedades agrícolas y el arrendamiento de fincas rústicas. Este es uno de los problemas que reclaman más pronta solución. A él va ligado el de bancos y préstamos rurales para facilitar el surgimiento del pequeño hacendado.»

De tal manera ha hablado Roosevelt con respecto al obrero de la ciudad y del campo, y sabemos que sus programas valen como letras de cambio. ¿Tendremos nosotros algún día un candidato a la Presidencia que presente esta plataforma?

éste mayores ganancias y que se reduzca el precio que debe pagar el consumidor.

La educación es de capital importancia en todas partes, pero lo es especialmente en el campo. La escuela rural debe adaptarse a la vida del campo, pues en las comunidades rurales, como en todas, la educación debe engranar con la vida. La iglesia rural y las asociaciones de jóvenes cristianos de ambos sexos tienen que desempeñar papel muy importante.

Los agricultores deben poseer la tierra que trabajan; deben darse inmediatamente los pasos necesarios para impedir el ausentismo en las propiedades agrícolas y el arrendamiento de fincas rústicas. Este es uno de los problemas que reclaman más pronta solución. A él va ligado el de bancos y préstamos rurales para facilitar el surgimiento del pequeño hacendado.»

De tal manera ha hablado Roosevelt con respecto al obrero de la ciudad y del campo, y sabemos que sus programas valen como letras de cambio. ¿Tendremos nosotros algún día un candidato a la Presidencia que presente esta plataforma?

LA EDUCACION DE UNA DEMOCRACIA

Leo S. Rowe, en su conferencia acerca de los nuevos rumbos de la democracia en los Estados Unidos, nos decía «que una democracia ignorante es una democracia falsificada.»

No puede ponerse esto en duda. Democracia es el gobierno del pueblo, es decir, el gobierno que el pueblo ha elegido para que dirija al país. ¿Cómo puede elegir representantes un pueblo no educado, un pueblo ignorante? Esos venderán su derecho a votar, y si no lo vendieran sería su actuación política tan grave o peor para la comunidad. Al vender su derecho de voto el pueblo, el país deja, de hecho, de ser una democracia para convertirse en una oligarquía, o en una plutocracia.

Repartir ampliamente la cultura es poner iguales oportunidades al alcance de cada ciudadano. No repartir ampliamente la cultura es repartir privilegios entre los adinerados para quienes se abren de par en par las puertas de la educación. Si falta una escuela en Chonchi, estamos evitando oportunidades a los habitantes de Chonchi. Si es mala una escuela en Tarata estamos cercenando las oportunidades a los habitantes de Tarata.

«Ya sabemos bastante de agricultura—dice el Pre-

sidente de la Universidad de Wisconsin, Van Hise —para duplicar fácilmente los productos agrícolas de la Nación, si los conocimientos que poseemos fueran debidamente aplicados. Sabemos bastante de medicina para extirpar las enfermedades infecciosas. Si aplicáramos a la humanidad lo que sabemos en cuanto a la crianza de animales, los espíritus débiles desaparecerían en una generación, y los locos y criminales se reducirían considerablemente. Aún en ciencias políticas tenemos conocimientos suficientes para mejorar inmensamente el gobierno de la ciudad, del Estado y de la Nación.»

Democratizar la ciencia que poseen unos pocos y hacerla del dominio de la generalidad, es uno de los principios fundamentales de la nueva Universidad norteamericana.

El Estado de Wisconsin nos da un ejemplo hermoso del papel que desempeña la educación en la democracia norteamericana. Su Universidad ha organizado aun la instrucción de los alcaldes para la administración de la ciudad.

La Universidad da y facilita los medios para que otras corporaciones establezcan cursos de conferencias populares. La misma Universidad ofrece conferencistas sobre los temas más variados. Impulsa los debates y las discusiones sobre temas útiles. Envía organizadores que fundan Sociedades y Clubs destinados a discutir problemas sociales, vitalizando

así la vida de la comunidad. Colecciona y clasifica artículos de revistas, los que envía, a solicitud, a todos los que desean información sobre un tema determinado.

La Universidad es un gran centro, cuya influencia irradia hacia todos los puntos del Estado. Ninguna aldea, ninguna casa está demasiado lejos para que las fuerzas morales de la Universidad no las alcancen, y ningún ciudadano es tan pobre que no pueda aprovechar sus ofrecimientos. Se ha llevado a la práctica el ideal de la Universidad tal como su Presidente lo ha expresado: Cada individuo debe tener oportunidad de desarrollar hasta el más alto grado las dotes que le dió la naturaleza, sean éstas grandes o pequeñas. Esta es una obligación de la Universidad: llevar la luz y la oportunidad a cada sér humano en toda la nación.

Estas diversas actividades requieren un centro local en todo el Estado, un centro donde puedan hospedarse los departamentos de extensión, los clubs de discusión social, los cursos de conferencia, las bibliotecas viajeras. ¿Qué cosa más natural que aprovechar para este objeto los edificios de las escuelas públicas del Estado? Así, Wisconsin ha convertido por ley a la Escuela Pública en un club del pueblo, en un centro social.

Esta idea no es nueva. Ha sido desarrollada con gran éxito en Rochester. Cerca de cien ciudades de

los Estados Unidos han utilizado la Escuela Pública con propósitos sociales. Pero estaba reservado a la Universidad de Wisconsin crear un departamento para el desarrollo de esta idea. El Estado reconoció el desperdicio de interés al tener la Escuela abierta sólo nueve meses en el año y siete horas al día; reconoció también que la Escuela era un centro natural para toda clase de trabajos sociales, para conferencias, bailes, representaciones dramáticas, etc. La Escuela debiera convertirse en un foro para los asuntos de interés general. Luego la Universidad se dedicó a estudiar los diferentes usos a que se podía dedicar el edificio de la Escuela. Citó a una conferencia de hombres y mujeres de todo el Estado para estudiar el asunto en Madison. Muchos hombres eminentes, entre ellos varios Gobernadores y Senadores de la República, acudieron al llamamiento. Delinearon un programa para el uso más amplio y liberal de la Escuela en las actividades educativas, políticas y de recreo. Se estudió la manera de construir en lo sucesivo las escuelas y de dotarlas de un equipo adecuado a la nueva misión que se les iba a encomendar.

Por medio de la Escuela, así ampliada, el aislamiento de la hacienda desaparecía. En ella se podían hacer demostraciones agrícolas; en ella se podían distribuir semillas seleccionadas. El edificio de la Escuela es el centro apropiado para el almacén

cooperativo del campo. El edificio de la Escuela, es la oficina local de higiene, y el profesor de gimnasia, su Jefe. Ahí se pueden mantener agencias locales de empleos. Ahí puede organizarse la distribución de la leche pura a las ciudades. La Escuela es el lugar apropiado para la biblioteca, para que voten los ciudadanos. En una palabra, ya no se concreta a educar a los niños, sino que su labor se ensancha y va a convertirse en el centro de todo avance social y en el medio de ofrecer sanos recreos y diversiones a la comunidad.

Otro tanto debe ocurrir entre nosotros. La Escuela chilena debiera de ser la formadora de la democracia chilena. Nuestra labor será sencilla. Somos todavía un país pequeñito, apenas comparable a un Estado norteamericano. Lo único que necesitamos es convencernos de que es más conveniente para Chile el que sea una democracia que no una oligarquía.

CHILE SERÁ UNA DEMOCRACIA

Hay ciertas horas solemnes en la vida de las naciones, así como hay horas solemnes en la vida de los individuos. Chile atraviesa en la actualidad una hora solemne. Ha sido capaz de soportar, como

sación, el desgobierno actual durante muchos años; pero difícilmente podremos continuar así, viviendo una vida autónoma, al lado de países que se desarrollan gigantescamente.

Hemos visto que tenemos condiciones raciales y geográficas capaces de hacer de nosotros una gran potencia, la primera de la América del Sur; que nos falta únicamente tener un gobierno capaz, activo, con responsabilidad y autoridad, que nos falta ser una democracia.

Si nuestra raza fuera inferior, fisiológicamente incapaz; si nuestro suelo fuera mezquino, geográficamente pobre, podríamos resignarnos a nuestro atraso. Pero no es posible que una raza inteligente en un suelo rico, porque tiene un gobierno incapaz, vegete como en la barbarie.

No creemos que nuestra bandera de combate deba ser el jirón blanco de un saco de harina; pero sí cremos que debemos arrojar a un lado nuestros credos quijotescos, nuestro desprecio por las cuestiones económicas y carear françamente los problemas de la vida tal como los presenta la hora actual. Al lado nuestro, en la otra falda de la montaña, se desarrolla una civilización superior, de tipo netamente económico, mientras nosotros discutimos los humos del incienso. Debemos carear ya, sin demora, con apremio, nuestros grandes, nuestros transcendentales problemas económicos.

ación, el desgobierno actual durante muchos años; pero difícilmente podremos continuar así, viviendo una vida autónoma, al lado de países que se desarrollan gigantescamente.

Hemos visto que tenemos condiciones raciales y geográficas capaces de hacer de nosotros una gran potencia, la primera de la América del Sur; que nos falta únicamente tener un gobierno capaz, activo, con responsabilidad y autoridad, que nos falta ser una democracia.

Si nuestra raza fuera inferior, fisiológicamente incapaz; si nuestro suelo fuera mezquino, geográficamente pobre, podríamos resignarnos a nuestro atraso. Pero no es posible que una raza inteligente en un suelo rico, porque tiene un gobierno incapaz, vegete como en la barbarie.

No creemos que nuestra bandera de combate deba ser el jirón blanco de un saco de harina; pero sí cremos que debemos arrojar a un lado nuestros credos quijotescos, nuestro desprecio por las cuestiones económicas y carear francamente los problemas de la vida tal como los presenta la hora actual. Al lado nuestro, en la otra falda de la montaña, se desarrolla una civilización superior, de tipo netamente económico, mientras nosotros discutimos los humos del incienso. Debemos carear ya, sin demora, con apremio, nuestros grandes, nuestros transcendentales problemas económicos.

La historia del progreso humano es la historia de la lucha del hombre contra la naturaleza, es la historia del trabajo humano, de la riqueza humana. Las razas y los pueblos que viven sumidos en la miseria, que no han podido convertir sus cabañas en palacios, ni sus canoas en transatlánticos, son razas y son pueblos semi-salvajes. No nos engañemos creyendo que un pueblo es civilizado porque es capaz de comprar un transatlántico, pagándolo con el producto bruto de su suelo. Los indios de las islas Guanahaní fueron capaces de comprarles a los tripulantes de las carabelas de Colón unas cuantas chucherías de manufactura ibérica, pagando con el oro bruto que les ofrecía su suelo, y no por eso dejaban de ser salvajes; nosotros somos capaces de comprarle a la industria extranjera un *super dreadnought*, pagándolo con el salitre casi bruto de nuestras pampas. ¿No estamos repitiendo en la aurora del siglo XX el cambalacho de los salvajes de Guanahaní? El ser capaces de comprar los productos de la manufactura extranjera con el mineral de fierro o el salitre o el cobre en barras de nuestro suelo, no es prueba de civilización. Recoger el producto bruto del suelo, sacar piedras de la falda de una montaña y enviarlas al país vecino para que allá hagan palacios, no es prueba de civilización; enviar el cobre, para que allá hagan alambre; el mineral de hierro para que allá hagan acero y rieles, es sólo conservar poco

más que el rango de los incas de Atahualpa que fueron también capaces de extraer los metales. La riqueza está en la transformación de los elementos naturales, dejándolos aptos para el uso del hombre.

Lester F. Ward, sociólogo norte americano, ha dicho, con mucha propiedad, que la civilización consiste en el aprovechamiento intensivo, científico, de las fuerzas y los recursos naturales en beneficio del hombre. Es decir, nuestro país será civilizado cuando nosotros seamos capaces de aprovechar sus fuerzas y recursos naturales en beneficio de la raza que lo puebla; cuando sepamos cultivar su suelo, domar sus cascadas, explotar sus montañas, poblar sus mares con nuestros barcos mercantes; en una palabra: cuando podamos poner todo el medio físico ambiente al servicio del hombre.

La alta política chilena debe, pues, consistir en preparar a la raza para la inteligente explotación de su medio geográfico y facilitar la explotación de este medio geográfico por medio de una intervención activa. Aún cuando las escuelas, y particularmente las escuelas de carácter técnico, son el factor más esencial para esta preparación, la verdad es que todo trabajo es escuela, que la ingeniería la ha aprendido la humanidad haciendo puentes, diques, puertos, y la agricultura la ha aprendido cultivando el surco. Las transformaciones sucesivas que tendremos que hacer para cambiar la materia bruta de nuestro suelo, las

piedras de nuestras canteras, el fierro de nuestras montañas, la madera de nuestros bosques, en casas, palacios, buques, locomotoras, cuadros, libros, eso será lo que nos enseñará la democracia que, en realidad, no es otra cosa, que la más acabada organización de los hombres para el más intenso aprovechamiento de los recursos naturales.

Hacer de nuestro país una democracia es, en consecuencia, una urgencia inmediata, una imposición apremiante.

Ante el cuadro sumario que hemos presentado del atraso de nuestro pueblo, a pesar de la capacidad de nuestra raza, de la pobreza de nuestro pueblo en medio de la riqueza de nuestro suelo, cabe preguntarse si podemos seguir impasibles tolerando la situación actual, si no debemos poner todo nuestro empeño de norte a sur de la República, para salir de nuestra postración centenaria.

Nos gobierna, con manifiesta incapacidad, una oligarquía que parece marchar a tientas, en un limbo, llevándonos a tontas y a locas, sin criterio ni plan determinado.

Somos una raza capaz que vive en un medio geográfico rico con un atraso vergonzoso, a causa de que nos gobierna una oligarquía incompetente.

Ya hemos dicho que este gobierno era lo mejor que podíamos reclamar en los primeros tiempos de la República. Pero esta permanencia de los mismos

hombres en las esferas de gobierno, esta perpetuación de una casta gobernante, protegida por medios artificiales, no por la supervivencia de su capacidad; es decir, este régimen oligárquico, ha traído la natural degeneración de nuestros hombres de gobierno y el imperio de un régimen político corrompido. No ha habido facilidad para que asciendan a las esferas de gobierno los hombres capaces de las nuevas generaciones, o cuando éstos han ascendido ha sido muchas veces con la influencia y el dinero de la oligarquía, con la consigna de servir a esta oligarquía.

Si fuéramos una raza inútil, si en vez de ser hombres capaces de irnos a jugar football después de 20 horas de trabajo consecutivo, fuéramos como los orientales indolentes que reclamaban mozos para que patearan la pelota, estaría explicado nuestro atraso y tendríamos que soportarlo. Si viviéramos en un suelo mezquino, miserable, bien podríamos llevarnos todo el día quejándonos. Pero como no es así, estamos obligados a poner remedio a nuestra situación, y el remedio consiste en convertir nuestra oligarquía en una democracia

Ya no podemos esperar más; no debíamos haber esperado tanto. Debemos exigir el triunfo a plazo corto; debemos sacudir el indiferentismo nacional, porque todos nosotros, con nuestra tolerancia, somos responsables del estado actual y seremos responsa-

bles de las liquidaciones finales. La hora [illegible]e hoy e[illegible] hora de imposiciones, de mandatos impe[illegible]

A principios del siglo XIX nuestro país sintió la necesidad de romper las cadenas de la esclavitud y quiso hacerse una república, y se hizo una república. A principios del siglo XX nuestro país siente ya la necesidad de convertirse en una democracia, y se convertirá en una democracia.